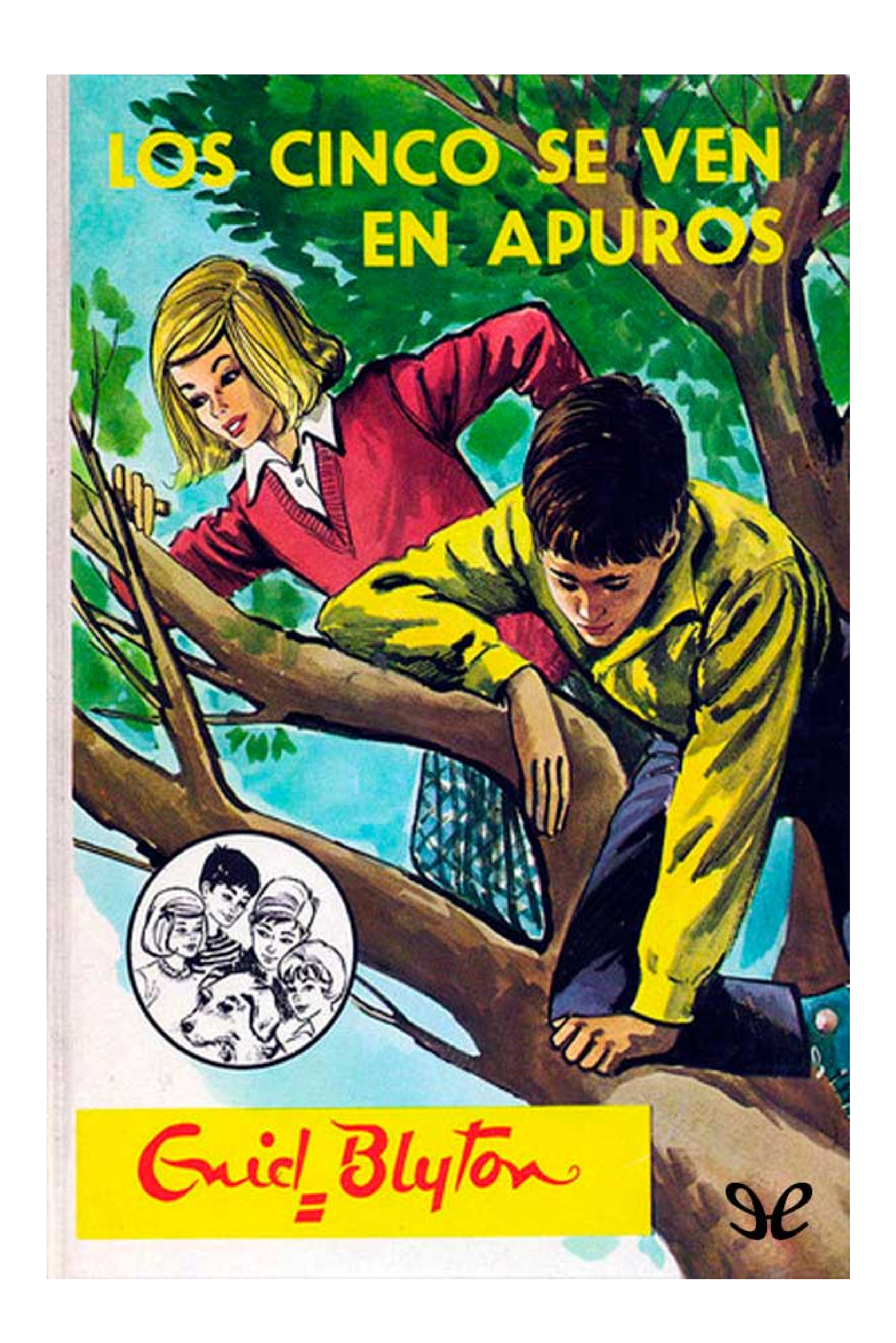

LOS CINCO SE VEN
EN APUROS
Enid Blyton

Son las vacaciones de Pascua y Los Cinco se instalan en villa Kirrin, pero un contratiempo hace que los tíos Quintín y Fanny tengan que ausentarse durante unos días. Entonces, a los chicos se les ocurre una brillante idea: irse de acampada, con las bicis como medio de transporte. Comienzan la excursión muy entusiasmados y pronto hacen un nuevo amigo, Ricardo, quien se une a la divertida aventura. Sin embargo, se ven en apuros al descubrir que unos hombres los persiguen. Éstos confunden a Dick con el pequeño Ricardo y lo secuestran con misteriosas intenciones. Los demás deben encontrar un buen plan para salvarlo.



Enid Blyton

Los cinco se ven en apuros

Los cinco - 08

ePUB r1.2
Annatar 26.08.13

Título original: *Five get into trouble*
Enid Blyton, 1949
Traducción: Judith Peco de Danon
Ilustraciones: José Correas
Diseño: José Correas

Editor digital: Annatar
ePub base r1.0



Enid Blyton



Capítulo 1

Planes para unas vacaciones

—¡Verdaderamente, Quintín, eres una persona muy difícil de manejar! —se lamentó tía Fanny dirigiéndose a su marido.

Los cuatro niños, sentados a la mesa, tomaban su desayuno en silencio, interesándose por lo que oían. ¿Qué había hecho el tío Quintín esta vez? Julián guiñó un ojo a Dick y Ana le dio una patadita a Jorge por debajo de la mesa ¿Se enfadaría el tío Quintín como lo hacía con tanta frecuencia?

Sostenía una carta en la mano, que su mujer acababa de devolverle después de haberla leído. Aquella carta había originado la discusión. Tío Quintín frunció el entrecejo, mas, al fin, decidió no encolerizarse. En lugar de ello habló con bastante suavidad.

—Bien, querida Fanny, ¿cómo crees que puedo recordar con toda exactitud cuándo llegan las vacaciones de los niños y si les corresponde pasarlas con nosotros o con tu hermana? Sabes que debo preocuparme por mi trabajo científico y, en este momento, se trata de algo muy importante. ¡No puedo pasarme la vida pendiente de cuándo se terminan o empiezan las clases!

—Por lo menos podrías preguntármelo —exclamó tía Fanny, exasperada—. ¿Cómo has podido olvidar que habíamos decidido invitar a Julián, Dick y Ana para las vacaciones de Pascua, porque disfrutan mucho de Kirrin en esta época del año? Dijiste que te arreglarías para ir a dar tus conferencias después de las vacaciones y no a la mitad de ellas.

—Es que terminaron muy tarde —dijo tío Quintín—. No pensé ni imaginé qué sucedería así.

—Bueno. Pero tú sabías que las Pascuas venían retrasadas este año, así que forzosamente tenían que terminar tarde —rechazó tía Fanny suspirando.

—A papá no se le ocurre pensar en esas cosas —intervino Jorge—. ¿Qué pasa, mamá? ¿Es que papá quiere irse en la mitad de nuestras vacaciones, o qué?

—En efecto —asintió tía Fanny, y alargó la mano para coger otra vez la carta—. Veamos. Tendrá que irse dentro de dos días y, con toda seguridad, me veré forzada a acompañarle. No puedo dejaros solos aquí, niños, sin nadie más en la casa. Si Juana no estuviese enferma, no habría problema, pero no volverá antes de una o dos semanas.

Juana era la cocinera. Todos los niños la querían mucho y sintieron sobremanera no encontrarla allí al llegar para las vacaciones.

—Nos cuidaremos nosotros mismos —facilitó Dick—. ¡Ana es bastante buena cocinera!

—Y yo puedo ayudarla también —añadió Jorge.

Su verdadero nombre era Jorgina, aunque todo el mundo la llamaba Jorge. Su madre sonrió.

—Bueno, Jorge, la última vez que cociste un huevo, lo dejaste dentro de la cacerola hasta que se secó. No creo que a los demás les guste tu manera de cocinar.

—Es que me olvidé de que el huevo estaba allí —protestó la niña—. Fui a buscar el reloj para calcular el tiempo y por el camino me acordé de que Tim no había cenado y…

—Sí, ya lo sabemos —respondió su madre riéndose—. Tim cenó, no faltaba más. ¡Y tu padre hubo de marcharse sin desayunar!

—¡Guau! —ladró Tim bajo la mesa al oír su nombre. Lamió el pie de su ama para recordarle que se encontraba allí.

—Bien, volvamos a nuestro asunto —interrumpió el tío Quintín impacientándose—. No hay duda de que he de ir a esas conferencias. Tengo que leer allí unos papeles importantes. No necesitas venir conmigo, Fanny. Te quedarás y cuidarás de los niños.

—No es preciso que se quede —dijo Jorge—. Podemos hacer algo que deseábamos mucho, pero que habíamos pensado dejar

para las vacaciones del verano.

—¡Oh, sí! —asintió Ana en el acto—. ¡Hagámoslo!

—Sí, a mí también me gustaría —corroboró Dick.

—Y bien, ¿de qué se trata? —preguntó tía Fanny—. No comprendo nada. Si es algo peligroso, no os lo permitiré. Así que decidme en seguida en qué consiste vuestro plan.

—¿Y cuándo hemos hecho nosotros algo peligroso? —gritó Jorge.

—Muchas veces —respondió imperturbable su madre—. Y ahora, ¿cuál es ese plan?

—No es nada del otro mundo —dijo Julián—. Únicamente que da la casualidad que nuestras bicis están en excelente estado, tía Fanny, y ya sabes que nos han regalado dos tiendas pequeñas por Navidad. Así que hemos pensado que sería divertido irnos con nuestras bicis, llevándonos también las tiendas, y explorar un poco el campo.

—El tiempo está fantástico y podríamos divertirnos mucho —añadió Dick—. Al fin y al cabo, supongo que, al regalárnoslas, esperaríais que empleásemos las tiendas, tía Fanny. Ésta es nuestra oportunidad.

—Me imaginaba que las utilizaríais en el jardín o en la playa —dijo tía Fanny—. La última vez que fuisteis a acampar iba el señor Luffy con vosotros para cuidaros. No creo que me guste demasiado la idea de que os vayáis solos con vuestras tiendas.

—Pero, Fanny, si Julián no es capaz de cuidar a los otros es que posee un temple muy débil —intervino su marido con impaciencia—. ¡Déjalos ir! Apostaría a que Julián logrará tenerlos a raya y devolverlos a casa sanos y salvos.

—Gracias, tío —exclamó Julián, que no estaba acostumbrado a recibir cumplidos de su tío Quintín. Miró a los otros niños y sonrió—. Claro que me resultaría fácil manejar este pequeño grupo, a pesar de que Ana se pone, a veces, muy pesada.

Ana abrió la boca, indignada. Era la más pequeña y, verdaderamente, la más obediente de todos. Captó la sonrisa de Julián. Estaba claro que hablaba en broma. Le devolvió la sonrisa.

—Prometo portarme bien —dijo con un tono inocente a tío Quintín. Éste se mostró sorprendido.

—Yo creía que Jorge era la única difícil de… —empezó a decir, mas se detuvo al notar la mirada de advertencia de su mujer. Cierto que su hija era difícil, pero el hecho de resaltarlo no favorecería las cosas.

—Quintín, no sabes jamás cuándo Julián habla en broma, ¿verdad? —dijo su mujer—. Bueno, si crees de verdad que Julián se puede encargar de ellos y que debemos dejarlos hacer una excursión en bicicleta con sus nuevas tiendas…

—¡Hurra! Entonces, está decidido —chilló Jorge, y empezó a golpear llena de excitación la espalda de Dick—. Nos vamos mañana, nos…

—¡Jorge! No es necesario chillar y golpear así —la amonestó su madre—. Sabes que a tu padre no le gusta y además has excitado a Tim también. Échate, Tim. ¡Mira cómo corre alrededor de la habitación como un loco!

Tío Quintín se levantó para marcharse. Le molestaba que las comidas acabasen en una especie de pantomima. Tropezó con el acalorado Tim y estuvo a punto de caerse. Con alivio, se alejó de la habitación. ¡Qué jaleo de casa cuando los cuatro críos y el perro estaban en ella!

—¡Ay!, tía Fanny, ¿podemos de verdad marcharnos mañana? —preguntó Ana, con los ojos brillantes de alegría—. El tiempo es tan maravilloso en abril, casi tan caliente como en julio. Me parece que no necesitaremos llevarnos vestidos gruesos.

—Si eso es lo que pretendéis, ya podéis ir abandonando la idea —dijo tía Fanny, con firmeza—. Hoy ha amanecido caliente y soleado, pero no se puede fiar uno de que en el mes de abril haya dos días seguidos iguales. Puede llover a cántaros mañana y nevar al siguiente. Tendré que entregaros algún dinero para que os alojéis en un hotel las noches en que haga mal tiempo.

Los cuatro niños resolvieron de inmediato que el tiempo no estaría nunca lo bastante malo para eso.

—¡Cielo santo! ¿Verdad que será divertido? —exclamó Dick—. Nos compraremos nuestra comida y la comeremos cuando nos apetezca. Elegiremos dónde dormir cada noche y montaremos allí nuestras tiendas. Podremos ir en bici hasta medianoche si hay claro de luna y si nos da la gana.

—¡Oooh! Ir en bici con claro de luna… Jamás lo he hecho —dijo Ana—. Eso me suena fantástico.

—Bien, es una suerte que se os haya ocurrido algo que os guste hacer durante nuestra ausencia —comentó tía Fanny—. ¡Dios mío! A pesar de los años que llevo casada con Quintín, todavía es capaz de organizar todo este lío sin que yo me dé cuenta. Bueno, bueno, manos a la obra y a decidir lo que os vais a llevar.

De repente, el más mínimo detalle se convirtió en un excitante problema. Los cuatro niños corrieron a cumplir con sus tareas matinales, que consistían en hacer las camas y poner orden en sus habitaciones, chillando con todas sus fuerzas.

—¡Caramba! ¿Quién hubiese pensado que mañana estaríamos solos? —dijo Dick amontonando de cualquier manera las sábanas y las mantas.

—¡Dick! Yo arreglaré tu cama —gritó Ana, horrorizada al ver con qué rapidez la estaba haciendo—. ¡No puedes hacerla de esa forma!

—¿Cómo que no puedo? —gritó Dick—. Espera y verás. Y lo que es más, haré la de Julián de la misma manera. Así que ya puedes marcharte y dedicarte a la tuya, Ana. Dobla las esquinas, arregla la almohada, acaricia el edredón. Haz lo que quieras con tu propia cama, pero déjame a mí arreglar la mía a mi manera. Cuando nos vayamos con nuestras bicis, ya no querrás preocuparte de las camas. Enrollarás tu saco de dormir y se acabó.

Mientras hablaba había terminado su tarea, colocando la colcha completamente torcida y poniendo su pijama bajo la almohada. Ana se rió y marchó a arreglar la suya. Se sentía muy excitada. Ante sus ojos se extendía un panorama de días soleados repletos de lugares raros, bosques desconocidos, grandes y pequeñas colinas, riachuelos parlanchines, comidas al borde del camino, paseos en bicicleta bajo el claro de luna. ¿Era eso lo que Dick había querido decir? ¡Una excursión llena de magia!

Se mantuvieron muy atareados durante todo el día, recogiendo en las mochilas todo aquello que pensaban necesitar, plegando las tiendas hasta hacerlas lo más pequeñas posible para atarlas al portaequipajes, buscando en la despensa comida para llevarse y recogiendo los mapas precisos para guiarse en su excursión.

Tim sabía muy bien que se hallaban a punto de marchar y estaba seguro de que él también iría con ellos. Así que estaba tan excitado como los propios niños, ladrando y moviendo la cola, y sin cesar un instante de meterse entre los pies de los demás. Pero a nadie le importaba. Tim era uno de ellos, uno de los cinco. Sabía hacer de todo menos hablar y no podían siquiera pensar en ir a cualquier sitio sin el querido, sin el viejo Tim.

—Espero que Tim alcanzará a seguiros cuando montéis en las bicis durante muchos kilómetros seguidos dijo tía Fanny a Julián.

—¡Dios mío! Claro que sí —respondió Julián—. A él no le importa lo lejos que vayamos. Espero que no te quedarás preocupada por nosotros, tía Fanny. Sabes lo buen guardián que es Tim.

—Sí, lo sé —contestó su tía—. No os hubiese dejado marchar si no fuese por él. Es tan bueno como cualquier persona mayor para cuidar de vosotros.

—¡Guau! ¡Guau! —aprobó Tim.

—Dice que es tan bueno como dos personas mayores juntas, mamá —dijo Jorge, y el perro aporreó el suelo con su rabo.

—¡Guau! ¡Guau! ¡Guau! —hizo ahora. Lo que venía a querer decir: «No dos, sino tres».

Capítulo 2

Solos por el camino

Al día siguiente, muy temprano, se encontraban ya todos preparados. La mayoría del equipaje había sido ya empaquetado y atado a las bicicletas. Sólo quedaban las mochilas, que cada uno de los niños debía llevar sobre su espalda. Las cestas contenían una gran variedad de comida para la primera jornada. Cuando la hubiesen terminado, Julián se encargaría de renovar las provisiones.

—Supongo que los frenos funcionarán bien —dijo el tío Quintín, pensando que debía demostrar cierto interés por los preparativos y recordando que, cuando él era niño y tenía una bicicleta, nunca lograba que los frenos estuviesen en buenas condiciones.

—Claro que van bien —respondió Dick—. No hubiésemos soñado siquiera en marcharnos si los frenos y todo lo demás no anduviese perfectamente. Ya sabes que el Código de la Circulación es muy estricto y nosotros nos ajustamos a él a rajatabla.

Tío Quintín daba la sensación de no haber oído jamás hablar del Código de la Circulación. Vivía en un mundo aparte, un mundo de teorías, dibujos y diagramas. En este momento se sentía impaciente por volver a él. A pesar de todo, esperó con toda paciencia a que los niños ultimasen los preparativos y estuviesen listos.

—¡Adiós, tía Fanny! Avísanos tan pronto como sepas en dónde os vais a alojar el tío y tú —recomendó Julián.

—¡Adiós, mamá! No te preocupes por nosotros. Nos divertiremos mucho —gritó Jorge.

—¡Adiós, tía Fanny! ¡Adiós, tío Quintín!

—¡Hasta pronto, tío, tía! ¡Nos vamos!

Y se marcharon en sus bicicletas por el camino que se alejaba de «Villa Kirrin». La tía y el tío se quedaron en el portillo, saludándolos una y otra vez, hasta que el pequeño grupo desapareció al torcer la esquina. Tim corría al lado de Jorge, galopando sobre sus largas y fuertes patas, entusiasmado ante la idea de una buena carrera.

—Bueno, ya estamos en camino —exclamó Julián al pasar la esquina—. ¡Qué suerte poder irnos solos! ¡El bueno del tío Quintín! Me siento muy satisfecho de que haya organizado este lío.

—¿Cuántos kilómetros haremos? —preguntó Ana—. Será mejor que no vayamos de prisa el primer día. Si no, mañana no me podré mover a causa de las agujetas.

—De acuerdo —manifestó Dick—. Julián y yo habíamos planeado recorrer de setenta o noventa kilómetros hoy, eso es todo. Pero si te sientes cansada antes no dejes de decirlo. Al fin y al cabo no tiene importancia el lugar donde nos detengamos.

La mañana era muy cálida para aquella época del año. Pronto los niños empezaron a sudar. Como llevaban puestas sus chaquetas, se las quitaron y las ataron alrededor de las cestas. Jorge se asemejaba más que nunca a un chico mientras el viento agitaba su corto cabello. Todos iban vestidos con pantalón corto y jerseys finos, menos Ana, que se había puesto una corta falda de color gris. Se subió las mangas de su jersey y los demás la imitaron.

Rodaron kilómetro tras kilómetro, disfrutando del sol y del aire libre. Tim trotaba tras ellos, incansable, colgando su larga y rosada lengua fuera de la boca. Corría sobre la hierba del camino siempre que la había. Verdaderamente era un perro muy sensato.

La primera parada tuvo lugar en un pueblecito llamado Manlington-Tovery. Había en él una única tienda en la que se vendía de todo, o, al menos, lo parecía.

—Espero que vendan cerveza de jengibre —comentó Julián—. Llevo ya la lengua fuera, igual que Tim.

En la pequeña tienda había limonada, naranjada, jugo de limón dulce, zumo de pomelo y jengibre. Resultaba difícil escoger entre tantas cosas. También despachaban helados y pronto los niños se encontraron bebiendo jengibre mezclado con jugo de limón dulce y disfrutando de unos deliciosos helados.

—Deberíamos darle un helado a Tim —dijo Jorge—. ¡Le gustan tanto! ¿No es verdad, Tim?

—¡Guau! —respondió Tim. Y se tragó el helado de dos grandes lametazos.

—Me parece un verdadero desperdicio darle helados a Tim —protestó Ana—. Se los traga tan de prisa que apenas si tiene tiempo de saborearlos. No, Tim. Baja de ahí. Voy a terminarme el mío sola y no dejaré ni una chupadita para ti.

Tim se fue a beber agua en un tazón que la mujer de la tienda había traído para él. Bebió y bebió, y después se tumbó en el suelo jadeando.

Una vez acabado el refrigerio, los niños se compraron una botella de jengibre cada uno con objeto de bebérsela con la comida y se marcharon. Ya empezaban a pensar con agrado en los sándwiches empaquetados para ellos.

Ana descubrió unas vacas que pastaban en un prado al borde del camino.

—Tiene que ser horrible haber nacido vaca y comer únicamente hierba insípida —le dijo a su prima—. Piensa en todo lo que se pierde una vaca. Jamás puede saborear un sándwich de huevo y lechuga, ni comer nunca un pastel de chocolate, ni un huevo cocido, y jamás puede beberse un vaso de jengibre. ¡Pobres vacas!

Jorge se rió.

—¡Vaya unas tonterías en que piensas, Ana! —contestó—. Ahora me has hecho desear la comida aún más, hablando de sándwiches de huevo y cerveza de jengibre. Sé que mamá nos ha preparado sándwiches de huevo y jamón.

—Ya está bien, niñas —intervino Dick, mientras se desviaba con su bicicleta hacia un pequeño campo tambaleándose peligrosamente —. No podemos continuar si vosotras habláis sin parar de comida. ¿Qué te parece si comiésemos ya, Julián?

Fue una comida estupenda, la primera celebrada en pleno campo. Se hallaban rodeados de velloritas en flor, y de un sitio cercano llegaba hasta ellos el suave perfume de escondidas violetas. Un tordo cantaba locamente sobre un avellano, en tanto dos pinzones gritaban «¡pink-pink!» cada vez que cesaba en sus trinos.

—¡La banda y la decoración preparadas! —comentó Julián

apuntando a los pájaros y las flores—. ¡Y muy bonitas, por cierto! Lo único que nos falta es un camarero para que nos sirva.

Divisó entonces un conejo que los observaba medio oculto, con sus largas orejas bien tiesas y preguntonas.

—¡Vaya, ahí tenemos el camarero! —dijo Julián en seguida—. ¿Qué tienes para ofrecernos hoy, conejito? ¿Un pastel de conejo?

El animalillo se alejó a toda velocidad. Había olido al perro y se sentía aterrado. Los niños rieron. Parecía que la sola mención del pastel de conejo había bastado para asustarle. Tim miró al animal que se alejaba, pero no se movió para seguirle.

—¡Bueno, Tim! La primera vez que te veo permitir que un conejo se aleje de ti —dijo Dick—. Debes de tener mucho calor y estar cansado. ¿Tienes algo de comer para él, Jorge?

—Claro que sí —respondió ella—. Le preparé sus sándwiches yo misma.

¡Y así lo había hecho! Había comprado carne picada al carnicero, y había dispuesto para Tim doce sándwiches bien cortados y empaquetados.

Los demás se rieron. A Jorge no le pesaba jamás molestarse por Tim, que se tragó los sándwiches con ansia, aporreando el suelo con su rabo. Siguieron todos sentados, masticando alegremente, encantados de estar al aire libre, juntos y disfrutando de una comida suculenta.

—¡Jorge, mira lo que estás haciendo! —gritó Ana de pronto—. ¡Te estás comiendo uno de los sándwiches de Tim!

—¡Mi madre! —exclamó Jorge—. ¡Ya me parecía a mí que sabía un poco fuerte! He debido darle a Tim uno de los míos sin darme cuenta y me habré quedado con uno de los suyos. Lo siento, Tim.

—¡Guau! —aceptó Tim la disculpa con toda cortesía, recibiendo al tiempo uno de sus sándwiches.

—Al paso que va, no se dará cuenta de si se come veinte o cincuenta —observó Julián.

—Ya terminó todos los suyos, ¿verdad? Tened cuidado, porque ahora la emprenderá con los nuestros. ¡Caramba! ¡La orquesta ha empezado de nuevo!

Se quedaron un rato en silencio, escuchando al tordo que parecía decir: «¡Cuidado por dónde vais! ¡Cuidado con lo que

hacéis, hacéis, hacéis…!»

—Me recuerda a los canelones esos que recomiendan prudencia —dijo Dick, y se recostó sobre un mullido cojín de musgo—. Muy bien, viejo pájaro. Iremos con cuidado, no te preocupes. Pero ahora vamos a echar una siestecita, así que no cantes demasiado fuerte.

—Encuentro buena la idea de descansar un poquito —asintió Julián, bostezando—. Vamos bien por ahora. No debemos cansarnos demasiado el primer día. Quítate de encima de mis piernas, Tim. Pesas demasiado con todos esos sándwiches que te has engullido.

Tim obedeció. Se dirigió hacia Jorge y se dejó caer a su lado, lamiéndole la cara. Ella lo empujó.

—No me lamas tanto —observó, medio dormida—. Quédate de guardia como un buen perro y cuídate de que nadie nos robe las bicicletas.

Tim sabía muy bien lo que significaba la palabra «guardia». Tan pronto como la oyó, se sentó muy tieso, mirando a su alrededor y olfateando al mismo tiempo. ¿Alguien por allí? No. Ni se veía, ni se oía, ni se olía a ningún extraño. Se acostó otra vez, con una oreja enderezada y un ojo medio abierto. Jorge siempre se maravillaba de que pudiese dormir con un ojo y una oreja y permanecer despierto con los otros. Pensó comunicárselo a Dick y Julián cuando se dio cuenta de que dormían profundamente.

También ella se durmió. Nadie vino a molestarlos. Un pequeño petirrojo se acercó a ellos, mirándolos con curiosidad. Con su cabecita ladeada, parecía preguntarse si sería una buena idea arrancar unos cuantos pelos de la cola de Tim para colaborar en la construcción de su nido. La apertura en el ojo del perro se hizo más grande. ¡Lo pagaría caro el pajarillo sí se atreviese a molestarle!

El petirrojo se alejó volando. El tordo reanudó su canto y el conejo apareció de nuevo. El ojo de Tim se abrió por completo. ¿Estaría despierto o durmiendo? El conejo no esperó a aclararlo.

Eran ya las tres y media cuando fueron despertando, uno a uno. Julián consultó su reloj.

—¡Vaya! Casi ha llegado la hora de merendar —dijo.

Ana dejó escapar un grito de sorpresa.

—¡Pero si acabamos de comer y estoy todavía tan llena como para estallar!

Julián sonrió.

—Está bien. Nos guiaremos por nuestros estómagos y no por los relojes para nuestras comidas, Ana. Levántate de una vez. Nos iremos sin ti si no te apresuras.

Empujaron las bicicletas fuera del campo de velloritas y montaron en ellas otra vez. Era un placer sentir el soplo de la brisa sobre sus rostros. Ana rezongó un poquito.

—¡Dios mío! Empiezo a sentirme rígida. ¿Vamos a rodar muchos kilómetros más, Julián?

—No, no muchos. Creo que podríamos continuar hasta que nos apetezca merendar. Entonces nos detendremos en el pueblo más próximo, adquiriremos lo necesario para la cena y el desayuno y luego buscaremos un buen sitio para montar nuestras tiendas esta noche. He visto en el mapa que hay un pequeño lago por aquí y pensé que podríamos nadar un rato si damos con él.

Sus hermanos y su prima se mostraron de acuerdo con el plan. Jorge pensó que no le molestaría continuar en la bicicleta muchos kilómetros si al final podía nadar en un lago.

—Es un proyecto magnífico —aprobó—. Verdaderamente magnífico. Creo que debíamos planear toda nuestra excursión alrededor de los lagos para poder nadar al atardecer y por la mañana.

—¡Guau! —dijo Tim, corriendo al lado de la bicicleta de su ama —. ¡Guau!

—Tim también está conforme —dijo Jorge, riéndose—. Aunque me parece que se ha olvidado de traerse su toalla.

Capítulo 3

Un día estupendo y una noche estupenda

Los cinco se divirtieron mucho aquella tarde.

Merendaron a las cinco y media y después compraron lo que necesitaban para la cena y el desayuno: rosquillas, pasta de anchoas, una gran torta de mermelada empaquetada en una caja de cartón, naranjas, jugo de limón dulce, una gran lechuga y algunos bocadillos de jamón. ¡Un buen surtido!

—Espero que no tengamos la mala ocurrencia de comérnoslo todo para cenar y nos quedemos sin desayuno —dijo Jorge, colocando los bocadillos en la cesta de su bicicleta—. ¡Baja, Tim! Estos bocadillos no son para ti. Te he comprado un enorme hueso que te tendrá ocupado durante horas.

—Bueno, ten la precaución de no dárselo cuando nos vayamos a acostar —advirtió Ana—. Hace un ruido espantoso cuando se dedica a roer y masticar. No nos dejaría dormir.

—Nada en el mundo sería capaz de despertarme a mí esta noche —objetó Dick—. Ni siquiera aunque se produjese un terremoto. Estoy suspirando por encontrarme metido en mi saco de dormir.

—No creo que sea imprescindible montar las tiendas esta noche —dijo Julián, mirando al cielo que aparecía bien despejado—. Preguntaré a alguien qué ha pronosticado la radio sobre el tiempo en el boletín de las seis. Me parece que podemos meternos tranquilamente en nuestros sacos de dormir, sin otro techo que el cielo.

—¡Qué fantástico! —exclamó Ana—. Será maravilloso estar boca arriba y mirar a las estrellas.

El pronóstico sobre el tiempo había sido que se mantendría bueno, claro y suave.

—Bien —dijo Julián—. Eso nos ahorrará mucho trabajo. No nos molestaremos ni en desenvolver nuestras tiendas. A ver, ¿lo tenemos ya todo? ¿Alguien opina que deberíamos comprar más comida?

Las cestas de las bicicletas se hallaban repletas. Nadie pensó que resultase aconsejable intentar meter algo más en ellas.

—Podríamos guardar muchas más cosas si Tim llevase sus enormes huesos —se lamentó Ana—. La mitad de mi cesta va ocupada por ellos. Jorge, ¿no podrías idear algo para que Tim transportase su propia comida? Es lo bastante listo para hacerlo.

—Claro que es lo bastante listo —respondió su prima—. Pero demasiado goloso, Ana. Lo sabes muy bien. Si tuviese que llevarlo él, se lo comería todo de una vez. Los perros pueden comer a cualquier hora.

—¡Qué suerte! —exclamó Dick—. Ojalá yo también pudiese hacerlo. Me molesta tener que descansar entre las comidas.

—Ahora, ¡vámonos al lago! —dijo Julián, plegando el mapa que había estado examinando—. Faltan unos nueve kilómetros para llegar. Se llama The Green Pool (El Charco Verde). Bueno. Parece bastante más grande que un charco. ¡Dios mío, qué bien nos vendrá el baño! ¡Tengo tanto calor y me siento tan pegajoso!

Alcanzaron el lago sobre las siete y media. El paisaje era maravilloso y había al borde una caseta que, con toda seguridad, servía durante el verano para desnudarse los bañistas. Ahora se encontraba cerrada y las cortinas echadas sobre las ventanas.

—Supongo que podremos nadar en él si nos apetece —expresó sus dudas Dick—. No estará prohibido, ¿verdad?

—No, no hay ninguna señal que diga «Privado» —replicó Julián —. No encontraremos el agua muy cálida, porque estamos todavía a mediados de abril. ¡No importa! Estamos acostumbrados a tomar duchas frías todas las mañanas y, por otra parte, me atrevo a asegurar que el sol la habrá templado un poco. Vamos a ponernos los trajes de baño.

Se cambiaron detrás de las matas y corrieron hacia el lago. El agua les pareció verdaderamente helada. Ana no hacía más que

entrar y salir y no se atrevía a adentrarse.

Jorge se juntó con los chicos para nadar y los tres regresaron contentos y felices.

—¡Brrrr…! ¡Qué fría! —exclamó Dick—. ¡Venid! Echaremos una carrera. ¡Mirad a Ana! —añadió burlón—. Ya se ha vestido. Tim, ¿dónde estás? A ti no te molesta el agua fría, ¿verdad?

Se lanzaron en una loca carrera de un lado para otro, por los caminos que bordeaban el lago. Ana se hallaba ya ocupada en preparar la cena. El sol había desaparecido y, a pesar de que la tarde era muy suave, el calor radiante del día se había desvanecido. Ana se sentía feliz abrigada por su chaqueta.

—La buena de Ana —comentó Dick cuando por fin se reunieron con ella, vestidos y con las chaquetas puestas para calentarse—. Mirad, ya tiene la cena preparada. Eres una excelente ama de casa, Ana. Estoy seguro de que si nos quedásemos aquí más de una noche, Ana se las arreglaría para organizar una despensa, buscar un sitio que le sirviese de lavadero y otro donde guardar los plumeros y las escobas.

—Eres un tonto, Dick —respondió Ana—. Deberías sentirte contento de que yo me preocupe de todo y os prepare la comida. ¡Tim, fuera de aquí! ¡Miradle! Ha salpicado toda la comida con miles de gotas de agua del lago. Jorge, tenías que haberle secado. Sabes cómo se sacude después de un baño.

—Lo siento —dijo Jorge, pesarosa—. Tim, di que lo sientes. ¿Por qué has de ser siempre tan impetuoso? Si yo me sacudiese como tú me saldría el pelo volando por el aire. Y hasta las orejas y los dedos.

La cena transcurrió tan feliz como la comida, sentados en la claridad del atardecer, observando cómo las primeras estrellas aparecían en el cielo. Tanto los niños como el perro se sentían cansados pero felices. Era el principio de la excursión y los principios siempre resultan hermosos. Los días se extienden sin aparente fin delante de uno y se tiene la absoluta convicción de que el sol brillará todos los días.

Tan pronto como terminaron la cena, no tardaron en acomodarse en el interior de sus sacos de dormir. Los habían dispuesto en fila para poder charlar entre ellos si así lo deseaban. Tim estaba excitadísimo. Se dedicó a pasearse a conciencia por

encima de ellos, aunque todos lo recibieron con chillidos y amenazas.

—¡Tim! ¡Cómo te atreves! ¡Y con lo que he comido!

—¡Tim! ¡Bruto! ¡Quita en seguida tus enormes patazas de encima de mí!

—Jorge, ¡caramba! Podrías prohibirle a Tim que se dedique a pasear sobre nosotros. Espero que no se le ocurrirá hacerlo durante toda la noche.

Tim se manifestó muy sorprendido ante todos aquellos gritos. Por último, se estiró al lado de su ama, después de intentar, aunque sin resultado, meterse con ella dentro del saco. Jorge apartó su cara del alcance de sus lamidos.

—Tim, te quiero mucho, pero me gustaría que no me mojases tanto la cara. Julián, mira qué estrella tan maravillosa. Es igual que una lamparita redonda. ¿Cómo se llama?

—No es exactamente una estrella, sino Venus, uno de los planetas —respondió Julián, medio dormido—. Pero le llaman el lucero vespertino. ¿Cómo es que no lo sabías, Jorge? ¿No te enseñan nada en tu colegio?

Jorge intentó dar una patada a Julián a través de su saco, sin conseguirlo. Abandonó el intento y bostezó con tanta fuerza que contagió a todos los demás y tuvieron que imitarla.

Ana se quedó dormida al instante. Era la más pequeña y se cansaba con mayor facilidad que los demás en los largos paseos, a pesar de que siempre los seguía valientemente. Jorge, por un momento, contempló con intensa atención el brillante lucero vespertino y cayó de repente en un profundo sueño. Julián y Dick charlaron aún durante unos minutos. Tim permanecía inmóvil. Se sentía cansado por haber corrido kilómetros y kilómetros.

Nadie se movió durante la noche, ni siquiera el perro. No se fijó en un grupo de conejos que jugueteaban allí cerca, apenas aguzó el oído cuando un búho gritó por los alrededores y ni siquiera se movió al correr un escarabajo sobre su cabeza.

Sin embargo, con sólo que Jorge se hubiese removido o hubiera pronunciado su nombre, Tim se hubiese despertado de inmediato. Se hubiese echado sobre ella, lamiéndola y quejándose suavemente. Jorge era el centro de su universo de noche y de día.

Al día siguiente, el tiempo apareció otra vez bueno y claro. Daba gusto despertarse y sentir el calor del sol sobre sus caras y oír un tordo cantando con toda la fuerza de sus pequeños pulmones. «Quizá sea el mismo tordo de ayer —pensó Dick, soñoliento—. Nos está diciendo: "¡Cuidado con lo que hacéis! ¡Cuidado con lo que hacéis!", igual que lo hizo el otro».

Ana se incorporó con precaución dentro de su saco, preguntándose si tendría que levantarse y preparar el desayuno para sus compañeros. Quizá deseasen bañarse primero.

Julián se incorporó a su vez y bostezó, al mismo tiempo que se deslizaba fuera del saco. Sonrió a Ana.

—¡Hola! —dijo—. ¿Has descansado bien? ¡Caramba! ¡Yo me encuentro estupendamente esta mañana!

—Yo me siento un poco rígida —respondió Ana—, pero pronto se me pasará. ¡Buenos días, Jorge! ¿Despierta?

Jorge refunfuñó algo entre dientes y se acomodó mejor dentro del saco de dormir. Tim alargó la pata hacia ella, gruñendo. Quería que se levantase para ir a corretear con él.

—¡Calla, Tim! —ordenó su ama desde el fondo del saco—. ¿No ves que estoy dormida?

—Voy a bañarme —declaró Julián—. ¿Alguien viene conmigo?

—Yo, no, desde luego —replicó Ana—. El agua estará demasiado fría para mí esta mañana. Tampoco creo que le apetezca a Jorge. Vosotros, los dos chicos, iros solos. Tendré el desayuno preparado para cuando volváis. Siento no poder prepararos nada caliente para beber, pero nos hemos olvidado de traer una tetera o algo por el estilo.

Julián y Dick se alejaron hacia el Charco Verde, medio dormidos todavía. Ana abandonó su saco de dormir y se vistió a toda prisa. Decidió acercarse al lago armada con su esponja y su toalla a fin de despabilarse por completo con el agua fría. Jorge continuaba aún en el saco de dormir.

Entre tanto, los dos niños se hallaban a punto de llegar al lago. ¡Ah! Ahora podían verlo entre los árboles, resplandeciendo con un brillo tan verde como el de una esmeralda. Resultaba muy atrayente.

De repente, descubrieron una bicicleta apoyada contra un árbol.

La miraron asombrados. No era una de las suyas. Debía de pertenecer a otra persona.

Entonces oyeron chapoteos dentro del lago y corrieron hacia él. ¿Acaso alguien más se estaba bañando?

En efecto. Había un chico en el agua y podía verse su cabeza dorada y húmeda brillando bajo el sol de la mañana. Nadaba con fuerza a través del lago, dejando ondas tras él a medida que se alejaba. De pronto, vio a Dick y Julián y nadó hacia ellos.

—¡Hola! —saludó, saliendo del agua—. ¿Vosotros también venís a nadar? Es bonito mi charco, ¿no os parece?

—¿Qué quieres decir? ¿Es tuyo el lago, de verdad? —preguntó Julián.

—Bueno, mío, no. Pertenece a mi padre, Thurlow Kent —respondió el muchacho.

Julián y Dick habían oído hablar de Thurlow Kent, uno de los hombres más ricos del país. Julián miró al chico con recelo.

—Ignorábamos que se tratase de un lago particular. Si es así, no nos bañaremos en él —dijo.

—¡No seas bobo! ¡Adelante! —gritó el chico, salpicándolos con el agua fría—. ¿Hacemos una carrera hasta el otro lado?

Los tres se lanzaron hacia delante, hendiendo el agua verde con sus vigorosos y bronceados brazos. ¡Qué comienzo tan formidable para un día soleado!

Capítulo 4

Ricardo

Ana se sorprendió al ver tres niños en el lago en lugar de dos. Se quedó al borde del agua, mirándolos estupefacta, con su esponja y su toalla en la mano. ¿Quién sería el tercer chico?

Los tres regresaron hacia donde los esperaba Ana. Ésta observó con timidez al extraño. No era mucho mayor que ella, ni tan alto como Julián o Dick. Sin embargo, poseía una fuerte estructura y unos ojos risueños y azules que le agradaron en seguida. Se echó hacia atrás el pelo mojado.

—¡Hola! —dijo Ana, sonriéndole—. ¿Cómo te llamas?

—Ricardo —contestó él—. Ricardo Kent. Y tú, ¿cómo te llamas?

—Ana —respondió ella—. Estamos haciendo una excursión en bicicleta.

Los niños no se habían ocupado de presentarse todavía, jadeantes como estaban aún por efecto de la carrera.

—Yo soy Julián y éste es Dick, mi hermano —dijo Julián casi sin aliento—. Espero que no hayamos cometido una infracción al invadir tu tierra y tu agua.

Ricardo sonrió.

—Sí la habéis cometido, pero no importa. Yo os doy permiso. Podéis aprovecharos de mi tierra y de mi lago todo el tiempo que deseéis.

—Gracias —dijo Ana—. Supongo que es propiedad de tu padre. No hay ninguna señal indicando «Privado», así que no podíamos saberlo. ¿Te gustaría desayunar con nosotros? Si te vistes al mismo tiempo que los demás, ellos te guiarán adonde hemos acampado

anoche.

Ana se lavó la cara y las manos con la esponja mojada, escuchando cómo los niños charlaban detrás de las matas donde habían dejado sus vestidos. Luego se apresuró hacia el campamento a fin de arreglar los sacos de dormir y preparar el desayuno con mayor esmero del acostumbrado. Su prima dormía todavía profundamente en su saco de dormir. Mantenía la cabeza fuera de él y sus cortos bucles negros la hacían parecerse como siempre a un muchacho.

—¡Jorge, despierta! Tenemos un invitado a desayunar —le advirtió Ana, sacudiéndola.

Jorge se desprendió de sus manos, enfadada, sin creer sus palabras. Sin duda trataba de engañarla para que se levantase y la ayudase a preparar el desayuno. Ana la dejó en paz. «Muy bien —pensaba—. ¡Que la encuentren en su saco de dormir, si eso es lo que le gusta!»

Empezó a sacar la comida y arreglarla con sumo cuidado. ¡Qué buena idea habían tenido al traer dos botellas más de jugo de limón dulce! Ahora podrían ofrecerle una a Ricardo.

Los tres niños llegaron, bien aplastados sus cabellos todavía húmedos. Ricardo vio a Jorge en su saco de dormir, al mismo tiempo que Tim acudía a saludarle. Acarició al perro. Éste adivinó, por el olfato, que el niño se rodeaba de perros en su casa. Así que lo olió con mucho interés.

—¿Quién es ese que duerme todavía? —preguntó Ricardo.

—Es Jorge —contestó Ana—. Tiene demasiado sueño para despertarse. Adelante, ya tengo el desayuno preparado. ¿Os agradaría empezar por las rosquillas, anchoas y lechuga? Hay también jugo de limón dulce, si os gusta.

Jorge oyó la voz de Ricardo mientras hablaba con los demás y quedó confusa. ¿Quién era aquel intruso? Se sentó, guiñando los ojos, con su corto pelo alborotado alrededor de su cabeza como un halo. Ricardo pensó que, en efecto, se trataba de un chico. No hay que olvidar que lo parecía y además se llamaba Jorge.

—Buenos días, Jorge —le dijo—. Espero que no me esté comiendo tu parte del desayuno.

—¿Y tú quién eres? —preguntó Jorge.

Sus primos se lo dijeron.

—Vivo a unos cinco kilómetros de aquí —explicó Ricardo—. Vine esta mañana en mi bicicleta con objeto de nadar un rato. Un momento… Esto me recuerda que sería mejor que me trajese mi bici aquí y la dejase en un sitio desde donde la pueda vigilar.

Corrió a buscar la bicicleta. Jorge aprovechó la ocasión para salir corriendo de su saco y marchar a vestirse. Estaba de vuelta antes que Ricardo y se puso a desayunar. Ricardo llegó empujando su máquina.

—Ya la tengo —dijo, y la dejó caer al suelo a su lado—. No quisiera por nada del mundo tener que decirle a mi padre que ésta también desapareció como las otras. Tiene bastante mal genio.

—Mi padre también —confesó Jorge.

—¿Te zurra? —preguntó Ricardo, a la vez que le alargaba a Tim un trocito de rosquilla con pasta de anchoa.

—Claro que no —respondió Jorge, muy digna—. Únicamente tiene el carácter un poco fuerte. Eso es todo.

—El mío tiene mal carácter, rabia, furia, todo lo que queráis. Si alguien le ofende, ya puede prepararse. Se vengará de él. Es como los elefantes, no olvida jamás. Se ha hecho muchos enemigos en su vida. Lo han amenazado varias veces y ha tenido que contratar a un guardaespaldas.

Los chiquillos escuchaban emocionados. Dick deseó por un momento haber tenido un padre como aquél. Sería muy agradable charlar con los otros niños del colegio acerca del guardaespaldas de su padre.

—¿A qué se parece su guardaespaldas? —preguntó Ana con curiosidad.

—Pues… varían. Pero todos son tipos grandes y fuertes. Tienen aspecto de ladrones y lo más seguro es que lo sean —continuó Ricardo, disfrutando del interés que había despertado en los otros —. Uno que tenía el año pasado era horroroso de verdad. Tenía los labios más gruesos que hayáis visto jamás y una nariz tan grande que, cuando se le miraba de perfil, parecía que se había puesto una nariz postiza en broma.

—¡Dios mío! —exclamó Ana—. Eso me suena a algo espantoso. ¿Lo tiene todavía tu padre?

—No, un día hizo algo que le molestó, aunque no sé qué, y, después de una pelea de miedo, mi padre lo despidió —dijo Ricardo —. No hemos sabido nada más de él. La verdad, yo encontré la idea excelente, porque le odiaba. Tenía la costumbre de dar patadas a los perros.

—¡Pero qué bestia! —exclamó Jorge, horrorizada. Puso su brazo alrededor de Tim, como si temiese que alguien estuviera a punto de propinarle una patada a él también.

Julián y Dick se preguntaban si debían creer todo aquello. Llegaron a la conclusión de que los cuentos de Ricardo eran bastante exagerados y continuaron escuchándole divertidos, pero no asustados como las niñas, que permanecían pendientes de cada palabra pronunciada por Ricardo.

—¿Dónde está tu padre ahora? —preguntó Ana—. ¿Tiene algún guardaespaldas en este momento?

—Supongo que sí. Esta semana la pasará en América. Pronto volverá, acompañado de su guardaespaldas de turno —dijo Ricardo, bebiéndose hasta la última gota del jugo del limón dulce—. ¡Caramba! ¡Qué bueno está esto! Qué suerte tenéis de que os dejen ir solos con vuestras bicis y de poder dormir en donde os dé la gana. Mi madre jamás me lo permitiría. Siempre teme que me ocurra algo.

—Quizá sería conveniente que contratasen un guardaespaldas también para ti —sugirió Julián con picardía.

—Ya me encargaría yo de despistarlo —aseguró Ricardo—. De todos modos, tengo ya una especie de guardaespaldas.

—¿Quién? ¿En dónde? —preguntó Ana, mirando a su alrededor como si esperase ver aparecer de pronto algún terrible bandido.

—Bueno, me refiero a mi tutor durante las vacaciones —explicó Ricardo, haciéndole cosquillas a Tim detrás de las orejas—. Se llama Lomax y es una persona espantosa. Me exige que lo ponga al corriente cada vez que salgo, como si fuese un niño de la edad de Ana.

Ana se mostró indignada.

—Yo no tengo que pedir permiso a nadie cuando quiero salir sola —protestó.

—De todos modos, no creo que tampoco a nosotros nos

permitieran irnos solos de excursión si no tuviésemos al viejo Tim —confesó Dick honradamente—. Es mejor que ningún guardaespaldas y que ningún tutor. Me pregunto cómo es que no tienes un perro.

—¡Oh! Tengo lo menos cinco —replicó Ricardo, orgulloso.

—¿Cómo se llaman? —preguntó Jorge, desconfiada.

—Esto… Bunter, Biscuit (galleta), Brownie, Bones y… y… Bonzo —dijo Ricardo con una sonrisa.

—¡Qué nombres tan tontos! —comentó Jorge con desdén—. Imagínate llamarle a un perro Biscuit. Debes de estar mal de la cabeza.

—Tú te callas —saltó Ricardo, enfurecido—. No consiento a nadie que diga que estoy mal de la cabeza.

—Tendrás que consentírmelo a mí —insistió Jorge—. Sigo pensando que es una estupidez llamarle Biscuit a un perro bueno y decente.

—Lucharé contigo —dijo de pronto Ricardo, dejándolos sorprendidos. Se puso en pie—. ¡Adelante! Levántate.

La niña saltó sobre sus pies. Julián alargó una mano y la hizo sentarse otra vez.

—Nada de eso —le dijo a Ricardo—. Tendrías que avergonzarte de ti mismo.

—¿Por qué? —gritó Ricardo con gesto enfurecido. Evidentemente, él y su padre tenían el mismo genio.

—Bueno…, no se acostumbra luchar con chicas —dijo Julián con sorna—. ¿O puede que sí? Corrígeme si me equivoco.

Ricardo lo miró asombrado.

—¿Qué quieres decir? —respondió—. ¿Chicas? Claro que no peleo con chicas. Un muchacho decente no pega nunca a una mujer. Pero es con este chico, ¿cómo se llama?, ¿Jorge?, con el que quiero pelear.

Se quedó atónito cuando Julián, Dick y Ana soltaron una estrepitosa carcajada. Tim ladraba como un loco, satisfecho él también del final de la pelea. Sólo Jorge parecía rebelde y enfadada.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó Ricardo en tono agresivo—. ¿Qué tiene de gracioso todo esto?

—Ricardo, Jorge no es un chico, es una chica —explicó Dick por fin—. ¡Dios mío! ¡Y ella estaba presta a aceptar tu desafío y a luchar contigo! ¡Dos perritos peleando!

Ricardo se quedó boquiabierto de sorpresa. Miró a Jorge, avergonzado.

—¡Caramba! ¿Eres una chica de verdad? —dijo—. Te portas como un chico y lo pareces también. Lo siento, Jorge. ¿Te llamas realmente Jorge?

—No, Jorgina —respondió ella deshelándose un poco ante la torpe disculpa de Ricardo. Estaba satisfecha de ver que la había tomado por un chico. Siempre deseó ser un hombre y no una mujer.

—Gracias a Dios que no he luchado contigo —comentó Ricardo —. Te hubiese tirado al suelo del primer golpe.

—¡Eso sí que me gusta! —saltó Jorge, enfureciéndose de nuevo. Julián la empujó con la mano hacia atrás.

—A callar los dos. No os portéis como idiotas. Bien, ¿dónde está el mapa? Ya es hora de que le echemos una mirada para decidir lo que haremos hoy, hasta dónde llegaremos y en dónde pasaremos la noche.

Por fortuna, Jorge y Ricardo se conformaron de buena gana… Pronto las seis cabezas, incluyendo la de Tim, se hallaban inclinadas sobre el mapa. Julián tomó la decisión.

—Iremos hacia Middlecombe Woods. ¿Veis? Aquí está señalado en el mapa. Ya está resuelto. Será un paseo divertido.

Puede que, en efecto, constituyese un buen paseo. Sin embargo, acabaría siendo mucho más que eso.

Capítulo 5

Seis en vez de cinco

—Oíd una cosa —dijo Ricardo cuando hubieron enterrado la basura y comprobado que a nadie se le había deshinchado una rueda—. Escuchadme. Tengo una tía que vive en dirección a esos bosques. Si consigo el permiso de mi madre, ¿me dejaréis ir con vosotros? Puedo ir a visitar a mi tía de paso.

Julián miró a Ricardo con expresión dubitativa. No se sentía muy seguro de que fuera realmente a solicitar el permiso.

—Claro que no nos importa que vengas con nosotros, pero no tardes mucho. Podemos dejarte en casa de tu tía de paso.

—Iré en seguida a pedirle permiso a mi madre —dijo Ricardo y, lleno de ansiedad, corrió a coger su bicicleta—. Os encontraré en Croker's Corner. Ya sabéis dónde está por el mapa. Eso nos ahorrará tiempo, porque así no necesitaré volver atrás. No queda muy lejos de mi casa.

—Muy bien —dijo Julián—. De todos modos, tengo que ajustar mis frenos y eso me llevará por lo menos cinco minutos. Dispones de tiempo sobrado para ir a tu casa, pedir permiso y reunirte luego con nosotros. Te esperaremos unos diez minutos en Croker's Corner. Si tardas, comprenderemos que no lo conseguiste. Dile a tu madre que te dejaremos sano y salvo en casa de tu tía.

Ricardo salió a toda velocidad en su bicicleta, muy excitado. Ana empezó a recogerlo todo y Jorge la ayudó. Tim se metió entre los pies de todo el mundo, husmeando en busca de trozos de pan.

—Cualquiera pensaría que continúa hambriento —comentó Ana —. ¡Pues desayunó mucho más que yo! ¡Tim! Si te metes otra vez

entre mis piernas, te ataré.

Julián ajustó sus frenos con la ayuda de Dick. En un cuarto de hora estaban preparados para ponerse en marcha. Habían planeado ya el lugar en que se detendrían para comprar comida y, a pesar de que el camino hacia Middlecombe Woods era más largo del que habían recorrido el día anterior, se sentían con fuerzas para correr más kilómetros aquel segundo día. Tim también se mostraba impaciente por marcharse. Era un perro grande y disfrutaba mucho haciendo ejercicio.

—A ver si en estos días consigues perder un poco de grasa —dijo Dick a Tim—. No nos gustan los perros gordos, ¿sabes? No hacen más que balancearse y resoplar.

—¡Dick! Tim jamás ha sido grueso —exclamó Jorge, indignada.

Pero se calló en cuanto advirtió la sonrisa de su primo. Le estaba tomando el pelo como de costumbre. De buena gana se daría una patada a sí misma. ¿Por qué tenía que enfurecerse cada vez que Dick se burlaba de ella metiéndose con Tim? Le asestó un amistoso puñetazo de protesta.

Montaron en las bicicletas. El perro echó a correr el primero, contento. Llegaron a un camino y descendieron por él, evitando los baches. No era una carretera principal porque a los niños les desagradaban aquéllas. Había demasiado tráfico y mucho polvo. Les gustaban los caminos con sombra, donde encontraban tan sólo algún que otro coche o, de vez en cuando, el carro de algún campesino.

—Cuidado con pasar de largo Croker's Corner —advirtió Julián —. Tiene que estar por aquí, cerca de este camino, según el mapa. Jorge, si sigues metiéndote en los baches de esa manera, saldrás disparada de la bici.

—¡Ya lo sé! —exclamó Jorge—. Me metí en ellos porque Tim se me puso delante de la rueda. Debe de andar tras un conejo o algo por el estilo. ¡Idiota, no te quedes atrás!

Tim siguió de mala gana al pequeño grupo. El ejercicio es algo maravilloso, pero da lugar a que muchos olores que surgen a los lados del camino queden sin husmear. «Supone una pérdida tremenda de olores», pensaba Tim.

Llegaron a Croker's Corner antes de lo previsto. Una señal

indicaba el nombre y allí, apoyado contra el poste y montado en su bicicleta, encontraron a Ricardo, radiante de alegría.

—Has hecho bastante de prisa el camino. Creí que te llevaría más tiempo ir a casa y volver hasta aquí —dijo Julián—. ¿Qué te ha dicho tu madre?

—No le molesta en absoluto que me pase todo el día con vosotros —contestó Ricardo—. Dijo que puedo ir a pasar la noche a casa de mi tía.

—¿No has traído pijama contigo? —preguntó Dick.

—Los hay siempre de sobra en casa de mi tía —explicó Ricardo —. ¡Hurra! Será maravilloso pasarme todo el día con vosotros, sin el señor Lomax para darme la lata con esto o con lo otro. ¡Adelante!

Partieron todos juntos en las bicicletas. Ricardo intentó avanzar de tres en fondo. Julián le advirtió que a los ciclistas no se les permitía hacer eso.

—No me importa —rechazó Ricardo, que parecía muy alegre—. ¿Quién nos lo puede impedir?

—Yo te lo impediré —dijo Julián, y Ricardo cesó de sonreír en el acto.

Julián podía mostrarse muy severo cuando se lo proponía. Dick guiñó un ojo a Jorge, que a su vez se lo guiñó a él. Los dos habían comprendido ya que Ricardo era un niño muy mimado y le gustaba hacer lo que le daba la gana. Sin embargo, no lo conseguiría si se enfrentaba con el bueno de Julián.

A las once se pararon en un pueblecillo para tomar un helado y beber un refresco. Ricardo aparentaba tener mucho dinero. Insistió en invitarlos a todos, Tim incluido, a un helado.

Después adquirieron provisiones para la comida del mediodía: pan tierno, mantequilla fresca, crema de queso, escarola, rábanos encarnados y un manojo de cebollas tiernas. Ricardo compró un suculento pastel de chocolate que descubrió en una pastelería de lujo.

—¡Dios mío! Eso ha debido de costarte un dineral —exclamó Ana—. ¿Cómo vamos a llevarlo? No cabe en ninguna de las cestas.

—¡Guau! —se ofreció en seguida Tim con anhelo.

—¡Que te crees tú eso! No permitiré que lo lleves tú —dijo Ana —. ¡Cielo santo! Me parece que tendremos que partirlo por la mitad

y llevarlo entre dos. ¡Es un pastel tan enorme!

Otra vez emprendieron el camino y pronto se encontraron en pleno campo. Cada vez había menos pueblos y aparecían más alejados unos de otros. De cuando en cuando se veía, sobre las faldas de una colina, una granja rodeada de vacas, corderos y aves. Un escenario apacible, con el sol brillando sobre él y el cielo azul salpicado por alguna que otra nube afelpada.

—¡Es fantástico! —dijo Ricardo—. ¿Es que pensáis que Tim no se cansa jamás? En este momento jadea que da pena.

—Sí, creo que tendríamos que buscar ya un sitio apropiado para la comida —repuso Julián mirando el reloj—. Hemos recorrido bastante esta mañana. Claro que la mayor parte del trayecto ha sido cuesta abajo. Esta tarde tendremos que ir más despacio porque llegaremos a lugares montañosos.

Al fin localizaron un lugar adecuado para la comida. Escogieron la parte soleada de un seto que dominaba un precioso valle. Un sinfín de ovejas y corderos los rodeaban. Los corderillos los miraban con ojo escrutador y uno de ellos se acercó a Ana balando.

—¿Quieres un trocito de pan? —le preguntó la niña, y se lo tendió. Tim observaba, indignado. ¡Imagínate, dar de comer a esas tontas criaturas! Gruñó un poco y Jorge hubo de ordenarle que se callase.

Pronto todos los corderos los rodearon sin temor. Incluso uno de ellos intentó poner sus patitas sobre los hombros de Jorge. ¡Aquello fue demasiado para Tim! Gruñó con tal furia que los pobres corderitos tuvieron que alejarse a toda prisa.

—No seas celoso, Tim —le reprendió su ama—. Toma este sándwich y pórtate bien. Has asustado a los corderitos y ya no querrán volver.

Despacharon toda la comida, acompañada por el zumo de limón dulce y el jengibre. El sol calentaba mucho. Pronto se pondrían todos bien morenos y eso que estaban todavía en abril. ¡Qué maravilla! Julián pensó con indolencia que era una verdadera suerte gozar de un tiempo tan estupendo. Hubiese sido espantoso tener que rodar todo el día bajo la lluvia.

Otra vez los niños echaron una siestecita al sol. También Ricardo se acostó. Los corderitos, brincando, se acercaron cada vez más.

Uno de ellos casi saltó sobre Julián, que se despertó sobresaltado.

—Tim —empezó a decir—, Tim, si saltas sobre mí de esta manera voy…

Entonces descubrió que no era Tim, sino un corderito. Julián se rió. Se quedó sentado un momento, mirando como los blancos animalitos jugaban a «Este castillo es mío» con un viejo cubo. Luego se volvió a acostar.

—¿Falta mucho para la casa de tu tía? —preguntó Julián a Ricardo así que volvieron a montar en las bicicletas.

—Si estamos cerca de Great Giddings, pronto llegaremos a ella —contestó Ricardo. Intentó avanzar sin cogerse del manillar y por poco acaba dentro de la cuneta—. ¿No lo localizaste en el mapa?

Julián intentó recordar.

—Sí, creo que estaremos en Great Giddings sobre la hora del té…, digamos a las cinco, poco más o menos. Si quieres podemos dejarte en casa de tu tía para el té.

—¡Oh, no, gracias! —dijo Ricardo apresuradamente—. Prefiero tomarlo con vosotros. ¡Cuánto me gustaría hacer esta excursión en vuestra compañía! Supongo que no me lo permitiríais, ¿verdad? Quizá si telefoneases a mi madre…

—No seas burro —rechazó Julián—. Merienda con nosotros si te apetece; después te dejaremos en casa de tu tía, tal como convinimos. Nada de tonterías sobre el asunto.

Arribaron a Great Giddings sobre las cinco y diez. A pesar de su nombre (Great significa grande en inglés) era muy pequeño. Había un establecimiento donde servían el té con un letrero que decía: «Pasteles y mermeladas caseras». Así que entraron para tomar el té allí.

La señora que les atendió era gordita, alegre y le gustaban los niños. Comprendió que ganaría muy poco sirviéndoles el té a cinco niños rebosantes de salud. Sin embargo, le daba igual. Puso manos a la obra y empezó a llenar tres grandes platos con rebanadas de pan y mantequilla. Sacó mermelada de albaricoque, frambuesa y fresa y una buena cantidad de pasteles. Al ver los preparativos, a los niños se les hizo la boca agua.

La dueña del establecimiento conocía bien a Ricardo, porque aquél había merendado alguna vez en su casa, acompañado de su

tía.

—¿Irás a quedarte con tu tía esta noche? —preguntó a Ricardo.

Éste asintió con la cabeza, llena su boca de pastel de jengibre… Era una merienda estupenda. Ana pensó que, después de esto, le sería imposible probar bocado aquella noche. Incluso Tim parecía satisfecho por una vez.

—Creo que debemos pagarle doble por su fantástica merienda —dijo Julián. La señora no lo aceptó de ninguna manera. No, no, daba gusto verles apreciar sus pasteles. No aceptó que le pagaran ni un céntimo más del precio marcado.

—Hay gente que es de verdad amable y generosa —comentó Ana tan pronto montaron en las bicicletas y se alejaron otra vez—. Uno no puede evitar cogerles cariño en seguida. Espero que llegaré a saber cocinar tan bien como ella cuando sea mayor.

—Si lo consigues, Julián y yo viviremos siempre contigo y ni siquiera pensaremos en casarnos —aseguró Dick, y todos se echaron a reír.

—¿Dónde está la casa de tu tía, Ricardo? —preguntó Julián.

—Allí enfrente —respondió Ricardo, dirigiéndose hacia el portillo—. Bueno, muchas gracias por vuestra compañía. Espero volver a veros a todos muy pronto. Tengo el presentimiento de que no tardaré mucho. ¡Adiós!

Y desapareció por el camino.

—¡Qué adiós más repentino! —exclamó Jorge, asombrada—. ¿No os parece raro?

Capítulo 6

Acontecimientos extraños

Todos ellos pensaron que, en efecto, resultaba un poco extraño que desapareciese de repente de aquella manera, despidiéndose con un simple «adiós». Julián se preguntó si no debería haberlo acompañado hasta la puerta de la casa. Así se lo manifestó a los otros.

—No seas tonto, Julián —repuso Dick con tono desdeñoso—. ¿Qué te imaginas que le puede ocurrir desde el portillo hasta la puerta de la casa?

—Nada, claro. Simplemente que no me fío de él —dijo Julián—. Hablando en plata, no estoy muy seguro de que le haya pedido permiso a su madre para venir con nosotros.

—Yo también lo creo así —asintió Ana—. Llegó demasiado pronto a Croker's Corner, ¿no es verdad? Tenía un buen trecho de camino hasta llegar a su casa. Y algo tendría que haberse entretenido mientras encontraba a su madre, hablaba con ella y todo lo demás.

—Sí, me hubiese gustado acercarme hasta la casa de su tía para preguntarle si lo estaba esperando —dijo Julián.

No obstante, lo pensó mejor y no fue. Se hubiese sentido molesto en caso de encontrar a la tía junto con Ricardo. Parecería que pretendía obligarlos a que los invitasen a entrar.

De manera que, después de discutir el asunto durante unos minutos, reanudaron la marcha. Deseaban llegar pronto a Middlecombe Woods, porque no existía ningún pueblo entre Great Giddings y este último lugar. Tendrían que alcanzar el bosque y

seguir adelante hasta tropezar con una granja, en donde comprarían alimentos para la cena y el desayuno. No habían podido hacerlo en Great Giddings porque aquel día las tiendas cerraban pronto y no habían querido pedirle a la buena señora del salón de té que les vendiese algo. Ya se habían comido gran parte de sus provisiones.

Llegaron a Middlecombe Woods. Descubrieron un lugar maravilloso para acampar aquella noche. Un pequeño valle, rodeado de velloritas y violetas, completamente escondido, a salvo de ojos indiscretos y acaso desconocido de los mismos vagabundos.

—¡Estupendo! —exclamó Ana—. Debemos estar a muchos kilómetros de cualquier población. Espero que encontraremos alguna granja que nos venda comida. A pesar de que no sentimos hambre ahora, ya la sentiremos dentro de un rato.

—Creo que tengo un pinchazo —dijo Dick, examinando su rueda trasera—. Es pequeño, a Dios gracias. Pero no voy a correr el riesgo de ir en busca de la granja antes de haberlo arreglado.

—Tienes razón —dijo Julián—. Ana tampoco necesita venir. Parece un poco cansada. Iremos Jorge y yo. No cogeremos las bicis. Por el bosque se anda mejor a pie. Quizá tendremos una hora más o menos, pero no os preocupéis. Tim nos guiará en el camino de vuelta. Así que no nos perderemos.

Julián y Jorge se marcharon, pues, a pie seguidos por el perro. Éste también estaba cansado. Pero nadie hubiera podido convencerle de que se quedase atrás con Dick y Ana. Tenía que seguir a su amada Jorge.

Con todo cuidado, Ana ocultó su bici entre unos arbustos. No debía olvidarse que podría presentarse algún vagabundo para intentar robar algo. Si Tim se hallase presente, no tendría importancia, porque se pondría a ladrar en cuanto el vagabundo se acercase a un kilómetro de distancia.

Dick dijo que arreglaría el pinchazo en seguida. Ya había encontrado el agujero, producido por un pequeño clavo.

Ana se sentó cerca de su hermano para verle trabajar. Estaba contenta de poder descansar un poco. Se preguntaba si Julián y Jorge habían conseguido localizar una granja.

Dick trabajaba con ahínco para arreglar el pinchazo. Había transcurrido sobre una media hora, cuando, de repente, oyeron

unos extraños ruidos.

Dick levantó la cabeza y prestó atención.

—¿Oyes tú algo? —le preguntó a Ana. Ella asintió.

—Sí, parece como si alguien gritase. ¿Por qué será?

Los dos escucharon otra vez. Entonces pudieron percibir con claridad los gritos.

—¡Auxilio! ¡Julián! ¿Dónde estáis? ¡Auxilio!

Se pusieron en pie de un salto. ¿Quién podía pedir ayuda a Julián? No era la voz de Jorge. Los gritos se fueron tornando cada vez más fuertes, hasta convertirse en verdaderos aullidos de pánico.

—¡Julián! ¡Dick!

—¡Dios mío! Parece Ricardo —exclamó Dick, estupefacto—. ¿Qué querrá de nosotros? ¿Qué le habrá ocurrido?

Ana se había puesto pálida. No le hacía gracia que ocurriesen cosas inesperadas.

—Oye… ¿Iremos a su encuentro? —dijo.

Se oyó un restallar de ramas no muy lejos, como si alguien se abriese camino a través de la maleza. Reinaba la oscuridad entre los árboles y, al principio, Ana y Dick no lograban distinguir nada. Dick gritó con fuerza:

—¡Eh! ¿Eres tú, Ricardo? ¡Estamos aquí!

Se oyeron más chasquidos.

—¡Ya voy! —se oyó la voz de Ricardo—. ¡Esperadme! ¡Esperadme, por favor!

Esperaron. Pronto oyeron llegar a Ricardo, tropezando entre las matas que crecían al pie de los árboles.

—Estamos aquí —repitió Dick—. ¿Qué te pasa?

Ricardo se tambaleó en su prisa por llegar hasta ellos. Parecía medio muerto de miedo.

—Me siguen —jadeó—. Tenéis que salvarme. ¿Dónde está Tim? El los morderá.

—¿Quién te sigue? —preguntó Dick, asombrado.

—¿Dónde está Tim? ¿Dónde está Julián? —gritó Ricardo, mirando a su alrededor con desesperación.

—Han ido a buscar una granja para comprar comida —contestó Dick—. Volverán pronto, Ricardo. Pero ¿qué pasa? ¿Te has vuelto loco? ¡Estás como una cabra!

El niño no prestó atención a sus preguntas.

—¿Adónde se fue Julián? Necesito a Tim en seguida. Dime por dónde se fueron. No puedo quedarme aquí. ¡Me cogerán!

—Se fueron hacia allí —dijo Dick, mostrándole el camino—. Puedes ver las huellas de sus zapatos. Ricardo, ¿qué…?

Pero Ricardo ya se había marchado. Corrió por el camino a toda la velocidad que le permitían sus piernas, llamando a voz en cuello:

—¡Julián! ¡Tim!

Ana y Dick se miraron, sorprendidos. ¿Qué le había ocurrido a Ricardo? ¿Por qué no estaba en casa de su tía? ¡Por fuerza tenía que estar loco!

—No vale la pena correr tras él —opinó Dick—. Nos perderíamos y nos sería imposible regresar aquí otra vez. Y los demás, al no vernos, saldrían en nuestra búsqueda y se perderían también. ¿Qué le pasará a Ricardo?

—No hacía más que repetir una vez y otra que alguien le seguía —dijo Ana—. Tiene algo metido en la cabeza.

—¡Murciélagos en el campanario! —exclamó Dick—. Loco, más que loco y torpe. Asustará a Julián y a Jorge cuando aparezca ante ellos, si es que consigue localizarlos. Me gustaría que no los encontrase, por tanto.

—Me subiré a ese árbol por si veo a Ricardo y los demás —determinó Ana—. Es alto, pero fácil de escalar. Tú termina de arreglar el pinchazo. ¡Estoy rabiando por saber lo que le pasa a Ricardo!

Dick volvió a su bici, todavía intrigado, mientras Ana trepaba por el tronco del árbol. Lo hacía bien y pronto alcanzó la copa. Oteó a su alrededor. Se veía una gran llanura por una parte y bosques hacia el otro lado. Miró hacia la llanura, que se sumía ya en la sombra del atardecer, para ver si descubría alguna granja en las cercanías. Pero no pudo ver nada.

Dick estaba terminando ya con su tarea cuando percibió un nuevo ruido en el bosque. ¿Sería acaso ese idiota de Ricardo que volvía sobre sus pasos? Escuchó.

El ruido se acercaba cada vez más. No era un chasquido como el que había provocado Ricardo, sino un sonido furtivo, como si alguien se acercase con infinitas precauciones. A Dick no le gustó

comprobarlo. ¿Quién se acercaba? O mejor dicho, ¿qué se acercaba? ¿Podía tratarse de un animal salvaje, quizás un jabalí con su hembra? El niño volvió a escuchar.

Un silencio absoluto se enseñoreó del ambiente. No más movimientos. No más ruidos. ¿Lo habría imaginado todo? Ojalá Ana y los demás estuviesen con él. Le invadía como un presentimiento. Algo estaba allí, en los oscuros bosques, esperando y acechando.

Decidió por fin que no eran sino fantasías de su imaginación. Pensó que no estaría mal encender el faro de la bicicleta. La claridad haría desaparecer sus tontas ideas. Comenzó a tantear en su busca, delante de la cesta. Encendió el faro y una luz débil pero muy reconfortante aclaró un pequeño círculo del valle.

Dick se hallaba a punto de llamar a Ana para contarle su absurdo temor, cuando los ruidos se iniciaron de nuevo. Ahora no había equivocación posible.

Una luz potente apareció a través de los árboles y cayó sobre Dick, que guiñó los ojos, deslumbrado.

—¡Ah! Conque estás aquí, pequeño miserable —dijo una voz áspera, al mismo tiempo que alguien se adelantaba hacia él. Alguien más le seguía.

—¿Qué quieren decir? —preguntó Dick, estupefacto. No podía ver quiénes eran los hombres porque la luz le cegaba.

—Nos has obligado a seguirte durante kilómetros, ¿no es verdad? Creíste que te escaparías, ¿eh? Pero te teníamos cogido de antemano —dijo la voz.

—No entiendo nada —exclamó Dick, algo enfadado—. ¿Quiénes son ustedes?

—No nos vengas con cuentos. Sabes muy bien quiénes somos —respondió la voz—: ¿Acaso no te escapaste, chillando, tan pronto como viste a Rooky? Él te siguió por un camino y nosotros por otro. Pronto te hemos alcanzado, ¿verdad? Conque ahora, guapo, no te queda otro remedio que venir con nosotros.

Esta conversación aclaró algo a Dick. Por alguna razón u otra, estaban buscando a Ricardo y lo confundían con él.

—Yo no soy el chico que ustedes buscan —les comunicó—. Lo sentirán de verdad si se atreven a tocarme.

—¿Cómo te llamas entonces? —preguntó el primer hombre, con

sorna.

Dick les reveló su nombre.

—Así que eres Dick, ¿eh? ¿Y no es Dick el diminutivo de Ricardo? No pretendas engañarnos con tus chiquilladas —dijo el primer hombre—. Tú eres el Ricardo que buscamos, Ricardo Kent, ¿entiendes?

—Yo no soy Ricardo Kent —gritó furioso al notar la mano del hombre sobre su brazo—. ¡Suélteme! Espere que la policía se entere de esto.

—No se enterará —dijo el hombre, con suavidad—. ¡Adelante! No trates de escapar ni de gritar, o lo sentirás de veras. Una vez estés en Owl's Dene, ya nos ocuparemos de ti.

Ana se hallaba completamente petrificada, arriba en el árbol. No podía moverse ni hablar. Intentó llamar al pobre Dick, pero ni una palabra salió de su boca. La pobre niña se vio forzada a quedarse sentada y ver cómo su hermano era arrastrado por los dos intrusos. Podía oír el ruido que hacían al alejarse.

Rompió a llorar. No se atrevía a bajar del árbol porque temblaba de tal forma que tenía miedo de caerse.

Esperaría a que Julián y Jorge regresaran. ¿Y si no volvían? ¿Y si a ellos también los hubiesen cogido? Se pasaría toda la noche, sola, en el árbol. Ana sollozó aún más fuerte, abrazándose al tronco. Las estrellas aparecieron sobre su cabeza y distinguió entre ellas la que brillaba más que las otras.

De pronto oyó un nuevo ruido de pisadas y voces. Se quedó rígida en su escondite. ¿Quién sería esta vez? «¡Dios mío, haz que sean Julián, Jorge y Tim! ¡Que sean Julián, Jorge y Tim!», pensaba.



Capítulo 7

Ricardo hace un curioso relato

Julián y Jorge habían encontrado una pequeña granja escondida en un hueco de la montaña. Tres perros iniciaron un coro de furiosos ladridos al sentirles aproximarse. Tim refunfuñó y el pelo se le erizó sobre el cuello. Jorge lo sujetó por el collar.

—No me acercaré más con Tim —decidió—. No quiero que sea atacado por tres perros a la vez.

Por lo tanto, Julián se adelantó solo hacia la granja. Los perros ladraban de tal manera y se les veía tan furiosos que se detuvo en el patio. No temía a los perros, pero aquéllos no parecían muy amistosos, sobre todo un gran mestizo, que enseñaba los dientes con fiereza.

Una voz le llamó.

—¡Oye, tú! ¡Lárgate! No queremos extraños por aquí. Cuando vienen, nuestros huevos y nuestras gallinas desaparecen que es un contento.

—¡Buenas noches! —gritó Julián cortésmente—. Somos cuatro niños que estamos acampados en el bosque por esta noche. ¿Podría darnos usted un poco de comida? Se la pagaré bien.

Hubo una pausa. El hombre retiró la cabeza de la ventana a través de la cual había estado hablando él. Era evidente que consultaba con alguna otra persona. Volvió a sacar la cabeza.

—Ya te he dicho que no nos gustan los extraños. Jamás nos gustaron. No tenemos más que pan y mantequilla, aunque podríamos darte también unos huevos duros, leche y jamón. Eso es todo.

—¡Estupendo! —dijo Julián alegremente—. Justo lo que nos apetece. ¿Puedo entrar a recogerlo?

—No, a no ser que pretendas que los perros te despedacen. Espérate ahí. Yo saldré cuando los huevos estén a punto.

—¡Uf! —exclamó Julián volviendo al lado de Jorge—. Eso quiere decir que tendremos para rato. ¡Qué hombre más desagradable! No me gusta mucho este sitio, ¿y a ti?

Jorge se mostró de acuerdo con él. Estaba muy mal cuidado. El granero se derrumbaba y se veían trozos de maquinaria enmohecida por todas partes sobre la hierba espesa. Los tres perros continuaron ladrando, pero no se acercaron. Jorge siguió sujetando a Tim, que temblaba de impaciente ira.

—¡Qué sitio más solitario! —dijo Julián—. Se diría que no hay otra casa en muchos kilómetros. Y para colmo, sin teléfono. Me pregunto cómo se las arreglarían si alguno de ellos enfermase o tuviese un accidente y necesitasen ayuda.

—Espero que se den prisa con la comida —dijo Jorge, nerviosa —. Pronto habrá oscurecido por completo. Además, empiezo a tener hambre.

Por fin un hombre con barba, encorvado y viejo, con el pelo desaliñado y bastante cojo salió de la granja en ruinas. Tenía una cara deforme y fea. Ni a Julián ni a Jorge les gustó en lo más mínimo.

—Aquí tenéis —dijo, empujando a sus tres perros hacia atrás—. ¡Fuera, vosotros! —Le asestó una patada al que estaba más cerca y el animal chilló de dolor.

—¡Oh! No lo haga —exclamó Jorge—. Le ha hecho usted daño.

—Es mi perro, ¿no? —respondió el hombre, enfadado—. Tú, métete en tus asuntos. —Dio una patada a otro perro, mirando ceñudo a Jorge.

—¿Qué hay de la comida? —preguntó Julián, alargando la mano, deseoso de marcharse antes de que las cosas se pusieran feas entre Tim y sus congéneres—. Jorge, llévate a Tim un poco hacia atrás. Está poniendo nerviosos a los perros.

—¡Bueno! Eso sí que me gusta —protestó Jorge—. Son los otros perros los que le ponen nervioso a él.

Arrastró a Tim unos metros hacia atrás. El animal se quedó allí

con los pelos erizados alrededor de la garganta, gruñendo de una forma escalofriante.

Julián cogió la comida, que estaba muy mal empaquetada en un papel marrón.

—Gracias —dijo—. ¿Cuánto le debo?

—Cinco libras —contestó el hombre sorprendentemente.

—No diga tonterías —rechazó Julián. Miró la comida—. Le daré cinco chelines por ello y es más de lo que vale. Apenas si hay un poquito de jamón.

—He dicho cinco libras —insistió el hombre con terquedad.

Julián le miró. Pensó que debía estar loco. Devolvió la comida al horrible viejo.

—Aquí la tiene —determinó—. No tengo cinco libras para pagarle por esta comida. Cinco chelines es todo cuanto le puedo dar. Buenas noches.

El viejo le devolvió el paquete, tendiendo otra vez la mano en silencio. Julián rebuscó en su bolsillo y sacó dos medias coronas. Las depositó dentro de la sucia palma del hombre, preguntándose por qué le habría pedido una suma tan elevada. El viejo guardó el dinero en su bolsillo.

—¡Fuera de aquí! —dijo de repente con voz enfadada—. No queremos a extraños rondando por aquí, para que roben nuestras cosas. Soltaré a los perros tras de vosotros si volvéis por aquí.

Julián dio la vuelta para marcharse, temiendo que el hombre cumpliese su amenaza. El viejo se quedó allí, en la semioscuridad, rezongando insultos, mientras ellos se alejaban del patio.

—¡Bueno! ¡Si se ha creído que vamos a volver…! —empezó Jorge, furiosa por la manera en que los habían tratado—. Está loco de remate.

—Sí. Y tampoco me gusta su comida —corroboró Julián—. Pero no nos queda más remedio que aguantarnos por esta noche.

Siguieron a Tim a través del bosque. Se sentían contentos de llevarlo consigo, porque en caso contrario se hubiesen perdido. Tim conocía el camino. Una vez que pasaba por un sitio, lo recordaba para siempre. Ahora corría delante de ellos, husmeando aquí y allá y, a veces, esperando a que los niños le alcanzasen.

De repente se puso rígido y gruñó en un tono bajo. Jorge lo asió

por el collar. Alguien se estaba acercando.

Sí, en efecto, alguien se estaba acercando. Era Ricardo, que les buscaba. Seguía gritando y chillando y el ruido que hacía había llegado a los agudos oídos de Tim. Pronto Julián y Jorge lo oyeron también mientras aguardaban a que hiciese su aparición.

—¡Julián! ¿Dónde estás? ¿Dónde está Tim? Quiero a Tim. Me siguen, os digo. ¡Me siguen!

—¡Dios mío! Parece Ricardo —exclamó Julián, sobresaltado—. ¿Qué es lo que hace aquí y chillando de esa forma? Algo le ha ocurrido. Espero que Ana y Dick se encuentren bien.

Corrieron en dirección a los gritos tan de prisa como les fue posible en aquella penumbra. Pronto dieron con Ricardo, que ya no chillaba, pero se tambaleaba, casi sollozando.

—¡Ricardo! ¿Qué te pasa? —gritó Julián.

El niño corrió hacia él y se arrojó en sus brazos. Tim no se le acercó, sino que se quedó parado, sorprendido. Jorge lo miró aturdida.

¿Qué es lo que había sucedido?

—¡Julián! ¡Julián! ¡Estoy asustadísimo! —gritó Ricardo, agarrándose con fuerza a su brazo.

—¡Cálmate! —ordenó Julián con voz tranquila, consiguiendo con ello calmar a Ricardo—. Juraría que estás alborotando sin motivo. ¿Qué pasó? ¿Tu tía no estaba en casa y viniste corriendo hacia nosotros?

—Eso es. Mi tía no estaba —dijo Ricardo—. Ella…

—¿Conque no estaba? Pero, ¿es que tu madre no lo sabía cuando dijo que podías…?

—No le pedí permiso a mi madre para venir —gritó Ricardo—. Ni siquiera volví a casa cuando vosotros pensasteis que iba a hacerlo. Me fui derechito hacia Croker's Corner y os esperé allí. Verás, quería ir con vosotros y sabía que mi madre no me lo hubiese permitido de ningún modo.

Había un tono de desafío en su voz. Julián le miró asqueado.

—Me avergüenzo de ti —dijo—. ¡Contarnos tales mentiras…!

—No sabía que mi tía se hubiese marchado —intentó disculparse. Toda su valentía se había desvanecido al oír la voz desdeñosa de Julián—. Pensé que estaría en casa y que telefonearía

a mamá para decirle que me había marchado de excursión con vosotros. Supuse que entonces podría acompañaros y… y…

—Y entonces nos dirías que tu tía no estaba en casa y así podrías venir con nosotros —terminó Julián todavía con desprecio—. Un plan falso y ridículo. Te hubiera hecho volver atrás, lo sabes bien.

—Sí, ya lo sé. Pero, mientras, podía haber acampado durante toda una noche con vosotros —musitó Ricardo—. Jamás he hecho una cosa semejante. Yo…

—Bien. Dejemos eso. Lo que quiero saber ahora es de qué te asustabas cuando llegaste corriendo, chillando y llorando —gritó Julián con impaciencia.

—¡Oh, Julián! ¡Fue algo espantoso! —dijo Ricardo, y de pronto agarró de nuevo el brazo de Julián—. Mira, salía del portillo del jardín de mi tía hacia el camino que lleva a Middlecombe Woods cuando un coche se detuvo delante de mí. ¡Y vi quién estaba dentro del coche!

—Bueno, y ¿quién era? —preguntó Julián con ganas de sacudirle.

—¡Era… era Rooky! —respondió Ricardo con voz temblorosa.

—¿Y quién es Rooky? —preguntó Julián. Jorge golpeó el suelo impacientemente. ¿Es que Ricardo era incapaz de relatar algo como Dios manda?

—¿No te acuerdas? Os hablé de él en el lago. Aquel hombre con labios gruesos y enorme nariz que hacía de guardaespaldas de mi padre el año pasado y que fue despedido —explicó Ricardo—. Siempre juró que se vengaría de mi padre y de mí también por ir con cuentos sobre él a mi padre, dando motivo para despedirle. Así que, cuando le vi dentro del coche, me horroricé.

—Ya veo —dijo Julián empezando a comprender—. ¿Qué pasó entonces?

—Rooky me reconoció cuando iba montado en la bicicleta y, dando la vuelta al coche, me siguió —dijo Ricardo, temblando de nuevo al recordar el espantoso paseo—. Pedaleé con todas mis fuerzas. Al llegar a Middlecombe Woods me desvié por el camino, pensando que el coche no podría seguirme. Claro que no pudo, pero los hombres saltaron fuera. Eran tres. A dos de ellos no los conocía. Y me persiguieron a pie. Pedaleé y pedaleé hasta que tropecé con

un árbol o algo por el estilo y me caí. Empujé mi bici entre unos arbustos y corrí al interior de la espesa maleza para esconderme.

—Continúa —ordenó Julián al ver que Ricardo se paraba—. ¿Qué pasó luego?

—Los hombres se separaron. Rooky se fue por una parte para buscarme y los dos hombres por otra. Aguardé hasta que se hubieron marchado, entonces salí y corrí por el camino, esperando encontraros. Deseaba sentir a mi lado a Tim, pensando que él saltaría sobre los hombres.

Tim gruñó. Claro que hubiese saltado sobre ellos.

—Aquellos dos debieron esperar escondidos a que yo volviese a salir —prosiguió Ricardo—. Tan pronto como eché a correr, me siguieron. Les di esquinazo, esquivándoles y escondiéndome, escondiéndome y esquivándoles. De pronto tropecé con Dick. Estaba arreglando un pinchazo. Pero tú no estabas con él y era a ti y a Tim a quienes necesitaba. Sabía que pronto llegarían los hombres, así que corrí adelante y por fin di con vosotros. Jamás me he sentido tan feliz en mi vida.

Era un cuento extraordinario, pero Julián no se detuvo a meditar en él. Un pensamiento alarmante había ocupado su mente. ¿Qué les habría pasado a Dick y a Ana? ¿Qué les ocurriría si los hombres los hallaban en su camino?

—¡De prisa! —apremió a Jorge—. Tenemos que ir adonde están los otros. ¡Date prisa!

Capítulo 8

¿Que convenía hacer?

Tambaleándose a través del tenebroso bosque, Julián y Jorge se apresuraron tanto como les fue posible. Tim corría también, sabiendo que algo muy importante preocupaba a sus dos amigos. Ricardo les seguía casi llorando otra vez. Verdaderamente, se había llevado un susto de muerte.

—¡Dick! ¡Ana! ¿Dónde estáis?

Jorge se adelantó hacia el lugar en que había guardado la bicicleta. Busco a tientas el faro y lo encendió. Entonces la sacó al claro y la hizo girar para iluminar todo el valle. Allí estaba la bicicleta de Dick con todas las herramientas necesarias para arreglar el pinchazo esparcidas a su alrededor. Pero ni rastro de Dick ni de Ana. ¿Qué había ocurrido?

—¡Ana! —chilló Julián, alarmado—. ¡Dick! Venid aquí. Ya hemos vuelto.

Una vocecita temblorosa llegó desde lo alto de un árbol.

—¡Julián! ¡Julián! Estoy aquí.

—¡Es Ana! —gritó Julián. Su corazón palpitaba con fuerza a causa del alivio que sentía—. Ana, ¿dónde estás?

—Aquí arriba, en el árbol —contestó Ana en voz algo más alta —. ¡Oh, Julián! ¡He pasado tanto miedo! No me atrevía a bajar temiendo caerme. Dick…

—¿Qué le ha pasado a Dick? —preguntó Julián, alarmado de nuevo.

Oyó los sollozos de Ana.

—Dos hombres espantosos vinieron y se lo llevaron. Lo

confundieron con Ricardo.

La voz de Ana se había convertido en un lamento. Julián pensó que debía bajarla inmediatamente del árbol. Quizás estando con ellos se consolaría un poco. Se dirigió a Jorge.

—Enfoca el faro hacia arriba —le ordenó.

Trepó por el árbol como un gato. En pocos minutos llegó a donde estaba Ana asida con todas sus fuerzas a una rama.

—Ana, te ayudaré a bajar. No tengas miedo. No puedes caerte, porque yo estoy debajo de ti para sujetarte. Guiaré tus pies hacia las ramas.

Ana suspiró aliviada por contar con una ayuda para bajar. Tenía frío y se sentía muy desgraciada. Ansiaba encontrarse abajo entre los demás. Descendió despacio, con la ayuda de Julián, que la cogió en sus brazos tan pronto como tocó el suelo. La niña se abrazó también a su hermano.

—Está bien, Ana, tranquilízate. Ahora estoy contigo. Y también Jorge y el viejo Tim.

—¿Quién es ése? —preguntó Ana de pronto, descubriendo la silueta de Ricardo en la oscuridad.

—Ricardo —respondió Julián, enfadado—. Se ha portado muy mal. Por causa de él y de su tonto comportamiento ha ocurrido todo esto. Ahora, Ana, por favor, cuéntanos despacio y con todo detalle lo que pasó.

Así lo hizo Ana, sin omitir ningún detalle. Tim permanecía a su lado, lamiéndole la mano sin parar. Para la pobre niña significaba un gran consuelo. Tim siempre se daba cuenta de cuándo a alguien le sucedía algo. Ana se encontró mejor al sentir el brazo de Julián abrazándola y a Tim lamiéndola.

—Está bastante claro lo que ocurrió —dijo su hermano cuando Ana terminó su alarmante relato—. Rooky reconoció a Ricardo y él y sus dos hombres le persiguieron, viendo la oportunidad de raptarlo y vengarse así de su padre. Rooky era el único que conocía a Ricardo y no fue él quien tropezó con Dick. Han sido los otros, y ellos no podían saber que no era Ricardo. Al oír que se llamaba Dick, llegaron a la conclusión de que estaban en lo cierto, puesto que es el diminutivo de Ricardo.

—Pero Dick les aseguró que él no era Ricardo Kent —protestó

Ana con vehemencia.

—Claro que sí, pero es lógico que ellos pensaran que estaba mintiendo —objetó Julián—. Por lo tanto se lo llevaron. ¿Cómo has dicho que se llamaba el sitio adonde iban a llevarlo?

—Algo así como Owl's Dene —respondió Ana—. ¿Podríamos ir allí, Julián? Si les dices a los hombres que Dick es Dick y no Ricardo, le dejarán marchar, ¿verdad?

—Supongo que sí —repuso Julián—. De todos modos, tan pronto como el hombre llamado Rooky le vea les dirá que se han equivocado. Creo que podremos rescatarlo sano y salvo.

Una voz se oyó en la oscuridad.

—¿Y qué pasará conmigo? ¿Me acompañaréis hasta casa primero? No quiero de ningún modo encontrarme con Rooky otra vez.

—Puedes tener la seguridad de que no perderé mi tiempo en ir a tu casa —dijo Julián fríamente—. Si no fuera por ti y tus mentiras no estaríamos metidos en este lío. Así que tendrás que venir con nosotros. Primero debemos liberar a Dick.

—Pero no puedo ir con vosotros. ¡Le tengo miedo a Rooky! —se lamentó Ricardo.

—Bueno, pues entonces quédate aquí, a mí no me importa —replicó Julián, determinado a darle una buena lección.

Pero le pareció mucho peor a Ricardo. Comenzó a chillar.

—¡No me dejéis aquí! ¡No!

—Está bien. Ahora, entérate. Si vienes con nosotros, podremos dejarte en la primera casa que haya al borde del camino, o bien en un puesto de policía. Tú te encargarás después de que te lleven a casa de alguna manera —dijo Julián, exasperado—. Eres lo bastante mayor como para cuidarte de ti mismo. Ya estoy harto de ti.

Ana lo sentía por Ricardo, a pesar de que les había ocasionado todos aquellos disgustos. Sabía lo horrible que era estar asustado de verdad. Alargó una mano y la posó suavemente sobre su brazo.

—Ricardo, no seas crío. Julián se cuidará de tu seguridad. De momento está furioso contigo, pero pronto se le pasará.

—¡No lo asegures tanto! —contestó Julián, pretendiendo mostrarse más enfadado de lo que en realidad estaba—. Lo que Ricardo necesita es un buen escarmiento. Es mentiroso, falso y se

comporta como un crío.

—Dame otra oportunidad —casi lloró el pobre Ricardo, a quien nadie había hablado jamás en aquel tono. Intentó odiar a Julián por decirle esas cosas a él, pero, cosa extraña, no logró hacerlo. Contra su voluntad, lo respetaba y admiraba cada vez más.

Julián decidió no reprender más a Ricardo. «Desde luego —pensó—, es un chico débil por demás». Resultaba un fastidio tener que cargar con él. No les serviría de ninguna ayuda y constituiría un verdadero estorbo.

—¿Qué vamos a hacer, Julián? —preguntó Jorge, que se había mantenido en silencio hasta entonces. Quería a Dick y estaba preocupada por él. ¿Dónde estaría Owl's Dene? ¿Cómo podrían localizar el lugar durante la noche? ¿Y qué había de aquellos hombres? ¿Cómo tratarían a Julián cuando aquél les exigiese la inmediata devolución de Dick?

Julián no conocía el miedo y era muy atrevido, pero Jorge pensaba que eso no les gustaría a los bandidos.

—Sí… ¿qué haremos? —dijo Julián, y se calló.

—No vale la pena pedir ayuda a la granja —añadió Jorge después de una pausa.

—En absoluto —respondió Julián—. Ese viejo no parece capaz de ayudar a nadie. Y además, como ya lo hemos comprobado, no tienen teléfono. No, la granja no nos sirve de nada. ¡Qué lástima!

—¿Dónde está el mapa? —preguntó Jorge, iluminada por una súbita idea repentina—. ¿Crees que Owl's Dene estará mencionado en él?

—No, si se trata de una casa —dijo Julián—. Sólo vienen reseñados los lugares geográficos y los poblados. Se necesitaría un mapa gigantesco si se hubiese de apuntar en él cada casa.

—Bueno, de todos modos, echemos un vistazo al mapa por si existen otras granjas o pueblos en la cercanía —propuso su prima, ansiosa por hacer algo aunque no fuese sino consultar el mapa.

Julián sacó el mapa y lo desdobló. Él y las chicas se inclinaron sobre él, alumbrados por el faro de la bicicleta. Ricardo se acercó a mirar por encima de sus hombros. Tim lo intentó asimismo, metiendo la cabeza por debajo de los brazos de los chicos.

—Fuera de aquí, Tim —ordenó Julián—. Mirad, aquí es donde

estamos, Middlecombe Woods, ¿veis? ¡Dios mío! Pues sí que estamos aislados. No hay un solo pueblo en muchos kilómetros a la redonda.

En efecto, no figuraba ningún pueblo por allí. El campo se veía montañoso y cubierto por los bosques, con algún riachuelo de vez en cuando y algunos caminos de tercera categoría. Pero no se veía ni un pueblo, ni una iglesia, ni siquiera un puente.

De repente, Ana exclamó, señalando alrededor de una colina marcada en el mapa.

—¡Mirad! ¿Veis cómo se llama esta colina?

—Owl's Hill —leyó Julián en voz alta—. Sí, ya veo lo que quieres decir, Ana. Si una casa fuese construida en esta colina, podría llamarse Owl's Dene, tomando su nombre del de la colina. Y lo que es más, el mapa parece indicar que hay una casa. No lleva nombre. Podría ser una granja, unas ruinas o una gran mansión.

—Yo soy de la misma opinión —dijo Jorge—. Apuesto a que ésa es la casa que buscamos. Lo mejor es que cojamos las bicis y nos pongamos en camino.

Un profundo suspiro emitido por Ricardo atrajo su atención.

—Bueno, ¿qué te pasa ahora? —preguntó Julián.

—Nada, únicamente que tengo mucha hambre.

De repente, los demás también cayeron en la cuenta de que estaban terriblemente hambrientos. Había pasado mucho tiempo desde la merienda.

Julián se acordó de la comida que él y Jorge habían comprado en la granja. Podrían comer algo ahora o bien esperar a hacerlo por el camino hacia Owl's Dene.

—Mejor por el camino —resolvió Julián—. Cada minuto perdido supone un minuto más de angustia para Dick.

—Me pregunto lo que harán con él cuando Rooky lo vea y diga que no es el niño que buscaban —dijo de repente Ricardo.

—Yo creo que le dejarán en libertad —contestó Jorge—. Unos malvados como ellos le dejarían marchar aunque fuese en medio de un desierto y no se preocuparían en absoluto por si encuentra su camino o no. Tenemos que saber lo que pasa: si está en Owl's Dene o fuera de él.

—No puedo ir con vosotros —se lamentó Ricardo.

—¿Y por qué no? —le preguntó Julián.

—Porque no tengo mi bici —respondió Ricardo con tristeza—. La he abandonado por el camino, ¿no os acordáis? Dios sabe dónde está. Jamás volveré a encontrarla.

—Puedes coger la de Dick —propuso Ana—. Allí está, con el pinchazo ya arreglado.

—¡Oh, sí! —aceptó Ricardo, aliviado—. ¡Dios mío! Por un momento pensé que tendría que quedarme aquí.

En su fuero interno, Julián deseaba poder dejarlo atrás. Ricardo daba más trabajo de lo que valía.

—Está bien. Puedes coger la bici de Dick —dijo—, pero nada de tonterías con ella, nada de montar sin sujetarte al manillar ni trucos de esa índole. La bici es de Dick y no tuya.

Ricardo se calló. Julián siempre le regañaba. Supuso que se lo merecía; sin embargo, no le resultaba nada agradable. Al coger la máquina de Dick advirtió que le faltaba el faro. ¿Lo habría cogido Dick? Lo buscó y por fin lo encontró en el suelo. Sin duda Dick lo había dejado caer y se había apagado al chocar contra el suelo. Apretó el botón y se encendió. No estaba estropeado. ¡Estupendo!

—¡Adelante! —dijo Julián montando en su bicicleta—. Durante el trayecto os daré algo de comer. Tenemos que encontrar el camino hacia Owl's Hill lo antes posible.

Capítulo 9

Aventura bajo el claro de luna

Los cuatro rodaron con infinitas precauciones por el sendero montañoso y escarpado. Se sintieron contentos cuando llegaron al camino. Julián se detuvo un momento.

—Según el mapa, ahora tendríamos que desviarnos a la derecha y, más abajo, hacia la izquierda, después rodear una colina y, luego de avanzar dos o tres kilómetros por un pequeño valle, llegaremos al pie de Owl's Hill.

—Si encontrásemos a alguien, podríamos preguntarle dónde está Owl's Dene —dijo Ana, esperanzada.

—No tropezaremos con nadie a estas horas —rechazó Julián—. Estamos muy alejados de cualquier pueblo y durante muchos kilómetros no veremos ni un campesino, ni un policía, ni un viajero. No podemos esperar el encontrar a nadie.

La luna había salido y el cielo se iba esclareciendo a medida que adelantaban sobre el camino. Pronto se pudo ver casi con tanta claridad como de día.

—Apagaremos las luces y así economizaremos las baterías —dijo Julián—. Ahora que hemos salido del bosque podemos ver perfectamente con el claro de luna. Es un espectáculo mágico, ¿no creéis?

—Siempre me parece extraño el claro de luna, porque, a pesar de que brilla sobre todas las cosas, no se percibe ningún color por parte alguna —asintió Ana. Ella también apagó su faro. Miró a Tim —. Apaga los faros de tu cabeza —dijo, cosa que hizo reír a Ricardo.

Julián se sonrió. Daba gusto ver de nuevo a Ana de buen humor.

—Los ojos de Tim son como lámparas de cabeza, cierto —dijo Ricardo—. ¿Qué hay de la comida, Julián?

—En verdad, se me había olvidado —repuso Julián, y metió la mano dentro de la cesta.

Pero era difícil sacar las cosas con una mano sola e intentar pasarlas a los demás.

—Más vale que nos paremos unos minutos —dijo por fin—. Me parece que ya dejé caer un huevo duro. ¡Venid! Dejaremos las bicis en la cuneta y comeremos algo, lo suficiente para calmar un poco el hambre.

Ricardo se mostró encantado. Las niñas estaban tan hambrientas que también pensaron que era una buena idea. Abandonaron el camino iluminado por la luna y se dirigieron hacia un pequeño campo que se hallaba en el borde. Se trataba de un pinar y su suelo aparecía cubierto por las agujas de estos árboles.

—Sentémonos unos minutos aquí —propuso Julián—. Un momento, ¿qué es lo que hay allí enfrente?

Todos miraron hacia el lugar señalado.

—Es una cabaña en ruinas o algo parecido —respondió Jorge. Se acercó para verlo mejor—. Sí, eso es, una vieja casa en ruinas. Lo único que queda es parte de las paredes. Un sitio encantado.

Se sentaron bajo los pinos y Julián repartió la comida. Tim recibió también su parte, aunque no tanto como hubiese deseado. Permanecieron sentados allí, bajo la sombra de los pinos, masticando con hambre y tan de prisa como les era posible.

—Escuchad… ¿Puede alguien oír lo mismo que yo? —exclamó Julián de súbito levantando la cabeza—. Parece un coche.

Escucharon. Julián estaba en lo cierto. Un coche se acercaba por el campo. ¡Qué suerte!

—Si viniese hacia aquí —dijo Julián—, podríamos pararlo y pedir ayuda. De todos modos, podría llevarnos al más cercano puesto de policía.

Dejaron la comida en el campo y se adelantaron hacia el camino. No se veían luces por ninguna parte, pero podían oír el ruido del coche.

—Un motor muy silencioso —comentó Julián—. Debe de ser un

coche potente. No han encendido las luces porque hay claro de luna.

—Se acerca —dijo Jorge—. Viene por este camino, sí que lo hace.

Y así era. El ruido del motor se aproximó aún más. Los niños se prepararon a saltar sobre el camino, para detener el coche cuando pasara por su lado.

De repente, cesó el ruido del motor. La luz de la luna brilló sobre un coche de línea alargada que se había parado más abajo, sobre el camino. No tenía luces, ni siquiera en los costados. Julián contuvo a sus compañeros con la mano, a fin de que no corriesen hacia él chillando.

—¡Esperad! —dijo—. Esto es un poco raro.

Aguardaron amparándose en la penumbra. El coche se había estacionado cerca de la casa en ruinas. Se abrió una de las portezuelas y un hombre salió del interior del vehículo y corrió hacia la sombra de un seto cercano. Parecía llevar una especie de paquete.

Se oyó un silbido y en el acto resonó el grito de un búho. «Una señal —pensó Julián, muy interesado por todo aquello—. ¡Dios mío! ¿Qué es lo que está sucediendo?»

—No os mováis —susurró a los demás—. Jorge, cuídate de que Tim no alborote.

Pero Tim sabía cuándo había que callar. Ni siquiera resopló. Se quedó como una estatua, con las orejas tiesas y sus agudos ojos observando el camino.

Por un momento nada ocurrió. Julián se movió con cautela para ocultarse tras otro árbol desde donde podía vigilar mejor.

Divisaba muy bien la casa derruida. Vislumbró una sombra surgiendo del bosque y, acercándose a ella, vio a un hombre esperando, el hombre del coche probablemente. ¿Quiénes eran? ¿Qué podían hacer en aquel lugar a esas horas de la noche?

El hombre que había salido de entre los árboles se acercó por último al que esperaba. Hubo un rápido intercambio de palabras, pero Julián no alcanzó a entender lo que decían. Estaba seguro de que ninguno de los dos sospechaba siquiera que él y los niños se encontraban tan cerca. Cuidadosamente se deslizó hacia otro árbol

y miró, intentando descubrir lo que pasaba.

—No tardes —le oyó decir a uno de los hombres—. No traigas las cosas al coche. Puedes dejarlas dentro del pozo.

Julián no podía ver bien lo que hacía el hombre. Le pareció que se cambiaba de ropa. Sí, ahora se ponía otra, sin duda procedente del paquete que el otro había sacado del coche. Julián se sentía cada vez más intrigado. ¡Qué cosa más rara! ¿Quién era el segundo individuo? ¿Un refugiado? ¿Un espía?

El que se había cambiado de ropa cogió la que se había quitado y se encaminó hacia la parte trasera de la casa. Volvió sin ella y siguió a su compinche, que se dirigía hacia el coche.

Aun antes de cerrarse la portezuela, el motor del coche ya se había encendido. Inició la marcha hacia el campo donde los niños se escondían y todos ellos se echaron hacia atrás cuando pasó por delante de ellos, alejándose a gran velocidad.

Julián se reunió con los demás.

—Bueno, ¿qué decís de todo eso? —preguntó—. Es algo raro, ¿verdad? Vi como el otro hombre se cambiaba de ropa, Dios sabe por qué. La dejó en algún sitio detrás de la casa. Me pareció oírle decir a uno que la dejase dentro de un pozo. ¿Vamos a investigar?

—Sí, vamos —asintió Jorge, perpleja—. ¿Os habéis fijado en el número del coche? Lo único que yo pude ver fueron las letras KMF.

—Yo vi el número —dijo Ana—. El ciento dos, y era un «Bentley» negro.

—Sí, un «Bentley» negro, matrícula KMF ciento dos —dijo Ricardo—. Seguramente hacían algo sospechoso.

Se dirigieron hacia la casa en ruinas por el patio trasero, pasando dificultosamente a través de hierbas y matas muy crecidas. Descubrieron un pozo también en ruinas al cual le faltaban gran parte de ladrillos.

Estaba cubierto con una tapadera de madera. Julián la levantó. Todavía pesaba bastante, a pesar de estar medio podrida por el tiempo. Miró al interior del pozo, pero no logró vislumbrar nada. Era demasiado profundo para poder distinguir el fondo con la simple luz de un faro de bicicleta.

—No hay mucho que ver —dijo Julián, volviendo a poner la tapadera en su sitio—. Supongo que era su ropa lo que echó ahí

dentro. Me pregunto por qué se habrá cambiado.

—¿Crees que podría ser un preso escapado de la cárcel? —preguntó Ana de pronto—. Si así fuera, tendría que cambiarse de ropa, ¿no es verdad? Eso sería lo primero que tendría que hacer. ¿Hay alguna cárcel cerca de aquí?

Nadie lo sabía.

—No recuerdo haber apreciado ninguna en el mapa —respondió Julián—. No, no creo que el hombre fuese un prisionero huido. Quizá se trate de un espía. Lo habían dejado en este desolado país y alguien se encargó de traerle la ropa. Aunque podría ser también un desertor del ejército. Eso es lo más probable.

—Bueno, sea lo que sea, no me gusta nada y estoy contenta de que el coche se marchase con el prisionero, desertor o espía —comentó Ana—. ¡Qué cosa más curiosa que diese la casualidad de encontrarnos aquí cuando ocurrió! Los hombres no sospecharán jamás que han sido observados por cuatro niños y un perro a unos cuantos metros de distancia.

—Suerte que no lo sospecharon —dijo Julián—. No les hubiese hecho ninguna gracia. Ahora, adelante. Ya hemos perdido bastante tiempo. Volvamos a nuestra comida. Bueno, espero que Tim no se la haya comido toda entre tanto. La dejamos por el suelo sin darnos cuenta.

Tim no se había comido ni una migaja. Estaba sentado pacientemente al lado de la comida, oliéndola de vez en cuando. ¡Todo aquel pan, jamón y huevo esperando allí y nadie para comérselo!

—Buen perro —le palmeó Jorge—. Eres de muchísima confianza, Tim. Como premio, se te dará un gran trozo de pan con jamón.

Tim se lo tragó de una vez. Su ración había terminado, pues los demás tenían apenas lo suficiente para ellos mismos y se comieron hasta las migajas. Después de unos minutos, se levantaron y se dirigieron hacia sus bicicletas.

—Bien, hacia Owl's Hill otra vez —dijo Julián—. Y esperemos no tropezar con más cosas raras por esta noche. Ya tenemos bastante.

Capítulo 10

Owl's Dene en Owl's Hill

Se marcharon, rodando a toda la velocidad de que eran capaces bajo el claro de luna. Incluso cuando la luna se escondía tras una nube, había la suficiente claridad como para proseguir sin luces. Avanzaron durante lo que les pareció muchos kilómetros y al fin llegaron a una alta colina.

—¿Es esto Owl's Hill? —preguntó Ana cuando se apearon para continuar el camino a pie. Era demasiado escarpado para poder subir en bicicleta.

—Sí —contestó Julián—. Eso parece, a no ser que nos hayamos equivocado. Pero no lo creo. Ahora la cuestión es ¿encontraremos la casa allí arriba o no? ¿Y cómo sabremos que se trata de Owl's Dene?

—Podríamos llamar y preguntar —propuso Ana.

Julián se rió. Aquello era muy propio de Ana.

—Puede que tengamos que hacerlo —dijo—. Pero primero vamos a inspeccionar los alrededores.

Empujaron las bicicletas sobre el camino escarpado. Estaba limitado por setos a ambos lados y se veían campos detrás de ellos. Por lo que podían apreciar, no había animales por allí: caballos, corderos o vacas.

—¡Mirad! —exclamó Ana, de repente—. Hay una casa. Por lo menos se ven unas chimeneas.

Miraron hacia donde ella les indicaba. Sí, desde luego, eran chimeneas, altas chimeneas de ladrillos que parecían muy antiguas.

—Diría que es una mansión del tiempo de Isabel I —opinó Julián. Se detuvo y miró con atención—. Debe ser una casa muy

grande. Tendríamos que estar a punto de llegar a un camino o algo parecido.

Siguieron adelante empujando las bicicletas. Poco a poco, la casa apareció ante sus ojos, una especie de palacio, y, bajo la luz de la luna, parecía grande y muy bonita.

—Aquí está el portillo —dijo Julián alegremente. Se sentía ya cansado de empujar la bicicleta hacia la cima de la colina—. Está cerrado. Espero que no hayan echado el cerrojo.

Se acercaron al portillo de hierro forjado y éste se abrió lentamente. Los niños se pararon sorprendidos. ¿Por qué se abría? No para ellos, esto era seguro.

Entonces oyeron a lo lejos el ruido de un coche. ¡Claro! Por eso se abría el portillo. Pero el coche no subía por la colina, sino que bajaba por el camino del interior de la finca.

—¡Escondeos! ¡De prisa! —ordenó Julián—. No deben vernos todavía.

Se agacharon dentro de una zanja, llevando consigo sus bicicletas. El coche se aproximó lentamente al portillo. Julián se sorprendió y dio un empujoncito a Jorge.

—¿Ves? ¡Otra vez el «Bentley» negro KMF ciento dos!

—¡Qué cosa más misteriosa! —exclamó Jorge, asombrada—. ¿Qué hace corriendo por el campo a estas horas de la noche, recogiendo a hombres perdidos y transportándolos a este sitio? ¿Será esto Owl's Dene o no?

El coche pasó y desapareció en una curva de la colina. Los niños salieron de la zanja con las bicicletas, seguidos por Tim.

—Seguiremos con cuidado hasta el portillo —dijo Julián—. Ha quedado abierto. Es extraño cómo se abrió cuando llegó el coche. No he visto a nadie que lo hiciese.

Avanzaron valientemente hacia el portillo abierto.

—¡Mirad! —dijo Julián, enfocando con su faro hacia las paredes que rodeaban el jardín. Miraron y se sobrecogieron al ver el nombre que brillaba sobre una de ellas.

—Bueno, ¿así que hemos localizado Owl's Dene, después de todo?

—Sí, allí está el nombre con letras metálicas: «Owl's Dene». Lo hemos encontrado.

—¡Adelante! —dijo Julián haciendo rodar la bicicleta a través del portillo—. Entraremos e investigaremos un poco. Puede que tengamos la suerte de encontrar a Dick por alguna parte.

Atravesaron la entrada. Una vez del otro lado, Ana se aferró a Julián asustada. Apuntó, sin pronunciar palabra, detrás de ellos.

¡El portillo volvía a cerrarse! ¡Pero si no había nadie allí para manejarlo! Se cerraba silenciosa y suavemente por sí mismo. Había algo mágico en todo aquello.

—¿Quién lo mueve? —susurró Ana con voz angustiada.

—Deben hacerlo por medio de una máquina —cuchicheó Julián —. Probablemente la accionan desde la casa. Volvamos para ver si descubrimos el mecanismo.

Apoyaron sus bicicletas al borde del camino y regresaron a la entrada. Julián buscó alguna manilla para abrirla. Pero no había ninguna.

Empujó el portillo. No se movió. Era imposible abrirlo. Estaba cerrado por una especie de mecanismo automático y nada ni nadie podía abrirlo.

—¡Cáspita! —exclamó Julián, y se le adivinaba tan enfadado que los otros lo miraron con sorpresa.

—¿Qué pasa? —preguntó Jorge.

—Bueno, ¿es que no lo veis? Estamos tan prisioneros como Dick, si es que él se encuentra de verdad aquí. No podemos salir por el portillo y, si os fijáis, veréis que hay un muro muy alto que rodea la finca. Apostaría que no hay una sola brecha en todo alrededor. No podríamos salir de aquí por más que quisiéramos.

Volvieron, pensativos, a donde se hallaban sus bicicletas.

—Es mejor empujarlas un poquito por entre los árboles y esconderlas allí —opinó Julián—. Nos estorbarían demasiado. Las dejaremos aquí e iremos a husmear un poco alrededor de la casa. Espero que no haya perros.

Dejaron las bicicletas bien ocultas entre los árboles que se alzaban a un lado del ancho camino, que no estaba demasiado bien cuidado. Estaba húmedo y la hierba crecía sobre él. Se le veía limpio tan sólo por donde habían pasado las ruedas del coche.

—¿Seguiremos adelante por el camino o por fuera de él? —quiso saber Jorge.

—Mejor por fuera —dijo Julián—. Podrían descubrirnos con facilidad bajo el claro de luna si vamos por el camino.

De manera que avanzaron por el camino, amparados por las sombras de los árboles. Siguieron las curvas del largo camino hasta que la casa apareció ante sus ojos.

Era verdaderamente muy grande. Había sido construida en forma de letra E, aunque sin el rasgo de en medio. Tenía un patio delante, también cubierto por la hierba. Una baja pared, que apenas les llegaba a la rodilla, rodeaba el patio.

Había luz en una habitación del piso de arriba y en otra de la planta baja. Aparte eso, la casa aparecía a oscuras por aquel lado.

—Iremos despacio alrededor de ella —dijo Julián en voz baja—. ¡Caramba! ¿Qué es eso?

Un alarido fantasmal había resonado de pronto, sobresaltándolos. Ana, aterrada, se agarró del brazo de Julián.

Esperaron y escucharon…

Algo descendió silenciosamente y rozó el pelo de Jorge, que casi dejó escapar un chillido. Pero antes de llegar a hacerlo, el alarido se oyó de nuevo. Alargó la mano para coger a Tim, que parecía estupefacto y asustado.

—¿Qué es eso, Julián? —murmuró Jorge.

—No os preocupéis, no es nada —susurró Julián—. No es más que un búho, el grito de un búho.

—¡Dios mío! Claro que lo es —suspiró Jorge con alivio—. ¡Qué tonta soy por no haber pensado en ello! Es un búho de establo, un búho que salía de caza. Ana, ¿te has asustado?

—¡Claro que me he asustado! —respondió Ana, soltándose del brazo de Julián.

—Yo también —confesó Ricardo, cuyos dientes castañeteaban todavía de miedo—. Casi echo a correr para salvar mi vida. Lo hubiese hecho si mis piernas me hubieran obedecido, pero estaban como pegadas al suelo.

El búho chilló otra vez, un poco más lejos, y otro le contestó y un tercero se unió al concierto. Verdaderamente la noche se estaba volviendo espantosa con estos alaridos tan extraños.

—Me gustaría tener un búho marrón algún día, que llamase «to-whooo oo oo» —dijo Jorge—. Eso es un ruido bonito. Pero este

alarido es horrible.

—No me extraña ya que la llamen Owl's Hill (la colina del búho). Puede que siempre haya sido un criadero de búhos.

Los cuatro niños y Tim echaron a andar alrededor de la casa, manteniéndose casi siempre bajo las sombras. La parte de atrás se hallaba también a oscuras, salvo dos largas ventanas. Las cortinas estaban echadas, pero Julián intentó espiar a través de ellas.

Encontró un sitio en donde las cortinas no se ajustaban por completo y miró hacia dentro.

—Es la cocina —comunicó a los demás—. Un sitio enorme, alumbrado por una gran lámpara de aceite. El resto de la habitación está a oscuras. Hay un gran hogar al final, con unos cuantos troncos quemándose en él.

—¿Hay alguien ahí dentro? —preguntó Jorge, intentando ver también a través de la abertura. Julián se retiró y le cedió el sitio.

—Nadie, me parece —dijo él.

Jorge soltó una exclamación tan pronto como miró al interior de la cocina. Julián la empujó a un lado para investigar él otra vez.

Un hombre entraba en aquel momento en la habitación, un tipo raro, una especie de enano, jorobado y con la cabeza un poco ladeada. Tenía cara de malo. Detrás de él entró una mujer delgada, pardusca, de aspecto desgraciado.

El hombre se dejó caer encima de una silla y empezó a llenar su pipa, mientras la mujer apartaba una tetera del fuego, la llevaba a un rincón y empezaba a llenar bolsas de agua caliente.

«Debe de ser la cocinera —pensó Julián—. ¡Qué cara de tristeza tiene la pobre! Me pregunto para qué tendrán aquí a ese hombre, una especie de criado para todo, supongo. ¡Qué cara de malo tiene!»

La mujer se dirigió con timidez al hombre sentado en la silla. Como es lógico, Julián no podía oír una palabra desde fuera. Él le contestó brutalmente, golpeando sobre el brazo de la silla al mismo tiempo. Parecía que la mujer le suplicaba algo. El enano se enfureció, cogió un atizador y la amenazó con él. Julián se quedó horrorizado. ¡Pobre mujer! No era raro que pareciese tan desgraciada si ésta era la forma en que solían tratarla.

A pesar de todo, el hombre no hizo nada con el atizador, salvo agitarlo con furia. Pronto lo depositó en su sitio y se recostó en su

silla. La mujer no volvió a hablar. Siguió llenando las botellas. Julián se preguntó a quién estarían destinadas.

Contó a los demás lo que había visto. No les gustó en absoluto.

Si los de la cocina se portaban de este modo, ¿qué harían los que se encontraban en la otra parte de la casa?

Se alejaron de las ventanas de la cocina y continuaron su viaje de inspección alrededor de la casa. Llegaron a otra habitación de la planta baja, también iluminada. Pero aquí las cortinas se hallaban bien ajustadas y no había manera de mirar al interior.

Advirtieron que una ventana del piso superior tenía asimismo la luz encendida. ¿Estaría Dick en ella? Puede que lo hubiesen encerrado en el desván. ¡Cuánto les hubiese gustado saberlo!

¿Se atreverían a tirar una piedra? Discutieron si debían hacerlo o no. No parecía haber ningún medio para entrar en la casa. La puerta principal aparecía bien cerrada. Habían encontrado otra puerta en un ala del edificio, pero también estaba cerrada. Ya habían intentado abrirla. No se veía ninguna ventana abierta.

—Creo que tiraré una piedra —resolvió Julián por fin—. Si trajeron a Dick aquí, estoy casi seguro de que lo tienen ahí arriba. ¿Estás segura de que oíste a los hombres decir Owl's Dene, Ana?

—Muy segura —respondió la niña—. Tira ya la piedra, Julián. ¡Estoy tan preocupada por el pobre Dick!

Julián rebuscó una piedra por el suelo. Localizó una escondida entre el fango que había por todas partes. La balanceó en su mano y luego la lanzó hacia arriba, aunque no llegó a la ventana. Julián cogió otra. La tiró y esta vez alcanzó el cristal de la ventana. Alguien se acercó en el acto a ella.

¿Sería Dick? Trataron de verle, pero la ventana se encontraba demasiado arriba, Julián arrojó otra piedra, con la misma excelente puntería.

—Es Dick —dijo Ana—. No, creo que no lo es, después de todo. ¿No lo puedes ver tú, Julián?

Cualquiera que fuese la persona que se había acercado a la ventana, había desaparecido ya. Los niños se sintieron un poco incómodos. Suponiendo que no se tratase de Dick, suponiendo que fuese alguien más que había salido de la habitación para ir en su busca, podían correr peligro.

—Marchémonos de esta parte de la casa —susurró Julián—. Vamos por el otro lado.

Se alejaron en silencio. De súbito Ricardo dio un tirón a Julián del brazo.

—¡Mira! —exclamó—. Hay una ventana abierta. ¿No podríamos entrar por ella?

Capítulo 11

¡Encerrados!

Julián miró hacia la ventana señalada. La luna brillaba sobre ella. Era cierto que se hallaba entreabierta.

«¿Cómo es que no nos hemos fijado en ella cuando pasamos por aquí hace un rato?», se preguntó. Dudó un poco. ¿Valía la pena o no intentar entrar? Quizá resultaría mejor llamar a la puerta por las buenas. Lo más probable era que saliese a abrirles la triste cocinera. Entonces ellos le preguntarían lo que deseaban saber.

Por otra parte, había que tener en cuenta la presencia del jorobado. A Julián no le gustaba aquél en absoluto. No, sería mejor trepar por la ventana, comprobar si Dick se encontraba arriba y escaparse después todos otra vez por la ventana. Nadie se enteraría siquiera. Cuando quisieran darse cuenta, el pájaro habría volado y todo estaría arreglado para ellos.

Julián se encaminó hacia la ventana. Levantó una pierna y se puso a caballo sobre ella. Tendió la mano a Ana.

—Venga, Ana, ya te ayudaré yo —le dijo, y la atrajo a su lado. La izó con cuidado y la depositó sobre el suelo en el interior.

Luego les tocó el turno a Jorge y a Ricardo. La niña se había asomado a fin de alentar a Tim para que saltase, cuando ocurrió algo.

Se encendió una potente luz y su resplandor fue dirigido hacia los cuatro niños, deslumbrándolos. Se quedaran allí parados, guiñando los ojos, llenos de alarma. ¿Qué era eso?

Ana reconoció la voz de uno de los hombres que habían capturado a Dick.

—¡Vaya, vaya! ¡Un grupito de pequeños ladrones! —La voz sonó de pronto enfadada—. ¿Cómo os atrevéis a entrar aquí? Os pondré en manos de la policía.

En el exterior, Tim ladraba ferozmente. Saltó hacia la ventana y casi consiguió atravesarla. El hombre, comprendiendo en el acto lo que ocurría, se acercó a la ventana abierta y la cerró de un golpe. Ahora Tim no podría entrar.

—Deje entrar a mi perro —exclamó Jorge, enfadada. Cometió la torpeza de intentar abrir la ventana otra vez. El hombre la golpeó en las manos con la linterna y ella gritó de dolor.

—Eso es lo que suele ocurrirles a los niños que se niegan a obedecer —dijo aquel bandido. Jorge se sujetaba su mano magullada.

—Oiga —intervino Julián en un tono feroz—, ¿qué se cree que está haciendo? No somos ladrones, y, lo que es más, nos encantaría que nos entregue usted a la policía.

—Conque os gustaría, ¿eh? —se burló el hombre dirigiéndose hacia la puerta. Llamó en voz muy alta—: ¡Aggie! ¡Aggie! Trae una lámpara aquí ahora mismo.

Se oyó una respuesta desde la cocina y, casi de inmediato, una luz disipó las tinieblas del pasillo. Se acercó más y más, hasta que apareció la mujer de cara tristona portando una gran lámpara de aceite. Miró con asombro al pequeño grupo formado por los niños. Estaba a punto de decir algo, cuando el hombre la empujó con rudeza.

—¡Fuera de aquí! Y mantén la boca bien cerrada, ¿me oyes?

La mujer se escapó como una gallina asustada. El hombre examinó a los intrusos a la luz de la lámpara. Apenas si había muebles en la habitación. Daba la sensación de ser una especie de sala de estar.

—De manera que no os importa que os entregue a la policía, ¿verdad? —preguntó el hombre—. Esto se pone muy interesante. ¿Acaso creéis que aprobaría que entraseis de esta forma en mi casa?

—Le digo que no hemos entrado para robar nada —dijo Julián, decidido a aclarar el asunto cuanto antes—. Hemos venido porque tenemos razones que nos hacen pensar que usted tiene prisionero aquí a mi hermano Dick. Todo ha sido una equivocación. Se han

confundido de niño.

A Ricardo no le gustó aquello en absoluto. Tenía miedo de que se apoderaran de él y lo encerraran en el sitio de Dick. Se ocultó tras los otros tanto como le fue posible.



El hombre miró con fijeza a Julián. Parecía pensativo.

—No tenemos ningún niño aquí —dijo por fin—. No tengo idea de lo que me estás hablando. ¿Pretendes sugerir que voy por el mundo recogiendo niños y encerrándolos?

—No sé a lo que se dedica usted —respondió Julián—. De lo único que estoy seguro es de lo siguiente: usted raptó a mi hermano Dick esta tarde en Middlecombe Woods, pensando que se trataba de Ricardo Kent. Bien, se ha equivocado. Es mi hermano Dick y, si no le suelta usted en seguida, se lo contaré todo a la policía.

—¡Dios mío! ¿De dónde has sacado todo eso? —preguntó el hombre—. ¿Dónde os habíais metido cuando fue capturado, como tú dices?

—Uno de nosotros estaba presente —replicó Julián bruscamente —. Se había subido a un árbol. Así es como nos hemos enterado.

Siguió un silencio. El hombre sacó un cigarrillo del bolsillo y lo encendió.

—Bueno, estáis en un error. No tenemos a ningún niño prisionero aquí. No digáis ridiculeces. Es ya muy tarde. ¿Queréis pasar la noche aquí y marcharos por la mañana? No me gusta mandar a un grupo de niños solos en la noche, podíais extraviaros. No hay teléfono aquí. Si lo hubiese, llamaría a vuestros padres.

Julián vaciló. Estaba firmemente convencido de que Dick se encontraba en el interior de la casa. Si aceptaban pasar la noche allí, podrían asegurarse de la realidad de sus sospechas. Había comprendido que el hombre no tenía el menor deseo de que dieran parte a la policía. Había algo misterioso y siniestro en Owl's Dene.

—Nos quedamos. Nuestros padres están fuera y no se preocuparán por nosotros.

De momento se había olvidado de Ricardo. Los padres de él sí que se alarmarían, pero no se podía remediar. Lo principal era liberar a Dick. Una vez se sintieran seguros de que no era el niño que buscaban, los hombres no serían lo bastante locos como para intentar retenerle por más tiempo. Parecía que Rooky, el bandido que conocía a Ricardo, no había llegado todavía y, por consiguiente, no había visto a Dick. Ésa debía de ser la razón por la cual este hombre deseaba que pasasen la noche allí. Bien. Aguardarían a que apareciese Rooky y, una vez aquél dijese «Éste no es el chico que buscamos», ellos soltarían a su hermano. Tendrían que hacerlo.

El hombre volvió a llamar a Aggie. Ella se presentó a toda prisa.

—Estos niños se han extraviado. Les he dicho que los alojaríamos por esta noche. Prepara una de las habitaciones. Basta con que pongas unos colchones y mantas sobre el suelo. Dales algo de comer si lo desean.

Aggie aparentaba estar muy sorprendida. Julián adivinó que no estaba acostumbrada a verle acudir en socorro de unos niños extraviados. Él le chilló.

—Bueno, no te quedes ahí parada. Haz lo que se te manda. Llévate a los niños.

Aggie llamó a los cuatro niños. Jorge se quedó atrás.

—¿Qué hay de mi perro? —preguntó—. Le oigo refunfuñar todavía. No me puedo acostar sin él.

—Tendrás que hacerlo —respondió el hombre con rudeza—.

Puedo asegurarte que no aceptaré de ningún modo un perro dentro de casa.

—Atacará a cualquiera que se presente —adujo Julián.

—No te preocupes, no encontrará a nadie allí fuera. A propósito, ¿cómo habéis conseguido atravesar el portillo?

—Un coche salía en el momento que nosotros nos acercábamos y entramos antes de que volviese a cerrarse —explicó Julián—. ¿Cómo se cierran las puertas? ¿Con un mecanismo?

—¡No te metas en asuntos ajenos! —exclamó furioso el individuo, y se fue por el pasillo en dirección opuesta.

—Un hombre bueno y apacible —dijo Julián a Jorge.

—Sí, una naturaleza muy dulce —contestó ella.

La mujer les miró a los dos, sorprendida. No parecía haber comprendido que decían precisamente todo lo contrario de lo que pensaban. Los guió hacia arriba.

Llegaron a una habitación amueblada con una pequeña cama en un rincón, una o dos sillas y una alfombra en el suelo. No había nada más en la estancia.

—Traeré unos cuantos colchones y los colocaré en el suelo para vosotros —dijo.

—Le ayudaré —se ofreció Julián, pensando que supondría una buena ocasión para echar una ojeada a la casa.

—Muy bien —aceptó la mujer—. Los demás quedaos aquí.

Salió, seguida por Julián. Fueron hacia un armario y la mujer cogió de su interior dos grandes colchones. Julián la ayudó. Parecía contenta de contar con su ayuda.

—Muchas gracias —dijo—. Son bastante pesados.

—Me imagino que no verán niños con frecuencia por aquí, ¿verdad? —preguntó Julián.

—Bueno, es raro que llegaseis justo después de que… —empezó a decir ella. De repente, se detuvo y se mordió los labios, mirando hacia ambos lados del pasillo.

—¿Justo después de qué? —insistió Julián—. ¿Acaso quiere decir justo después de haber llegado el otro niño?

—¡Calla! —exclamó la mujer, asustada—. ¿Qué sabes tú de eso? No tenías que haberlo dicho. El señor Perton me arrancará la piel si te oye decir semejante cosa. Pensará que se me ha soltado la lengua.

Así que olvídalo.

—Se refería usted al niño que está encerrado en uno de los desvanes, arriba, ¿verdad? —dijo Julián, ayudándola a transportar uno de los colchones al gran dormitorio. Ella dejó caer el extremo que sostenía, alarmada.

—¿Te quieres callar? ¿Pretendes meterme en líos? ¿Y meteros vosotros también? ¿Es que quieres que el señor Perton llame al jorobado para que os zurre a todos? No conoces a ese hombre. Es un malvado.

—¿Cuándo llega Rooky? —preguntó de nuevo Julián a la aterrorizada mujer. Aquello fue ya demasiado para ella. Se quedó inmóvil, con las rodillas temblando, mirando a Julián como si no creyese lo que oía.

—¿Qué sabes de Rooky? —murmuró—. ¿Es que viene aquí? ¡No me digas que viene aquí!

—¿Por qué? ¿No le gusta? —preguntó Julián. Puso una mano sobre su hombro—. ¿Por qué está tan asustada y nerviosa? ¿Qué pasa? Dígamelo. A lo mejor podría ayudarla.

—Rooky es un canalla —explicó la mujer—. Creía que estaba en la cárcel. No me digas que ha salido otra vez. No me digas que viene aquí.

Estaba tan asustada que no pudo añadir una palabra más. Rompió a llorar y Julián no quiso molestarla más. En silencio, la ayudó a arrastrar el colchón a la habitación que les había sido destinada.

—Os traeré algo de comer —dijo la pobre mujer con apariencia de sentirse muy desgraciada—. Si os queréis acostar, encontraréis mantas dentro de aquel armario.

Luego desapareció. En voz bajísima, Julián puso a los otros al corriente de lo que había descubierto.

—Trataremos de buscar a Dick tan pronto como no se oiga ruido en la casa. Esta es una casa sospechosa, una casa llena de secretos, de idas y venidas extrañas. Más tarde me deslizaré fuera de la habitación y veré lo que puedo averiguar. Me parece que aquel hombre, que se llama señor Perton, está en efecto esperando a Rooky para saber si Dick es Ricardo o no. Cuando vea que se han equivocado no dudo que lo soltará y a nosotros también.

—¿Y qué hay de mí? —dijo Ricardo—. Una vez que me haya descubierto, estaré perdido. Yo soy el chico que busca. Odia a mi padre y me odia a mí también. Me raptará, me llevará a algún sitio y pedirá un rescate enorme por mí.

—Bueno, tendremos que hacer algo para impedir que te vea —respondió Julián—, aunque no sé por qué ha de preocuparse por ti. Se irá directamente a ver a Dick. No se interesará en los que él piensa que son los hermanos y hermanas de Dick. Y no empieces otra vez a lamentarte, porque seré yo mismo el que te entregue a Rooky. Eres un pequeño cobarde. No posees el menor valor.

—Además, todo esto es el resultado de tus engaños y mentiras —añadió Jorge, furiosa—. Por tu culpa se nos estropeó la excursión, Dick ha sido encerrado y el pobre Tim tiene que estar afuera sin mí.

Ricardo pareció sorprendido. Se encogió en un rincón y no añadió una palabra más. Se sentía muy desdichado. Nadie le quería y nadie tenía fe en él. Verdaderamente era un personaje muy insignificante.

Capítulo 12

Julián investiga los alrededores

La mujer les trajo un poco de comida, consistente en pan con mantequilla y mermelada y café caliente para beber. Los cuatro niños no estaban muy hambrientos, pero sí tenían sed. Se bebieron el café con ansia.

Jorge abrió la ventana y llamó despacito a Tim.

—¡Tim! Aquí hay algo para ti.

El perro continuaba allí abajo, observando y esperando. Sabía dónde se encontraba su ama. Había ladrado y lloriqueado por algún tiempo, pero ahora aparecía ya tranquilo.

Jorge estaba resuelta a hacerle entrar por el medio que fuese. Le dio todo su pan con mermelada, tirándoselo trozo a trozo y escuchando cómo lo devoraba. Hallaba algún consuelo en el pensamiento de que el viejo Tim sabía que ella pensaba en él.

—¡Escuchad! —dijo Julián viniendo del pasillo donde había permanecido algún tiempo al acecho—. Me parece que debiéramos apagar esta luz y que vosotros os acomodéis en los colchones. Colocaré un bulto en el mío y, así, si alguien viene, creerá que estoy en mi puesto. Pero no estaré.

—¿Adónde te irás, entonces? —preguntó Ana—. No nos dejes solos, por favor.

—Me esconderé en el pasillo, dentro del armario —explicó Julián—. Tengo el presentimiento de que nuestro agradable anfitrión, el señor Perton, se ocupará muy pronto de venir a encerrarnos con llave, y no tengo la menor intención de dejarme encerrar. Antes inspeccionará la habitación con su lámpara para ver

si nos hemos dormido. Cuando se haya ido, os abriré y no habrá conseguido tenernos prisioneros.

—Es una idea estupenda —dijo Ana arropándose con una manta —. Es mejor que te metas en el armario cuando antes, Julián, no vaya a ser que nos cierren la puerta con llave para toda la noche.

Julián apagó la lámpara. Anduvo de puntillas hasta la puerta y salió, dejándola entreabierta. Ya en el pasillo, se dirigió hacia donde recordaba haber visto el armario. ¡Ah! ¡Allí estaba! Asió el mango y tiró. La puerta se abrió silenciosamente. Se deslizó dentro y dejó la puerta asimismo entreabierta para poder ver si alguien venía por el pasillo.

Esperó durante un intervalo de veinte minutos. El armario olía a moho y resultaba muy aburrido permanecer en su interior sin hacer nada en absoluto.

De pronto, por la ligera rendija de la puerta, notó como una luz se acercaba. ¡Alguien venía!

Miró a través de la abertura. Vio al señor Perton caminando de puntillas a lo largo del pasillo, con una pequeña lámpara de aceite en la mano. Fue hacia la puerta de la habitación de los niños y la empujó un poco. Julián lo observaba sin apenas atreverse a respirar.

¿Se daría cuenta de que el bulto que ocupaba uno de los colchones estaba formado por una manta enrollada y tapada por otra manta? Julián oró ardientemente por que no lo notase, ya que, en ese caso, todos sus planes se le estropearían.

El señor Perton sostuvo en alto la lámpara y miró con cautela dentro de la habitación. Vio cuatro bultos sobre los colchones. «Cuatro niños», pensó.

Era evidente que dormían. Muy despacio, el señor Perton cerró la puerta y con gran suavidad dio vuelta a la llave. Julián lo vigilaba lleno de ansiedad por si se metía la llave en el bolsillo. No, no se quedó con ella. La dejó en la cerradura. ¡Menos mal!

El hombre se alejó andando quedamente. No bajó al piso inferior, sino que desapareció en el interior de una habitación. Julián oyó cómo se cerraba la puerta. Después percibió el chirriar de la llave en la cerradura. Seguramente no se fiaba de su otro compañero, quienquiera que fuese. O quizá sospechaba del jorobado o de la mujer.

Julián esperó un rato y salió del armario. Se acercó a la habitación del señor Perton y miró por el ojo de la cerradura para comprobar si la luz se había apagado. Sí. ¿Se habría dormido el señor Perton? Eso Julián no podía asegurarlo.

De todos modos, no pensaba esperar hasta oírle roncar. Tenía que buscar a Dick. Le pareció lo mejor empezar por el desván de arriba.

«Apostaría a que el señor Perton había subido a ver a Dick cuando tiré las piedras —pensó Julián—. Entonces bajó y abrió la ventana para atraparnos dentro. Hemos caído en la trampa. Debía estarnos esperando dentro de la habitación. No me gusta el señor Perton. Tiene ideas demasiado luminosas».

Se puso en camino en dirección a las escaleras que llevaban al desván, pisando con sumo cuidado para no hacer ruido. Pero no podía evitar que los peldaños crujiesen y, a cada crujido, Julián se paraba y escuchaba temblando por si alguien lo había oído.

Al llegar arriba se encontró con un largo pasillo lleno de puertas. Se detuvo, pensando qué camino debía tomar.

¿Hacia dónde caía exactamente la luz que había visto? Podría jurar que era en este pasillo. Bueno, se acercaría a cada una de las habitaciones y miraría si brillaba alguna luz a través de la cerradura o por debajo de la puerta.

Fue pasando puerta tras puerta, todas entornadas. Julián las abrió una por una y descubrió oscuros y vacíos desvanes, otros rebosantes de trastos. Por fin llegó a una puerta que estaba cerrada. Miró por el ojo de la cerradura. No había ninguna luz dentro de la estancia.

Golpeo la puerta suavemente. Una voz contestó en el acto, la voz de Dick:

—¿Quién anda ahí?

—¡Calla! Soy yo, Julián —le susurró—. ¿Estás bien, Dick?

Se oyó el crujido de una cama, luego unos pasos sobre el suelo sin alfombrar. La voz de Dick le llegó del otro lado de la puerta, velada, con cautela.

—¡Julián! ¿Cómo llegaste hasta aquí? ¡Atiza, qué fantástico! ¿Puedes abrir la puerta y dejarme salir?

Julián había buscado ya la llave, pero no había ninguna. El

señor Perton se la había llevado sin duda.

—No, no está la llave —dijo—. Dick, ¿qué te han hecho?

—No mucho, no te preocupes. Me arrastraron hacia el coche y me empujaron hacia dentro —respondió Dick—. El hombre llamado Rooky no estaba allí. Los otros le esperaron algún tiempo y luego nos pusimos en marcha. Pensaron que se había ido a ver a alguien a quien tenía la intención de visitar. Así es que todavía no lo he visto. Supongo que llegará mañana por la mañana. ¡Qué disgusto se llevará cuando vea que no soy Ricardo!

—Ricardo también ha vuelto —murmuró Julián—. ¡Ojalá no lo hubiese hecho! Si Rooky llega a verle, le raptará, estoy seguro de ello. La única esperanza que nos queda es que Rooky no se preocupe más que de ti, y como sus compinches piensan que somos todos una sola familia, cabe en lo posible que nos permitan marchar. ¿Has venido directamente aquí con el coche, Dick?

—Sí —respondió éste—. Cuando llegamos, las puertas se abrieron como por arte de magia y me encerraron. Uno de ellos vino a explicarme todo lo que Rooky haría conmigo cuando me viera y, de repente, se fue abajo y no volvió más.

—¡Oh!, apostaría a que fue cuando las piedras chocaron contra la ventana —dijo inmediatamente Julián—. ¿No las has oído?

—¡Atiza! Así que en eso consistía el ruido que oímos. El hombre que estaba conmigo se acercó a la ventana. Debió descubrirte en seguida. Ahora dime: ¿cómo has podido llegar hasta aquí? ¿Es verdad que estáis todos? Supongo que sería Tim el que ladraba ahí fuera.

Julián, muy de prisa, le contó lo sucedido desde que él y Jorge se habían encontrado a Ricardo, chillando, hasta el momento en que había subido las escaleras y lo había encontrado.

Se produjo un silencio cuando terminó su relato. Luego la voz de Dick llegó por el agujero.

—No sirve de mucho hacer planes, Julián. Si todo sale bien, saldremos de aquí por la mañana, cuando Rooky advierta que no soy el chico que busca. Y si sale mal, por lo menos estaremos juntos y podremos intentar algo. Me pregunto lo que pensará su madre cuando vea que esta noche Ricardo no llega.

—Probablemente pensará que ha ido a casa de su tía —contestó

Julián—. Creo que ese chico no es nada de fiar. ¡Al diablo con él! Por culpa suya nos hemos metido en un buen lío… Bien. Esos hombres tendrán que inventar un buen cuento para explicar el motivo de haberte encerrado cuando mañana por la mañana adviertan que no eres Ricardo —continuó—. Dirán que tiraste piedras a su coche, o algo por el estilo, o bien que te habías herido y que te trajeron aquí para curarte. De todos modos, digan lo que digan, no armaremos ningún alboroto de momento. Nos iremos tranquilamente y después actuaremos de prisa. No sé lo que pasa aquí, pero desde luego es algo raro. La policía tendrá que encargarse de averiguarlo.

—Escucha, es Tim otra vez —dijo Dick—. Ladra para llamar a Jorge, supongo. Es mejor que te marches, Julián, por si despierta a alguno de los hombres y te encuentran aquí. Me siento muy feliz de saber que estás cerca. Muchísimas gracias por venir a buscarme.

—Buenas noches —se despidió Julián.

Se marchó por el pasillo, aprovechando las zonas iluminadas por la luna, mirando asustado hacia las sombras por si el señor Perton o cualquier otro estuviese esperándole.

Pero no tropezó con nadie. Tim había parado de ladrar. Un profundo silencio reinaba en toda la casa. Julián bajó por las escaleras hasta la habitación donde los otros dormían. Se detuvo un momento antes de entrar. ¿Y si hacía un poco más de exploración? Era una buena oportunidad.

Se determinó a hacerlo. El señor Perton dormía profundamente, pensó. También el jorobado y la mujer debían de haberse acostado ya. Se preguntó dónde estaría el otro hombre, el que había traído a Dick hasta Owl's Dene. No lo había visto por parte alguna. Cabía en lo posible que se hubiese marchado en el «Bentley» negro que salió a través del portillo cuando ellos llegaron.

Descendió hasta la planta baja impulsado por una idea luminosa. Intentaría abrir la puerta principal y mandar a los otros fuera. Sólo él debería quedarse para no abandonar a Dick.

Luego cambió de parecer. «No —pensó—. Ante todo Ana y Jorge se negarían a marcharse sin mí». Suponiendo que lograsen atravesar la puerta sin contratiempos y bajar por el camino, ¿cómo saldrían fuera de la finca? El portillo funcionaba por un mecanismo especial

accionado desde la casa.

De manera que su idea luminosa resultaba irrealizable. Decidió examinar todas las dependencias del primer piso. Primero se encaminó a la cocina. El fuego estaba casi apagado. La luna brillaba a través de las rendijas que dejaban las cortinas y aclaraba un tanto la oscura y silenciosa habitación. El jorobado y la mujer probablemente se habían retirado a otro sitio.

No había nada interesante en la cocina, por lo tanto continuó hacia la habitación de enfrente. Era un comedor, con una mesa larga y pulida, candelabros en las paredes y una chimenea en la que se veían los restos de un fuego de leña. Nada interesante allí tampoco.

Penetró después en un nuevo cuarto. ¿Qué era aquello? ¿Un taller? No, un despacho. Había en él una radio. Sobre una mesa divisó un artefacto muy raro, provisto de una rueda… ¿No sería aquello lo que abría el portillo? Sí, eso era. En un ángulo descubrió una etiqueta pegada a él que decía: «Puerta derecha, puerta izquierda, las dos puertas».

«Eso es —pensó Julián—. El mecanismo para abrir las dos puertas al tiempo o una de ellas nada más. Si pudiese sacar a Dick de la habitación, nos marcharíamos todos en un momento». Movió el volante de la rueda. ¿Qué ocurriría ahora?

Capítulo 13

Extraño secreto

Se dejó oír un ruido curioso, como si un poderoso mecanismo hubiese sido puesto en marcha. Julián se apresuró a hacer retroceder el volante hasta la posición inicial. Si hacía tanto ruido, no valía la pena intentar abrir las puertas. Despertaría al señor Perton y lo haría salir corriendo fuera de la habitación.

«Sea lo que sea, me parece muy ingenioso», pensó el chico, examinándolo tan a fondo como le fue posible bajo los tenues rayos de la luna que se infiltraban por la ventana. Miró a su alrededor de nuevo. Un sonido que llegó a sus oídos le forzó a detenerse de pronto.

«Es alguien que ronca —pensó—. Más vale no tocar nada aquí. ¿Dónde estará el durmiente? Seguro que por algún cuarto no lejos de aquí».

Con cautela, avanzó de puntillas hasta la puerta siguiente y asomó la cabeza al interior. Era una especie de galería, pero no había nadie en ella y no se percibía el ronquido desde allí.

Se sentía desconcertado. No parecía haber ninguna otra habitación más allá. Regresó al taller y escuchó. Sí, ahora volvía a oír el ruido. No cabía duda de que se trataba del ronquido de alguien. Alguien que se encontraba cerca, aunque no lo bastante para ser oído con claridad ni ser visto. ¡Muy raro!

Julián se movió despacio por la habitación, intentando localizar el sitio desde donde el ronquido se oía más fuerte. Sí, allí, cerca de la biblioteca, que llegaba hasta el techo. Pero… ¿de dónde procedía el sonido? ¿Habría algún cuarto detrás de la pared del despacho?

No pudo encontrarlo. Únicamente había allí la pared del pasillo, por lo que él podía ver. Otra vez volvió al despacho y se acercó a la biblioteca. Sí, se oía de nuevo. Alguien dormía y roncaba cerca de allí, pero… ¿dónde?

Julián empezó a registrar la biblioteca. Aparecía repleta de libros, apretujados los unos contra los otros, novelas, biografías, libros de referencias, todos libros buenos. Sacó unos cuantos de su estante y examinó la biblioteca por detrás. Era de sólida madera.

Volvió a poner los libros en su sitio y continuó su investigación. Toda la biblioteca estaba construida de la misma sólida madera. Julián miró con atención los libros que brillaban bajo los rayos de la luna. Una estantería parecía distinta de las otras, menos ordenada, los libros no tan apiñados. ¿Por qué una estantería tenía que ser distinta de las demás?

Fue retirando muy despacio los libros de dicha estantería. Detrás de ellos se veía la madera otra vez. Julián acercó la mano y palpó. Encontró una manecilla escondida en un rincón. ¡Una manecilla! ¿Para qué serviría?

Con precaución, hizo girar la manecilla. Nada ocurrió. Entonces la empujó. Nada tampoco. La estiró hacia él y se desplazó unos quince centímetros.

Luego todo el tablero de esta singular estantería se deslizó hacia abajo, dejando una abertura lo bastante grande para que una persona pudiera penetrar por ella. Julián se quedó sin aliento. ¡Un entrepaño que se deslizaba! ¿Qué habría tras él?

Una pálida claridad se filtraba a través del espacio vacío.

Julián esperó hasta que se acostumbró a la súbita penumbra después de haber permanecido tanto tiempo bajo los rayos de la luna. Estaba temblando de excitación. El ronquido se oía tan fuerte que Julián pensó que el que dormía debía hallarse muy cerca de él. Gradualmente, descubrió una habitación muy pequeñita, con una cama estrecha, una mesa y una estantería, sobre la cual se adivinaban las siluetas de unas cuantas cosas. Una candela estaba encendida en un rincón. El durmiente yacía sobre la cama. Julián no pudo distinguir su rostro. Sólo acertó a vislumbrar que se trataba de un hombre grande y macizo. Roncaba con toda tranquilidad.

«¡Atiza! —pensó Julián—. ¡Qué hallazgo!» Un escondite secreto,

un lugar excelente para ocultarse cualquier clase de gente que tuviese necesidad de ello y pudiese pagar por un escondrijo tan seguro. Deberían haberle advertido al hombre que procurase no roncar. Se había traicionado.

El niño no se atrevió a quedarse allá por más tiempo observando esta curiosa estancia. Había sido construida en el espacio comprendido entre la pared del estudio y la del pasillo. Probablemente databa de la época en que había sido edificada la casa.

Julián buscó la manecilla. La empujó hasta devolverla a su sitio y el entrepaño se deslizó otra vez en seguida. Resultaba evidente que se habían preocupado de mantener el mecanismo en buen estado.

El ronquido sonaba otra vez encubierto. Julián colocó los libros, con la esperanza de recordar, más o menos, cómo los había encontrado.

Su excitación había subido de punto. Había descubierto uno de los secretos de Owl's Dene. La policía se interesaría mucho por este escondite y puede que se interesase todavía más por la persona que lo ocupaba.

Ahora era de suma importancia que él y los demás se escapasen. ¿Estaría bien que lo hiciesen sin Dick? No. Si los hombres sospechaban alguna traición de su parte o descubrían que conocía el escondite secreto, por ejemplo, podían intentar vengarse en Dick.

Pese a sus deseos de acudir cuanto antes a la policía, Julián decidió que no se podían escapar a no ser que lo hiciesen todos, incluyendo a Dick.

No siguió explorando. De repente se sintió muy cansado y subió despacio las escaleras. Pensó que debía acostarse y meditar detenidamente.

Fue al dormitorio. La llave aparecía aún sobre la cerradura. Entró en la habitación y cerró la puerta. El señor Perton, al día siguiente, advertiría que la llave no estaba echada, pero pensaría sin duda que no le había dado la vuelta como era debido… Julián se estiró sobre el colchón al lado de Ricardo. Los demás dormían profundamente.

Tenía la intención de pensar en todos los problemas que tenían

planteados, mas, apenas cerró los ojos, el sopor lo invadió y se quedó dormido. No oyó ladrar a Tim, que había reanudado sus quejas. No oyó el alarido del búho que infundía a la noche en la colina un matiz de horror. No vio cómo la luna se deslizaba sobre el cielo.

A la mañana siguiente, el señor Perton no acudió a despertar a los niños. Se encargó de ello la mujer. Entró en la habitación y los llamó.

—Si queréis el desayuno, bajad a tomarlo.

Se sentaron, asombrados, en sus rudimentarios lechos.

—¡Hola! —dijo Julián, medio dormido aún—. ¿Ha dicho usted el desayuno? Eso suena bien. ¿Hay algún sitio en donde podamos lavarnos?

—Podéis lavaros en la cocina —respondió la mujer con hosquedad—. No voy a limpiar ningún cuarto de baño por vuestra culpa.

—Deje la puerta sin llave para que podamos salir —observó Julián con aire inocente—. El señor Perton la cerró con la llave.

—Eso es lo que dijo —contestó la mujer—, pero no lo ha hecho. No estaba cerrada cuando probé a abrirla esta mañana. Vosotros no lo sabíais, ¿verdad? Apuesto a que os hubieseis dedicado a pasear por toda la casa de haberos dado cuenta.

—Es muy posible —asintió Julián guiñando un ojo a los demás. Ellos sabían que había decidido ir en busca de Dick aquella noche y explorar un poco los alrededores. Sin embargo, ignoraban todo lo que había descubierto. No había querido despertarlos para contárselo por la noche.

—No tardéis mucho —dijo la mujer, y se marchó dejando la puerta abierta.

—Espero que le haya subido algo para desayunar al pobre Dick —suspiró Julián. Los demás se le acercaron.

—Julián, ¿encontraste a Dick anoche? —susurró Ana. Su hermano asintió con la cabeza. En voz baja y en pocas palabras les contó todo lo que había descubierto, dónde habían encerrado a Dick, y cómo había oído el ronquido y descubierto el entrepaño y la habitación secreta. No se olvidó del hombre que dormía en ella sin sospechar que Julián lo había visto.

—¡Julián! ¡Qué emocionante! —exclamó Jorge—. ¿Quién hubiese imaginado algo semejante?

—Sí, muy emocionante. También he descubierto el mecanismo que abre las puertas —prosiguió Julián—. Está en la misma habitación. Bueno, vamos: si no bajamos pronto a la cocina, la mujer esa vendrá a buscarnos otra vez. Espero que no esté allí el jorobado. No me gusta ni pizca.

Pero el jorobado estaba presente, terminando su desayuno sentado a una mesa pequeña. Puso mala cara a los niños, que fingieron ignorarlo.

—Habéis tardado mucho —gruñó la mujer—. Allí está la pila, por si queréis lavaros. He puesto una toalla para vosotros. Estáis todos muy sucios.

—Sí, lo estamos —confirmó Julián, en tono alegre—. Nos hacía mucha falta un baño anoche. Pero no se puede decir que nos hayan recibido muy calurosamente.

Cuando terminaron de lavarse, se dirigieron hacia una mesa grande y bien fregada. No había mantel sobre ella. La cocinera les había preparado pan y mantequilla, huevos duros y un jarro de chocolate bien caliente. Se sentaron y empezaron a servirse. Julián charlaba con gran animación, guiñando un ojo a los demás para indicarles que ellos también hiciesen lo mismo. No permitiría que el jorobado pensase que se sentían asustados o preocupados.

—¡Callaos! —ordenó el enano de pronto.

Julián no le hizo el menor caso. Continuó hablando y Jorge le siguió la corriente con su valentía habitual. Ana y Ricardo callaron atemorizados al oír la voz furiosa del hombrecillo.

—¿Habéis oído lo que os he dicho? —chilló el jorobado, levantándose de repente de la mesita en que estaba sentado—. ¡Callaos de una vez! ¿Que es eso de venir a mi cocina y armar este jolgorio? ¡A callar!

Julián se levantó también.

—No acepto órdenes de usted, sea usted quien sea —dijo, y parecía un hombre mayor—. Empiece por callarse usted mismo o, por lo menos, muéstrese más educado.

—¡Por favor! No le hables así, por favor, no lo hagas —intervino la mujer con voz llena de ansiedad—. Tiene un genio tan

endiablado que es capaz de pegarte con un palo.

—Yo también le pegaría a él de buena gana —repuso Julián, enfadado.

Dios sabe lo que hubiese podido ocurrir de no haberse presentado el señor Perton en la cocina. Entró y miró con furia a su alrededor, dándose cuenta de que había jaleo.

—¿Es que has perdido los estribos otra vez, jorobado? —dijo—. Guarda tu genio para cuando lo necesitemos. Probablemente te pediré que lo saques a relucir en cualquier momento, si estos críos no se portan bien.

Observó a los niños con expresión de enfado. Luego miró a la mujer.

—Rooky llegará pronto —le dijo—. Vienen con él uno o dos más. Prepara una comida, una buena comida. Mantén a los chiquillos aquí, jorobado. Y vigílalos. Puede que los necesite luego.

Salió. La mujer se echó a temblar.

—Rooky viene —le cuchicheó al jorobado.

—Sigue con tu trabajo, mujer —respondió el enano—. Encárgate tú misma de traer las verduras. Yo tengo que vigilar a estos niños.

La pobre mujer corría nerviosa de un lado para otro. Ana la miró compadecida. Se acercó a ella.

—¿Quiere que le friegue los platos y los coloque en su sitio? —le preguntó—. Usted tiene mucho trabajo y yo no tengo nada que hacer.

—La ayudaremos todos —determinó Julián.

La mujer lo miró asombrada y agradecida. Era claro que no estaba acostumbrada a buenos modales o cualquier modo de educación.

—¡Ja! —exclamó el jorobado con sorna—. A mí no me engañaréis con vuestras finuras.

Nadie le prestó la menor atención. Los niños empezaron a recoger las cosas del desayuno. Ana y Jorge las depositaron dentro del fregadero y se afanaron en su tarea.

—¡Ja! —dijo el jorobado otra vez.

—Y ¡ja! también a usted —respondió Julián en un tono agradable, que hizo reír a los demás y enfurecer al jorobado de tal modo que los ojos le desaparecieron bajo las cejas de tanto

fruncirlas.

Capítulo 14

Rooky está muy enfadado

Cosa de una hora más tarde se oyó un súbito chirrido. Ricardo, Jorge y Ana se sobresaltaron. Pero Julián sabía qué lo producía.

—Están abriendo las puertas —les explicó. Entonces recordaron lo que les había contado sobre el mecanismo que abría las puertas, aquel mecanismo que tenía una rueda sobre la cual había escrito un letrero que decía «puerta derecha, puerta izquierda, las dos puertas».

—¿Cómo lo sabes? —preguntó de pronto el jorobado, sorprendido y desconfiado.

—Pues… soy un buen adivino —contestó Julián airosamente—. Corríjame si me equivoco. He comprendido en seguida que estaban abriendo las puertas y además adivino que Rooky está entrando en este momento.

—Como sigas siendo tan perspicaz, un día lo vas a sentir —gruñó el jorobado, encaminándose hacia la puerta.

—Eso mismo me dijo mi madre cuando tenía dos años —dijo Julián, y los demás se echaron a reír. Si era preciso contestar, Julián siempre acertaba con la respuesta oportuna.

Se acercaron a la ventana y Jorge la abrió. Tim estaba allí fuera, sentado. Su ama había suplicado a la mujer que le permitiese entrar, pero ella se había negado. Le había echado algunos restos de comida y le había dicho a Jorge que podía beber en un charco que se había formado en el patio. Le era imposible hacer nada más por él.

—¡Tim! —gritó Jorge cuando oyó el ruido de un coche

adelantándose sobre el camino—. Tim, quédate ahí, no te muevas.

Tenía miedo de que Tim corriese hacia el vehículo y saltase sobre la primera persona que se apease de él. El perro la miró con aire interrogante. Estaba desconcertado con todo aquel asunto. ¿Por qué no se le permitía permanecer dentro de la casa con su ama? Sabía muy bien que a ciertas personas no les gustaban los perros, pero Jorge rehusaba, por regla general, ir a casa de ellas. También le desorientaba el hecho de que ella no saliese a verle.

Jorge continuaba inclinada sobre la ventana. Él podía oír su voz, incluso alcanzaría a lamer su mano si se pusiese derecho sobre sus patas traseras, apoyándose contra la pared.

—Cierra esa ventana y métete dentro ahora mismo —ordenó con malicia el jorobado. Disfrutaba al ver que Jorge se sentía nerviosa por tener que estar separada de su perro.

—Ahí llega el coche —exclamó Julián. Echaron una ojeada al exterior y se miraron entre sí. Claro, era el KMF ciento dos.

El «Bentley» negro pasó bajo las ventanas de la cocina y se adelantó hacia la puerta principal. Tres hombres salieron del coche. Ricardo se echó en el acto hacia atrás, súbitamente pálido.

Julián fijó en él su mirada, levantando las cejas, como para preguntarle si había reconocido a Rooky en uno de aquellos hombres. Ricardo asintió con aire desdichado. Estaba asustadísimo.

El chirrido se dejó sentir de nuevo. Al parecer estaban cerrando el portillo. Se oyeron voces en la entrada. Luego los hombres entraron en una habitación y cerraron la puerta.

Julián se preguntó si podría deslizarse fuera de la habitación sin que se dieran cuenta e ir a comprobar si Dick se encontraba bien. Inició el movimiento pensando que el jorobado se hallaba demasiado entretenido con un montón de zapatos sucios. Pero su desagradable voz se elevó en seguida.

—¿Adónde vas? Si no obedeces mis órdenes, se lo diré al señor Perton y te aseguro que te arrepentirás.

—Pronto habrá muchos hombres en esta casa que se sentirán profundamente arrepentidos —respondió Julián con una voz tan alegre que crispó los nervios de su oponente—. ¡Vaya con cuidado, jorobado!

El hombrecillo perdió los estribos y arrojó a Julián el cepillo con

que limpiaba los zapatos. Julián lo recogió con destreza en el aire y lo dejó sobre la chimenea.

—Gracias —dijo—. ¿No le apetece tirar otro?

—¡Oh! No lo irrites —imploró la mujer—. No sabes cómo se pone cuando saca el mal genio. No lo hagas, por favor.

La puerta de la habitación en que habían entrado los hombres se abrió y se percibieron los pasos de alguien que subía las escaleras. «Van a buscar a Dick», pensó Julián.

El enano tomó otro cepillo y siguió limpiando zapatos, refunfuñando por lo bajo con enfado. La mujer, entre tanto, proseguía preparando la comida. Jorge, Ana y Ricardo prestaban atención, mirando a Julián. Ellos también habían adivinado que el hombre había subido a buscar a Dick para llevarlo ante Rooky.

De nuevo sonaron los pasos, aunque esta vez eran dos pasos distintos y bajaban en lugar de subir. Sí, debían ser Dick y el hombre. Reconocían la voz de su compañero.

—¡Suélteme el brazo! ¡Puedo andar sin que me arrastre! —le oyeron decir indignado. ¡El bueno de Dick! No consentiría que lo dominasen sin protestar como era debido.

Le hicieron entrar en la habitación donde esperaban los tres hombres. De pronto, habló alguien en tono fuerte e indignado.

—Éste no es el chico. ¡Idiotas! ¡Os habéis equivocado de chico!

El jorobado y la mujer se miraron el uno al otro, confusos. Algo había ido mal. Fueron hacia la puerta y se quedaron allí en silencio. Los niños se hallaban justo detrás de ellos. Con infinitas precauciones, Julián atrajo a Ricardo hacia atrás.

—Frota un poco de hollín sobre tu pelo —murmuró—, hasta que esté tan negro como te sea posible. Si los hombres vienen aquí para vernos, probablemente no te reconocerán con tanta facilidad si tienes el pelo oscuro. Venga, de prisa, ahora que los demás no se fijan en ti.

Julián apuntaba hacia la reja de la chimenea, cubierta por el hollín. Ricardo extendió sus temblorosas manos y las cubrió con él. Luego las frotó sobre su rubio cabello.

—Más —ordenó Julián en un susurro—, mucho más. ¡Sigue! Me quedaré delante de ti para que los demás no vean lo que haces.

Ricardo frotó más hollín sobre su pelo. Julián asintió. Sí, era

suficiente. Ricardo parecía otra persona. Julián esperaba que Ana y Jorge se mostrasen lo bastante sensatas como para no prorrumpir en exclamaciones cuando lo viesen.

Evidentemente se había originado una fuerte discusión en la habitación de la entrada. Las voces iban subiendo de volumen, pero no se podían comprender muchas de las palabras desde donde escuchaban los niños, en la puerta de la cocina.

De repente sonó muy clara la voz de Dick.

—Ya les dije que se habían equivocado. Ahora, déjenme marchar.

De pronto, el jorobado empujó con brusquedad a todos apartándolos de la puerta, excepto al pobre Ricardo, que se había metido en el rincón más oscuro que pudo encontrar temblando de miedo.

—¡Ya vienen! —susurró—. ¡Fuera de aquí!

Todos obedecieron. El jorobado volvió a sus zapatos, la mujer comenzó a pelar patatas y los niños se dedicaron con afán a hojear unas viejas revistas que habían hallado.

Los pasos se acercaron hacia la puerta de la cocina. Alguien la abrió de par en par. El señor Perton se dejó ver en el umbral y tras él se veía a otro hombre. No cabía duda sobre quién era.

Gruesos labios, una nariz enorme… Sí, era el rufián Rooky, en el pasado guardaespaldas del padre de Ricardo. El hombre que odiaba al niño porque había ido con cuentos sobre él a su padre y por esta causa había sido despedido.

Dick aparecía entre los dos hombres y les hizo un gesto amistoso con la mano. Julián sonrió. ¡El bueno de Dick!

Rooky miró a los cuatro niños. Su mirada se detuvo un instante sobre Ricardo y luego se alejó. No lo había reconocido.

—Bueno, señor Perton —dijo Julián—. Me alegra ver que ha hecho usted bajar a mi hermano de la habitación donde lo encerró anoche. Supongo que eso significa que puede venirse con nosotros. No alcanzo a imaginarme por qué lo trajo usted aquí y lo hizo prisionero.

—Escúchame —empezó el señor Perton, en un tono distinto del que había empleado antes—. Mira, nos hemos equivocado. No necesitáis saber ni el porqué, ni el cómo. Eso no os incumbe. Éste

no es el niño que buscábamos.

—Ya habíamos dicho que era nuestro hermano —intervino Ana.

—Cierto —respondió el señor Perton con cortesía—. Siento no haberlo creído. Estas cosas ocurren a veces. Bien, queremos haceros un regalo para compensar cualquier incomodidad que hayáis sufrido. Aquí tenis diez libras para compraros helados y cosas por el estilo. Os podéis marchar cuando queráis.

—Y no vayáis con cuentos de hadas a nadie —ordenó Rooky con expresión amenazadora—. Nos hemos equivocado, pero no queremos que se hable del asunto. Si se os ocurre decir cualquier tontería, la desmentiremos. Aseguraremos que encontramos a este niño perdido en el bosque, nos dio lástima y lo trajimos aquí a pasar la noche. A vosotros os cazamos cometiendo una infracción en nuestra finca, ¿entendido?

—Perfectamente —asintió Julián con voz fría y un poco burlona —. ¿Podemos marcharnos ahora?

—Sí —dijo el señor Perton. Metió la mano en su bolsillo y sacó un puñado de billetes. Entregó dos libras a cada uno de los niños. Ellos miraron a Julián para saber si debían aceptar o no. A ninguno le hacía la menor gracia recibir dinero del señor Perton, pero sabían que no debían rechazarlo si Julián así se lo indicaba.

Julián tomó las dos libras que se le tendían y se las guardó en el bolsillo sin una palabra de agradecimiento. Los otros le imitaron. Ricardo mantuvo la cabeza baja todo el rato, rezando a Dios por que los dos hombres no advirtieran el modo en que le temblaban las piernas. Estaba aterrorizado ante la presencia de Rooky.

—Ahora, ¡largo de aquí! —dijo Rooky cuando se hubieron repartido las diez libras—. Olvidad todo lo que ha pasado o tendréis que lamentarlo.

Abrió la puerta que daba sobre el jardín. Los niños salieron en silencio; Ricardo, procurando ocultarse en medio de ellos. Tim los estaba esperando. Dio un ladrido de bienvenida y se arrojó sobre Jorge acariciándola, lamiendo todas las partes de su cuerpo que se hallaban a su alcance. Volvió la cabeza hacia la puerta de la cocina y gruñó como preguntando: «¿Queréis que entre por alguno de ellos?»

—No —rechazó Jorge—. Tú te vienes con nosotros. Salgamos de

aquí lo más pronto posible.

—Dadme vuestro dinero, de prisa —ordenó Julián en voz baja tan pronto como dieron la vuelta a la esquina y estuvieron fuera de la vista de las ventanas. Todos le tendieron el dinero, sorprendidos. ¿Qué pensaba hacer con él?

La mujer había salido fuera para ver cómo se marchaban. Julián la llamó con un gesto. Se acercó dudando.

—Para usted —dijo Julián poniendo el dinero en sus manos—. Nosotros no lo queremos.

La mujer lo cogió, asombrada. Los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Caramba, esto es una fortuna. No, no, tomadlo. Sois muy buenos, muy buenos.

Julián dio la vuelta, dejando a la mujer allí de pie, admirada y feliz, mirándolo. Corrió hacia los demás.

—Ha sido una idea muy buena —afirmó Ana con calor, y sus compañeros asintieron. Todos se compadecían de la pobre mujer.

—¡Adelante! —dijo Julián—. No debemos retrasarnos si queremos llegar cuando se abran las puertas. Escuchad, se puede oír el chirrido que llega desde la casa. Alguien ha puesto el mecanismo en marcha para abrir las puertas. Gracias a Dios, estamos libres y Ricardo también. Ha sido una verdadera suerte.

—Sí. Tenía tanto miedo de que Rooky me reconociese, a pesar de haberme teñido el pelo con el hollín —confirmó Ricardo, mucho más alegre—. Mirad. Se ve el final del camino y el portillo está abierto. ¡Somos libres!

—Recogeremos las bicicletas —decidió Julián—. Recuerdo en dónde las hemos dejado. Puedes subirte en la barra de la mía, Ricardo, porque ahora nos falta una. Dick ha de montar en la suya. ¿Recuerdas que la cogiste prestada? Mirad, aquí están.

Montaron sobre sus vehículos y avanzaron un trecho por el camino. De pronto, Ana lanzó un grito de espanto.

—¡Julián! ¡Las puertas se están cerrando! Corred, corred, o nos quedaremos dentro.

En efecto, todos pudieron ver, con horror, cómo se cerraban las puertas muy despacio. Pedalearon a toda la velocidad que les fue posible, pero sin resultado. Cuando llegaron al portillo estaba bien

cerrado. A pesar de sacudirlo con fuerza no pudieron abrirlo. ¡Caramba, qué mala suerte! Ahora que se encontraban casi a salvo.

Capítulo 15

Prisioneros de nuevo

Se dejaron caer sobre la hierba, entre lamentos de desesperación.

—¿Por qué lo habrán hecho justo cuando nos hallábamos a punto de salir? —preguntó Dick—. ¿Creéis que se trata de una equivocación? Quiero decir que quizá pensaron que ya habíamos salido…

—Bueno, si ha sido una equivocación tiene fácil arreglo —repuso Julián—. Me acercaré en un momento con la bici a la casa y les diré que cerraron las puertas demasiado pronto.

—Sí, hazlo —respondió Jorge—. Te esperaremos aquí.

Pero antes que Julián hubiese tenido tiempo de montar sobre la bicicleta, llegó hasta ellos el ruido del coche que se acercaba por el largo camino. Los niños se pusieron en pie. Ricardo se escondió detrás de unas matas, muerto de pánico, ante la idea de enfrentarse con Rooky otra vez.

El coche se acercó a los chiquillos y frenó frente a ellos.

—Sí, aquí están todavía —dijo el señor Perton mientras salía del coche. A continuación se apeó también Rooky. Se dirigieron hacia el pequeño grupo.

Rooky les echó una mirada.

—¿Dónde está el otro niño? —preguntó.

—No me lo puedo imaginar —contestó Julián fríamente—. Quizá haya tenido tiempo de salir por el portillo. ¿Por qué cerró las puertas tan pronto, señor Perton?

Pero Rooky había descubierto a Ricardo, temblando detrás de

las matas. Fue hacia él y lo arrastró afuera. Lo miró con atención. Luego lo llevó hasta el señor Perton.

—Sí, tal como me había imaginado. Aquí está el pequeño bribón. Se tiñó el pelo con hollín y por eso no lo reconocí. Sin embargo, cuando se marchó, estaba seguro de que me recordaba a alguien, por eso quise volver a verlo —y zarandeaba al pobre Ricardo como un gato zarandea a un ratón.

—Bueno, ¿y qué pretendes hacer ahora? —preguntó el señor Perton con desaliento.

—Llevárnoslo, claro —dijo Rooky—. Me valdré de él para vengarme de su padre; tendrá que abonar una suma muy fuerte si quiere volver a ver a su asqueroso hijito. Nos vendrá muy bien ese dinero. ¿No crees? Y al mismo tiempo este chico me las pagará por todas las mentiras que le contó a su padre sobre mí. ¡Qué rata más sucia!

Sacudió otra vez a Ricardo. Julián se adelantó, pálido y furioso.

—¡Ya está bien! —dijo—. Suelte a ese niño. ¿No le parece suficiente lo que ha hecho? Ha encerrado a mi hermano durante toda una noche, no nos permite salir de aquí y ahora habla de cometer un rapto. Acaba usted de salir de la cárcel y ya quiere volver a ella.

Rooky soltó a Ricardo y se adelantó hacia Julián. Con un gruñido, Tim se lanzó entre los dos y mordió la mano del hombre. Rooky soltó un chillido de rabia y se frotó la mano herida.

—Llama en seguida a este perro, ¿me oyes? —gritó a Julián.

—Lo haré volver atrás si se decide usted a hablar con sentido —contestó el muchacho, todavía pálido de rabia—. Nos dejará marchar a todos de aquí y ahora mismo. Vuelva a la casa y abra las puertas.

Tim ladró de una forma espantosa y Rooky y el señor Perton se apresuraron a retroceder unos cuantos pasos. Rooky cogió una gran piedra del suelo.

—Si se atreve a tirarnos esa piedra mandaré al perro que se eche otra vez contra usted —gritó Jorge, temiendo por la suerte de Tim. El señor Perton hizo caer la piedra de la mano de Rooky.

—No seas loco —le acusó—. Ese perro nos haría picadillo. Es enorme. Mírale los dientes. Por Dios, Rooky, déjalos que se

marchen.

—No antes de llevar a término nuestro planes —repuso Rooky con furia, todavía frotándose la mano—. Manténlos a todos prisioneros dentro de la finca. No tardaremos en cumplir con nuestro cometido. Y lo que es más, me llevaré a esa pequeña rata conmigo cuando me marche. ¡Aja! Le enseñaré unas cuantas cosas, y a su padre también.

Tim volvió a gruñir. Estaba tratando de soltarse de la mano de Jorge. Ella le tenía firmemente asido por el collar. Ricardo tembló cuando oyó las amenazas proferidas por Rooky. Las lágrimas corrieron por sus mejillas.

—Puedes lloriquear tanto como te apetezca —le chilló Rooky—. Espera a que te coja. ¡Miserable! ¡Cobarde! ¡Jamás tuviste un ápice de valor! Todo lo que sabes hacer es contar mentiras y portarte mal siempre que puedes.

—Mira, Rooky, es mejor que vengas a casa a curarte la mano —intervino el señor Perton—. Está sangrando de mala manera. Tendrás que lavarla y poner un desinfectante sobre la herida. Sabes muy bien que una mordedura de perro puede ser peligrosa. Ven. Ya te ocuparás luego de los niños.

Rooky se dejó llevar hasta el coche, amenazando a los niños con un gesto de su mano sana. Ellos lo contemplaron en silencio.

—¡Chiquillos entrometidos! ¡Pequeños…!

El resto de las palabras se perdió entre el ruido del motor. El señor Perton dio marcha atrás, hizo girar el coche y desapareció cuesta arriba. Los cinco niños se sentaron sobre la hierba. Ricardo empezó de nuevo a sollozar.

—¡Ricardo! ¡Cállate de una vez! —dijo Jorge con desprecio—. Rooky estaba en lo cierto cuando dijo que eras un pequeño cobarde, sin pizca de valor. Estoy por completo de acuerdo con él. Ana es mucho más valiente que tú. Ojalá no hubiésemos tropezado contigo jamás.

Ricardo se frotó los ojos con las manos. Las tenía llenas de hollín y se llenó la cara de chafarrinones. Presentaba un aspecto muy raro con las manchas de hollín surcadas por las lágrimas. Se le notaba verdaderamente desesperado.

—Lo siento —dijo lloriqueando—. Sé que no me creéis, pero os

aseguro que lo siento de veras. Siempre he sido un poco cobarde. No lo puedo remediar.

—Sí, sí que puedes —dijo Julián con sorna—. Cualquiera puede evitar ser un cobarde. Tu cobardía consiste en preocuparte exclusivamente de tu miserable piel, en lugar de pensar en los demás. Hasta la pequeña Ana es capaz de preocuparse más por nosotros que por ella misma. Eso es lo que le proporciona valor. No podría mostrarse cobarde aunque lo intentase.

Aquello resultaba algo nuevo por completo para Ricardo. Intentó secarse las lágrimas.

—Haré lo que pueda para ser como vosotros —prometió en voz baja—. ¡Sois todos tan decentes! Jamás he tenido amigos como vosotros. No volveré a defraudaros.

—Bueno, ya lo veremos —respondió Julián con aire dubitativo —. Verdaderamente me darías una gran sorpresa si de repente te convirtieras en un héroe, claro está que una sorpresa muy agradable. Entre tanto, nos serviría de gran ayuda si cesases de gimotear y nos permitieses hablar.

Ricardo se calmó. En verdad que tenía una cara muy extraña con aquellas franjas de hollín. Julián se volvió hacia los demás.

—Esto es para volverse loco —dijo—. Justo cuando ya estábamos a punto de conseguir la libertad. ¿Qué pensarán hacer con nosotros? Supongo que nos encerrarán en una habitación y nos dejarán allí hasta que terminen su trabajo. Me imagino que consiste en llevar al hombre aquel hasta lugar seguro. Me refiero al que vi en el cuarto secreto.

—¿Crees que los padres de Ricardo no darán parte a la policía cuando adviertan su desaparición? —preguntó Jorge abrazando a Tim, que no cesaba de lamerla, feliz por tenerla de nuevo a su lado.

—Claro que sí. Pero, ¿qué ganarán con ello? La policía no posee la menor pista para dar con él —contestó Julián—. Tampoco nadie sabe dónde estamos nosotros. Tía Fanny no se preocupará, de momento, creyéndonos de excursión con nuestras bicis. Ya cuenta con que no le escribiremos todos los días.

—¿Tú crees que esos hombres piensan llevarme en realidad con ellos cuando se marchen? —le interrogó Ricardo.

—Bueno, espero que encontraremos la manera de escaparnos

antes —dijo Julián, a quien le desagradaba responder afirmativamente. Sus propósitos eran bien claros.

—¿Y cómo podremos escaparnos? —insistió Ana—. Jamás lograríamos escalar estos muros. No creo que nadie se acerque por aquí tampoco. Los vendedores no llegan a estos sitios tan apartados.

—¿Y qué hay del cartero? —preguntó Dick.

—Lo más probable es que ellos mismos se encarguen de ir a buscar el correo cada día —repuso Julián—. Supongo que no desean que nadie venga por aquí. O puede que haya un buzón fuera del portillo. No había pensado en ello.

Trataron de comprobarlo. Mas, a pesar de estirar los cuellos hasta el máximo para ver la otra parte, no divisaron ningún buzón para que el cartero depositase en él las cartas. Así que la pequeña esperanza que les quedaba de hablar con el cartero y darle un mensaje se esfumó.

—¡Vaya! Ahí viene la mujer, Aggie, o como se llame —exclamó de pronto Jorge. Tim comenzó a ladrar. Todos volvieron la cabeza. Sí, Aggie avanzaba a buen paso por el camino. ¿Pensaría salir de la finca? ¿Se abrirían las puertas para ella?

Esta esperanza desapareció al acercarse a ellos.

—¡Ah!, aquí estáis. Traigo un mensaje para vosotros. Os dan a elegir entre dos cosas: o quedaros todo el día fuera y no poner ni siquiera un pie en la casa, o bien entrar en ella para ser encerrados en una habitación. —Miró a su alrededor con cautela y bajó la voz —. Siento que no hayáis podido marcharos. Ya es bastante malo para una vieja como yo estar atrapada aquí con el jorobado. Pero no es justo encerrar a niños en un sitio como éste. Y vosotros sois muy buenos chicos.

—Gracias —contestó Julián—. Ya que piensa usted que somos buenos, quizá quiera ayudarnos. Díganos, ¿hay alguna manera de salir de aquí aparte atravesar el portillo?

—No, no existe ninguna —repuso la mujer—. Cuando estas puertas se cierran, la finca se transforma en una cárcel. No se le permite a nadie entrar y sólo se puede salir con el consentimiento del señor Perton y los otros. Así que será mejor que no intentéis huir. No hay escapatoria posible.

Nadie contestó a estas palabras. Aggie miró hacia atrás, como si

temiese que alguien la estuviese escuchando, acaso el jorobado. Luego prosiguió en voz baja:

—El señor Perton me ordenó que no os diese mucha comida. También le dijo al jorobado que preparase algo de comida con veneno dentro para el perro. Así que no le permitáis probar bocado fuera de lo que yo traiga.

—¡El muy bruto! —chilló Jorge, atrayendo a Tim hacia ella—. ¿Has oído eso, Tim? ¡Qué lástima que no hayas mordido al señor Perton también!

—¡Chitón! —dijo la mujer, asustada—. ¡No alborotéis! No debía haberos dicho esto, lo sabéis bien, pero os habéis portado muy bien conmigo y me regalasteis todo el dinero. Sois verdaderamente amables. Ahora, escuchadme. Será preferible que os quedéis aquí fuera, en el jardín. Si estáis encerrados no me atreveré a llevaros más comida. Rooky podría entrar y verla. Si permanecéis aquí, me será mucho más fácil traeros provisiones extras.

—Gracias —repitió Julián, y los demás asintieron—. De todos modos, ya estábamos decididos a quedarnos aquí. Supongo que el señor Perton teme que tropecemos por casualidad con uno de los secretos de la casa si se nos deja andar libremente por ella. Muy bien, dígale que elegimos el exterior. ¿Qué hay de nuestra comida? ¿Cómo nos las arreglaremos? No queremos causarle molestias, pero siempre nos sentimos hambrientos a las horas de las comidas y una buena comida nos iría de mil maravillas hoy.

—Ya me las arreglaré para que la tengáis —dijo Aggie sonriendo —. Pero, ¡cuidado con lo que os he dicho! Sobre todo, que el perro no coma nada de lo que el jorobado le prepare. Estará envenenado.

Alguien chilló desde la casa. Aggie levantó la cabeza y prestó atención.

—Es el jorobado, que me llama —les comunicó—. Debo irme ya.

—Bueno, bueno, bueno —comentó Julián—. Conque piensan envenenar a Tim, ¿eh? Tendrán que discurrir otra cosa mejor, viejo amigo, ¿no es verdad?

—¡Guau! —repuso Tim con gran seriedad.

Capítulo 16

Aggie y el jorobado

—Me parece que necesito un poco de ejercicio —dijo Jorge cuando Aggie se hubo marchado—. Exploraremos el jardín. Siempre cabe en lo posible encontrar algo que sea de utilidad.

Se levantaron, contentos de tener algo que hacer para no debatirse en sus por el momento insolubles problemas. ¿Quién hubiera podido pensar ayer, cuando corrían tan contentos sobre sus bicis a través del campo soleado, que hoy se verían prisioneros? Jamás se sabe lo que puede ocurrirle a uno. Claro que esa incertidumbre proporcionaba un poco de sal a la vida. Sin embargo, en el caso presente, les estropeaba la excursión en bicicleta.

No descubrieron nada interesante en el jardín, salvo dos vacas, muchas gallinas y una nidada de patitos. ¡Vaya! Ni siquiera el lechero necesitaba venir a Owl's Dene. La casa se abastecía por sí sola.

—El «Bentley» negro debe de ir todos los días a la ciudad para recoger el correo y comprar la carne y el pescado —dijo Jorge—. Exceptuando esas cosas, Owl's Dene puede seguir adelante durante meses sin precisar ningún contacto con el mundo exterior. Me imagino que dispondrá de montones de comida en conserva.

—Parece obra de magia la existencia de un lugar como éste, abandonado en una colina desierta, olvidado por todo el mundo y escondiendo Dios sabe qué secretos —opinó Dick—. Julián, me gustaría saber quién es el hombre que viste en la habitación secreta, el que roncaba.

—Alguien que no desea ser visto ni siquiera por el jorobado o

Aggie —respondió Julián—. Alguien a quien la policía se alegraría de encontrar.

—Ojalá pudiésemos salir de aquí —suspiró Jorge con añoranza —. Odio este sitio. Uno puede darse cuenta en seguida de que algo malo sucede en él. Y aborrezco la idea de que alguien intente envenenar a Tim.

—No te preocupes, no será envenenado —la consoló Dick—. No lo permitiremos. Se comerá la mitad de nuestra ración, ¿verdad que sí, Tim, viejo amigo?

Tim asintió meneando su rabo. No se apartaba del lado de su ama aquella mañana. Se mantenía pegado a ella como una sanguijuela.

—Bueno, ya hemos recorrido todo el jardín y la verdad es que no hay mucho que ver —dijo Julián cuando se acercaban a la casa —. Supongo que el jorobado es quien se ocupa de ordeñar las vacas, dar de comer a los pollos y recoger las verduras. Aggie tiene bastante trabajo con la casa. Mirad, allí está el jorobado. ¡Está preparando la comida de Tim!

El hombre les hacía señales desde lejos.

—Aquí tenéis la comida del perro —les chilló.

—No digas una palabra, Jorge —ordenó Julián en voz baja—. Vamos a fingir que Tim se la come. Ya la tiraremos luego en algún rincón apartado. Ya verás la cara que pondrán mañana por la mañana, cuando adviertan que todavía vive.

El hombrecillo desapareció en dirección del establo, transportando un cubo en la mano. Ana rió.

—Se me ha ocurrido una broma estupenda para gastarle. Le haremos ver que Tim no se comió más que la mitad y que el resto se lo hemos dado a las gallinas y los patos.

—Y el jorobado se pondrá fuera de sí pensando que se morirán y le echarán una buena bronca —asintió entusiasmada Jorge—. Lo tiene bien merecido. Venid, iremos por la comida.

Corrió a coger la gran escudilla que el enano había dejado en el suelo. Tim la olió y se alejó en el acto. Estaba claro que no le habría hecho mucha gracia si le hubiesen obligado a comérsela. Era un perro muy sensato.

—De prisa, Julián, coge esa pala y cava un hoyo antes de que el

jorobado vuelva —dijo Jorge.

Julián se puso a la obra sonriendo. En un minuto, el hoyo estuvo preparado en la tierra blanda. Jorge vació la comida en él, limpió la escudilla con una hojas y contempló cómo Julián volvía a rellenar el hoyo con la tierra. Ahora ningún animal correría el peligro de morir envenenado.

—Vámonos al gallinero. En cuanto veamos al jorobado, lo llamaremos —decidió Julián—. Nos preguntará lo que estamos haciendo y le soltaremos el cuentito. ¡Venid! Se merece un buen susto.

Se acercaron al gallinero y se quedaron observando a través de la alambrada. Cuando el enano salió, se volvieron hacia él y le llamaron.

Jorge fingió rascar los alimentos de la escudilla del perro y tirarlos en el gallinero. El jorobado la miró con intensidad. Luego corrió hacia ella gritando:

—¡No hagas eso! ¡No lo hagas!

—¿Qué pasa? —se interesó la niña con aire inocente, simulando empujar un resto de comida por la alambrada—. ¿Es que no puedo dar algunas migajas a las gallinas?

—¿Es ésta la escudilla donde puse la comida del perro? —preguntó el jorobado con brusquedad.

—Sí —contestó Jorge.

—¡No se lo comió todo y se lo estás dando a mis gallinas! —gritó el jorobado, furioso, a la vez que arrancaba la escudilla de las manos de Jorge. Ella aparentó sentirse muy enfadada.

—¡Déjeme! ¿Por qué sus gallinas no pueden comer unas migajas del alimento del perro? Tenía muy buen aspecto. ¿Por qué no se les puede dar un poco a las gallinas?

El hombre la fulminó con una mirada.

—¡Niño tonto! ¡Dar de esta comida a mis gallinas! Te mereces una buena zurra.

Naturalmente, pensaba que Jorge era un chico. Los otros los miraban interesados y divertidos. El jorobado hombrecillo se merecía pasar un buen susto por sus gallinas después de haber intentado envenenar al querido Tim.

El hombre, desesperado, no sabía qué hacer. Fue a buscar una

fuerte escoba a un cobertizo que se alzaba allí cerca y entró en el gallinero. Evidentemente había decidido rastrillarlo todo hasta hacer desaparecer cualquier migaja envenenada que hubiese quedado. Barrió con fuerza, de rodillas, y los niños se quedaron contemplándole, contentos de que se castigase a sí mismo en esta forma.

—Jamás había visto a nadie barrer un gallinero hasta ahora —exclamó Dick en voz alta y llena de interés.

—Tampoco yo —le apoyó Jorge en el acto—. Debe de estar en extremo ansioso por criar a sus gallinas como es debido.

—Yo diría que es un trabajo bastante pesado —intervino Julián—. Me siento muy satisfecho de que no me corresponda efectuarlo a mí. Es una lástima barrer así las migajas de comida. ¡Un verdadero desperdicio!

Todos aprobaron sus palabras.

—Es extraño que este hombre se indigne tanto sólo porque he dado unas migajas de la comida de Tim a sus gallinas —continuó Jorge—. Quiero decir que me parece algo sospechoso.

—Sí que lo es —confirmó Dick—. A lo mejor es él quien tiene un carácter sospechoso.

El jorobado podía oír con claridad la conversación, lo cual era lo que pretendían los niños, naturalmente. Cesó de barrer y les chilló con malicia.

—¡Fuera de aquí, pequeñas pestes! —gritó levantando la escoba, como dispuesto a perseguirlos con ella.

—Parece una gallina enfurecida —exclamó Ana uniéndose al coro de burlas de sus compañeros.

—Está a punto de empezar a cloquear —quiso poner Ricardo su granito de arena. Todos se echaron a reír. El jorobado corrió a abrir la puerta del gallinero, enrojecido su semblante por la furia.

—Acaba de ocurrírseme la idea de que quizá haya puesto veneno en la comida de Tim —dijo Julián en voz alta—. Por eso se muestra tan preocupado por sus gallinas. Bueno, bueno… ¡Qué justo es el refrán que dice: «El que a hierro mata, a hierro muere»!

El mero hecho de mencionar el veneno frenó de súbito la acometida del enano. Tiró la escoba al interior del cobertizo y se fue hacia la casa sin decir una palabra más.

—Bueno, le hemos dado su merecido —sonrió Julián.

—Y vosotras, gallinas, no os preocupéis —dijo Ana, siempre compasiva, acercando su cara a la alambrada del gallinero—. No estáis envenenadas. Nunca pensaríamos en haceros daño.

—Aggie nos llama —les avisó Ricardo—. Mirad, puede que nos traiga algo de comer.

—Así lo espero —dijo Dick—. Tengo mucha hambre. Es curioso, los mayores no parecen sentir tanta hambre como los niños. Me dan lástima.

—¿Por qué? ¿Es que disfrutas teniendo hambre? —preguntó Ana mientras se encaminaban hacia la casa.

—Sí, cuando sé que me espera una buena comida —replicó Dick —. En caso contrario, no tendría ninguna gracia. ¡Dios mío! ¿Será eso todo lo que Aggie nos ha preparado?

Sobre el reborde de la ventana se veía un pan con aspecto de llevar cocido mucho tiempo y un trozo de queso duro y muy amarillento. Nada más. El jorobado estaba allí, vigilándolos con una perversa sonrisa.

—Aggie dice que ésa es vuestra comida —dijo, al mismo tiempo que se sentaba ante la mesa y se servía grandes cantidades de un estofado muy apetitoso.

—Una pequeña venganza por nuestra conducta en el gallinero —murmuró Julián—. Bueno, no me esperaba esto de Aggie. ¿Dónde se habrá metido?

En aquel momento salía por la puerta de la cocina, llevando una cesta que parecía llena de ropa.

—Voy a tender esto, jorobado. Vuelvo en seguida —le gritó—. Se volvió hacia los niños y les guiñó un ojo. Allí tenéis vuestra comida, sobre el reborde de la ventana. Cogedla e iros adonde os parezca a despacharla. Al jorobado y a mí no nos agrada que andéis rondando por la cocina.

De repente sonrió e hizo un gesto señalando hacia la cesta de la ropa. Los niños comprendieron en el acto. La verdadera comida se hallaba dentro de ella.

Cogieron el pan y el queso de la ventana y la siguieron. Ella depositó la cesta debajo de un árbol, bien lejos de la casa. Llevaba una cuerda atada a él.

—Luego vendré a tender mi colada —dijo, y con una sonrisa que transformó por completo su semblante, embelleciéndolo, volvió a la casa.

—La buena de Aggie —exclamó Julián, levantando la ropa—. ¡Cáspita! ¡Mirad aquí!

Capítulo 17

Julián concibe una idea luminosa

Aggie se las había arreglado para envolver unos cuchillos, tenedores, cucharas, platos y vasos y ponerlos en el fondo de la cesta. Había dos grandes botellas de leche, un pastel de carne recubierto con una pasta deliciosa y una barbaridad de pasteles, galletas y naranjas. Incluso les había preparado unos dulces caseros. Aggie se había mostrado muy generosa.

Desocuparon la cesta a toda prisa y se llevaron las provisiones detrás de unas matas. Se sentaron sobre el suelo y empezaron a comer un banquete de primera calidad. Tim recibió su parte del pastel de carne y muchas galletas. También se tragó gran parte del queso duro y amarillento.

—Ahora será mejor que lo lavemos todo en aquella fuente y volvamos a empaquetarlo y guardarlo en el fondo de la cesta —dijo Julián—. No me gustaría que Aggie sufriera algún disgusto por su bondad.

Pronto los cacharros estuvieron limpios y colocados dentro de la cesta. Los cubrieron con la ropa de manera que no se notase nada.

Aggie volvió sobre una media hora más tarde. Los niños se acercaron a ella y le hablaron en voz baja.

—Gracias, Aggie. Estaba todo delicioso.

—Es usted una mujer excelente. Hemos disfrutado de lo lindo.

—Apostaría a que el jorobado no gozó con su comida tanto como nosotros.

—¡Silencio! —exclamó Aggie, contenta y asustada a la vez—. Jamás se sabe cuándo el jorobado puede estar escuchando. Tiene

orejas de liebre. Oídme ahora. A la hora del té iré a recoger los huevos del gallinero. Llevaré una cesta para transportarlos y pondré vuestra merienda en ella. Dejaré la cesta en el gallinero y me marcharé un momento. Entonces vosotros podéis ir a recogerla.

—¡Es usted maravillosa, Aggie! —dijo Julián.

Aggie rebosaba satisfacción. Se notaba que nadie le había dirigido jamás una palabra amable ni la había admirado desde hacía una eternidad. Era una pobre, desdichada y asustada mujer, que se divertía con su pequeño secreto. También se alegraba de poder engañar al jorobado. Aquello constituía una pequeña venganza por todos los años durante los cuales la había maltratado.

Tendió parte de la ropa de la cesta, dejando algunas prendas para tapar los cubiertos de la comida, y regresó a la casa.

—¡Pobre vieja! —dijo Dick—. ¡Qué vida más triste!

—Sí, no me gustaría verme obligado a vivir aquí años y años con rufianes como Perton y Rooky —corroboró Julián.

—Me parece que llevamos camino de ello si no nos apresuramos a pensar en un plan para escaparnos —afirmó Dick.

—Sí, vale más que nos dediquemos a fondo a la cuestión —asintió Julián—. Venid hacia aquellos árboles. Podemos sentarnos sobre la arena y hablar sin correr el riesgo de ser oídos desde ninguna parte.

—¡Mirad! El jorobado le está sacando brillo al «Bentley» negro —dijo Jorge—. Voy a aproximarme a él y haré que Tim le ladre, a fin de que se convenza de que sigue todavía vivo.

Se llevó a Tim hasta las proximidades de «Bentley» y, naturalmente, el perro ladró con fuerza cuando su ama se lo indicó. El enano se metió a toda prisa en el coche, cerrando la portezuela tras él. Jorge sonrió.

—¡Hola! —dijo—. ¿Se va usted de paseo? ¿Podemos Tim y yo ir con usted?

Hizo como si pensase abrir la puerta y el jorobado chilló:

—No permitas a ese perro entrar aquí. Ya he visto la mano de Rooky. No quiero que ese perro se me acerque.

—Llévenos de paseo —insistió Jorge—. A Tim le encantan los coches.

—¡Fuera de aquí! —chilló el hombre, agarrándose al manillar de

la puerta como para proteger su vida—. Tengo que limpiar el coche del señor Perton para esta tarde sin falta. Déjame salir y terminar mi trabajo.

—Bueno, ya pudo comprobar que Tim continúa con vida —dijo Dick con una sonrisa—. Desde luego fue una buena idea. Nos veríamos metidos en un buen aprieto si no tuviésemos a Tim para protegernos.

Se dirigieron hacia los árboles y se sentaron en el suelo.

—¿Qué es lo que dijo el jorobado acerca del coche? —preguntó Julián.

Jorge se lo explicó. El chico parecía pensativo. Ana conocía esa mirada. Julián estaba meditando un plan.

—Julián, has tenido una idea, ¿verdad? ¿En qué consiste?

—Bueno, estaba pensando en algo… —empezó a decir Julián despacio—. En ese coche y en el hecho de que el señor Perton se va en él esta noche… Eso significa que tendrán que abrir el portillo…

—¿Y qué? —dijo Dick—. ¿Es que piensas irte con él?

—Exacto —replicó Julián, sorprendiéndolos—. Veréis, si no se marcha hasta que oscurezca, me parece que lograré meterme en el portaequipajes y esconderme en él hasta que el coche se detenga en algún sitio. Luego podría abrirlo, salir de él e ir a buscar ayuda.

Todos se quedaron mirándolo en silencio. Los ojos de Ana centellearon de alegría.

—¡Oh, Julián! ¡Es un plan fantástico!

—Me suena muy bien —corroboró Dick.

—La única pega es que no me hace ninguna gracia quedarme aquí dentro sin Julián —dijo Ana sintiéndose asustada de repente—. Todo va bien cuando Julián está con nosotros.

—Podría ir yo —se ofreció Dick.

—O yo misma —añadió Jorge—. Pero… —titubeó—, no habría sitio para Tim también.

—El portaequipajes parece bastante grande por fuera —dijo Julián—. Me gustaría poderme llevar a Ana conmigo. Así podría ponerla a salvo. Los demás estaréis bien mientras tengáis a Tim con vosotros.

Discutieron el asunto a conciencia y no callaron hasta la hora del té, cuando vieron llegar a Aggie con la cesta para recoger los

huevos. Les hizo una seña para que no se acercasen a ella. Probablemente alguien los estaba vigilando. Se quedaron en donde estaban y la observaron. Se quedó allí poco tiempo, y salió con la cesta llena de huevos recién puestos. Se alejó en dirección a la casa, sin siquiera echar una ojeada a los niños.

—Iré a ver si dejó algo en el gallinero —dijo Dick. Pronto apareció de nuevo sonriente.

Aggie les había dejado unos doce bocadillos de carne, un gran trozo de pastel de cerezas y una botella de leche. Los niños se ocultaron detrás de las matas y Dick vació sus bolsillos.

—También dejó un hueso para Tim —dijo.

—Supongo que será bueno —observó Jorge en tono de duda. Julián lo olió.

—Parece perfectamente fresco —dijo—. Nada de veneno. Aggie no nos jugaría nunca una mala pasada como ésa.

Después del té se sintieron muy aburridos, hasta que Julián organizó unas carreras y unas competiciones de saltos. Claro que Tim les hubiese ganado a todos si le hubiesen considerado como un participante. Pero no lo era. No obstante, tomó parte en todo y ladró con tanta fuerza que el señor Perton se asomó a la ventana y les chilló que lo hiciesen callar.

—Lo siento —le contestó Jorge—. ¡Es que está tan contento hoy!

—El señor Perton se va a sentir muy intrigado —comentó Julián con una sonrisa—. Le hará una escena al jorobado por haber fallado con el asunto del veneno.

Cuando empezó a oscurecer, los niños sé acercaron con cautela al coche. El jorobado había terminado su trabajo en él. Julián abrió silenciosamente el portaequipajes y examinó el interior. Profirió una exclamación de disgusto.

—Es demasiado pequeño. ¡Cáspita! Me temo que no cabré en él. Ni tú tampoco, Dick.

—Entonces iré yo —propuso Ana con una vocecita temblorosa.

—De ninguna manera —exclamó a su vez Julián.

—Bueno, iré yo —decidió Ricardo ante la sorpresa de sus amigos —. Encogiéndome, creo que cabré, aunque, desde luego, muy justo.

—¡Tú! —dijo Dick—. Te morirías de miedo.

Ricardo guardó silencio por un momento.

—Sí, tendré mucho miedo —admitió al fin—. Pero estoy dispuesto a intentarlo. Haré cuanto esté en mi mano si me permitís probar. Al fin y al cabo, o voy yo o no puede ir nadie. No se lo consentiréis a Ana y no hay bastante sitio para Jorge con Tim, ni tampoco para Julián o Dick.

Todos estaban estupefactos. No parecía muy propio de Ricardo el ofrecerse para una acción desinteresada y valerosa. Julián se mostró dubitativo.

—Bueno, esto es algo muy serio, ¿sabes, Ricardo? —le dijo—. Quiero decir que, si te determinas a hacerlo, tendrá que ser como Dios manda, seguir hasta el final y no asustarte a mitad de camino y echarte a llorar para que esos bandidos te oigan y miren en el portaequipajes.

—Lo sé —respondió Ricardo con firmeza—. Creo que puedo conseguirlo. Me gustaría que os fiarais de mí.

—No comprendo el porqué de tu ofrecimiento para algo tan difícil —dijo Julián—. Es algo extraño en ti. Hasta ahora no has demostrado poseer mucho valor.

—Julián, yo sí lo comprendo —exclamó Ana de repente, tirando de la manga de su hermano—. Por una vez está pensando en nosotros y no en sí mismo. O, por lo menos, intenta hacerlo. Creo que merece que le demos la oportunidad de demostrar que tiene algo de valor.

—Eso es. Todo lo que os pido es una oportunidad —murmuró Ricardo en voz baja.

—Muy bien —asintió Julián—, la tendrás. Nos darás una buena sorpresa si consigues algo.

—Explícame exactamente lo que debo hacer —dijo Ricardo con un esfuerzo por hablar sin que le temblase la voz.

—De acuerdo. Tan pronto como te hayas metido dentro del portaequipajes, nosotros nos encargaremos de cerrarlo. Sólo Dios sabe cuánto tiempo te tocará esperar en la oscuridad. Te advierto que no te sentirás demasiado cómodo en él. Y cuando se ponga el coche en marcha te encontrarás mucho peor.

—¡Pobre Ricardo! —suspiró Ana.

—En el momento que el coche se detenga en cualquier sitio y oigas que los hombres salen de él, esperas uno o dos minutos hasta

que se alejen. Entonces sales del portaequipajes y corres en busca del primer puesto de policía —prosiguió Julián—. Cuéntales tu historia sin entretenerte en detalles y dales esta dirección, Owl's Dene en Owl's Hill, a unos cuantos kilómetros de Middlecombe Woods. La policía sabrá cómo resolver la situación. ¿Comprendido?

—Sí —contestó Ricardo.

—¿Todavía quieres ir, ahora que conoces todas las dificultades? —preguntó Dick.

—Sí —repitió Ricardo. Se sorprendió al ser abrazado con calor por Ana.

—Ricardo, eres muy bueno. ¡Y yo que pensé que no lo eras…!

Julián le dio una palpada sobre la espalda.

—Bueno, Ricardo, lleva este asunto hasta el final y olvidaremos todas las tonterías que has hecho hasta ahora. Bien, ¿qué te parece si te metes en el portaequipajes? No sabemos cuándo se les ocurrirá venir a los hombres.



—Sí, me meteré ahora mismo —repuso Ricardo, sintiéndose muy valeroso después del abrazo de Ana y la palmada de Julián.

Este abrió el portaequipajes. Examinó la cara interna de la tapadera.

—No creo que se pueda abrir desde dentro —dijo—. En efecto, no se puede. La cerraremos dejando una pequeña abertura sirviéndonos de un palito o algo por el estilo. Esto le proporcionará un poco de ventilación y así podrá abrirla desde el interior cuando quiera. ¿Dónde hay un palito?

Dick encontró uno. Ricardo entró en el portaequipajes y se encogió cuanto pudo. No había mucho sitio, ni siquiera para él. Probablemente llegaría a sentir calambres. Julián cerró la tapadera y la sujetó con el palo, dejando una rendija de menos de un centímetro.

—¡Venga! ¡De prisa! ¡Alguien viene! —gritó Dick.

Capítulo 18

Buscando a Ricardo

Miraron hacia la casa y vieron al señor Perton de pie en la puerta principal, iluminado por la lámpara de la entrada. Hablaba con Rooky, que, según todas las apariencias, no pensaba marcharse. Al parecer, sólo el señor Perton iba a salir con el coche.

—¡Buena suerte, Ricardo! —murmuró Julián. Y él y los demás se alejaron para ocultarse entre las sombras del otro lado del camino.

Se quedaron allí en la oscuridad, observando cómo el señor Perton se encaminaba hacia el coche. Entró en él y cerró la puerta. ¡Gracias a Dios no había necesitado guardar nada en el portaequipajes!

El motor se puso en marcha y el coche se alejó por el camino. Al mismo tiempo se oyó el chirriante ruido del mecanismo del portillo iniciando la maniobra.

—Las puertas se están abriendo para él —susurró Dick.

Oyeron cómo el coche descendía por el camino, atravesando las puertas sin frenar. Tocó la bocina tan pronto como se encontró del otro lado, una especie de señal para los de la casa. Las puertas, que se habían abierto en el momento oportuno, se estaban cerrando ahora, si se tomaba en consideración el ruido que producían.

La puerta principal de la casa se cerró también. Los niños permanecieron allí, silenciosos, durante un minuto o dos, pensando en el pobre Ricardo, encerrado en el portaequipajes.

—Jamás me hubiese esperado nada semejante por su parte —exclamó Jorge.

—No, yo tampoco. Pero uno no puede saber con certeza lo que

hay en el interior de los demás —repuso Julián, pensativo—. Supongo que incluso el peor de los cobardes, el más perverso, el más degradado, puede encontrar algo bueno en sí mismo si se toma la molestia de buscarlo.

—Sí. Es la voluntad de procurarlo, que falla con frecuencia —dijo Dick—. Mirad, allí está Aggie, en la puerta de la cocina. Nos llama.

Fueron hacia ella.

—Podéis entrar ahora —les dijo—. Me temo que no podré daros una gran cena, porque el jorobado estará presente. Intentaré dejaros algo más en vuestra habitación, debajo de las mantas.

Penetraron en la cocina. El ambiente resultaba agradable, con el fuego de leña y la suave luz de una lámpara de aceite. El jorobado se hallaba en el otro extremo de la estancia, muy atareado con un trapo y betún. Al ver a Tim profirió uno de sus acostumbrados gritos.

—Sacad inmediatamente de aquí a ese perro y dejadlo fuera —les ordenó.

—No —respondió Jorge con decisión.

—Entonces se lo diré a Rooky —amenazó el hombre. No se había dado cuenta, ni Aggie tampoco, de que no había más que cuatro niños en vez de cinco.

—Bueno, si Rooky se atreve a acercarse, estoy segura de que Tim le morderá la otra mano —replicó Jorge, desdeñosa—. De todos modos, ¿no cree que se sorprenderá mucho al ver que Tim sigue todavía vivo?

No se dijo una palabra más sobre el perro. Aggie depositó en silencio los restos de una tarta de ciruelas sobre la mesa.

—Aquí está vuestra cena —dijo.

Les tocó un trozo muy pequeño a cada uno de ellos. Estaban a punto de terminar, cuando el jorobado abandonó la habitación. Aggie aprovechó la ocasión para murmurar:

—Oí la radio a las seis. Transmitieron un mensaje de la policía sobre uno de vosotros, llamado Ricardo. Al parecer, su madre dio parte de su desaparición y la policía pidió noticias por la radio.

—¿De verdad? —preguntó Dick—. Entonces pronto aparecerán por aquí.

—Pero, ¿es que saben dónde estáis? —preguntó Aggie, sorprendida. Dick denegó con la cabeza.

—Todavía no, aunque supongo que pronto encontrarán nuestra pista y la seguirán hasta aquí.

Aggie parecía dudarlo.

—Nadie ha sido seguido hasta aquí todavía, y creo que jamás lo será. Una vez vinieron unos cuantos agentes buscando a alguien y el señor Perton les permitió pasar con mucha educación. Registraron la casa y toda la finca, pero no consiguieron hallar al hombre que buscaban.

Julián le dio un significativo empujoncito a Dick. Él sabía muy bien dónde se había ocultado aquel hombre: en la pequeña habitación secreta situada detrás del entrepaño que se deslizaba.

—¡Qué cosa más rara! No he visto ningún teléfono en la casa. ¿Es qué no lo tienen?

—No —contestó Aggie—. No hay teléfono, ni gas, ni electricidad, ni agua corriente, ni nada. Sólo secretos y señales, idas y venidas, amenazas y…

Se detuvo de pronto. El jorobado volvió a entrar y se acercó a la gran chimenea donde una tetera se calentaba sobre los trozos de leña encendidos. Miró a los niños.

—Rooky pregunta por el que se llama Ricardo —dijo con una sonrisa escalofriante—. Dice que quiere darle unas cuantas lecciones.

Los cuatro suspiraron con alivio por el hecho de que Ricardo estuviese lejos de ellos. Se sentían seguros de que a él no le hubiesen gustado en absoluto las lecciones que Rooky pretendía darle.

Se miraron el uno al otro, fingiendo sorpresa, y luego dirigieron sus miradas alrededor de la habitación.

—¿Ricardo? ¿Dónde está Ricardo?

—¿Qué queréis decir con eso de dónde está Ricardo? —preguntó el hombre, con voz tan amenazadora que Tim le dirigió un furioso gruñido—. Uno de vosotros se llama Ricardo, esto es todo lo que sé.

—¡Caramba! Eran cinco niños y ahora no hay más que cuatro —exclamó Aggie de repente, muy sorprendida—. Acabo de darme cuenta de ello. ¿Es Ricardo el que falta?

—¡Dios mío! ¿Dónde se habrá metido Ricardo? —dijo Julián, simulando un gran asombro. Llamó—: ¡Ricardo! ¡Ricardo! ¿Dónde estás?

El hombrecillo parecía a punto de estallar de cólera.

—Nada de trampas ahora. Uno de vosotros tiene que ser Ricardo. ¿Cuál? ¡Decidlo de una vez!

—Ninguno de nosotros —contestó Dick—. Caramba, ¿dónde puede haberse quedado Ricardo? ¿Crees que nos lo hemos dejado en el jardín, Julián?

—Eso me imagino —aseguró Julián. Fue hacia la ventana de la cocina y la abrió de par en par—. ¡Ricardo! —gritó—. ¡Ricardo! Te llaman.

Naturalmente, no hubo el menor indicio del tal Ricardo. Se hallaba a muchos kilómetros de allí, en el portaequipajes del «Bentley» negro.

Se oyó el ruido de pasos en la entrada y la puerta de la cocina se abrió de un violento empujón. Rooky apareció en el umbral, enfadado, con su mano vendada. Con un ladrido de alegría, Tim saltó hacia delante. Jorge alcanzó a sujetarlo a tiempo.

—¡Dichoso perro! ¿No te he mandado que lo envenenases? —chilló Rooky, furioso—. ¿Por qué no me has traído a ese niño, jorobado?

El jorobado parecía asustado.

—Ellos dicen que no está —trató de disculparse—. A no ser que sea uno de ellos.

Rooky los miró.

—No, no es ninguno de ellos. ¿Dónde está Ricardo? —le preguntó a Julián.

—Ya lo he llamado —respondió Julián con aire sorprendido—. ¡Qué cosa más rara! Ha permanecido todo el día fuera con nosotros y ahora no aparece por ningún lado. ¿Puedo ir a buscarle fuera?

—Lo llamaré otra vez —se ofreció Dick con muy buena voluntad, acercándose a la ventana—. ¡Ricardo!

—¡Calla! —ordenó Rooky—. Iré yo mismo y os aseguro que lo atraparé. ¿Dónde está mi lámpara? Cógela, Aggie. Cuando lo localice lo va a sentir mucho… pero que mucho.

—Yo también saldré —dijo el jorobado—. Tú vas por un lado y

yo por el otro.

—Llama a Ben y Fred para que nos ayuden —dijo Rooky.

El enano marchó en busca de Ben y Fred, quienquiera que fuesen. Los niños supusieron que se trataba de los hombres que habían llegado con Rooky la noche pasada.

Rooky salió por la puerta de la cocina con su potente linterna. Ana se estremeció, aliviada por la idea de que no lograrían dar con Ricardo por mucho que rebuscasen por todas partes. Pronto otras voces se mezclaron a las de Rooky y el jorobado. Los hombres se separaron en dos bandos e iniciaron su búsqueda.

—¿Dónde estará el pobre niño? —murmuró Aggie.

—No lo sé —respondió Julián sin mentir. De ninguna manera revelaría su secreto a Aggie, a pesar de lo bien que se portaba con ellos.

La mujer abandonó también la habitación y los niños se agruparon, hablando en voz baja.

—Ha sido una verdadera bendición que se haya marchado Ricardo y no uno de nosotros —murmuró Jorge.

—¡Palabra que sí! No me gustó nada la mirada de Rooky cuando entró antes en la cocina —corroboró Julián.

—Bueno, Ricardo ha alcanzado ya una pequeña recompensa por su intento de mostrarse valeroso —comentó Ana—. Se ha salvado de verse maltratado por Rooky.

Julián miró el reloj de la cocina.

—¡Mirad! Son casi las nueve. Hay una radio en este estante. La conectaremos por si radian algún mensaje sobre nosotros o Ricardo.

Enchufó la radio y dio vueltas al botón hasta que captó la emisora adecuada. Después de unos minutos de noticias, llegó el mensaje que anhelaban oír:

«Ricardo Thurlow Kent, un niño de doce años, de buena estatura, rubio, ojos azules, vistiendo pantalones cortos grises, un jersey gris y una chaqueta del mismo color, falta de su casa desde este miércoles. Probablemente llevaba una bicicleta…».

El mensaje acababa comunicando el número de teléfono del puesto de policía adonde se podía llamar. No había ninguna noticia concerniente a Julián y a los demás. Se sintieron aliviados.

—Eso significa que mamá no sabe nada y, por tanto, no está

preocupada —dijo Jorge—. Lo malo es que también quiere decir que, a no ser que Ricardo consiga auxilio, nadie podrá jamás encontrarnos aquí. Si no se nos da por desaparecidos no nos buscarán, y la verdad es que no me gustaría seguir por más tiempo en este lugar.

A ninguno de ellos le gustaba, como es lógico. Todas sus esperanzas se cifraban ahora en Ricardo. No parecía un puntal muy fuerte para apoyarse en él, pero uno no puede nunca asegurar nada. Quizá consiguiese escaparse del portaequipajes sin que lo vieran y llegar a un puesto de policía.

Al cabo de casi una hora, Rooky y sus compinches regresaron furiosos. Rooky se dirigió en el acto hacia Julián.

—¿Dónde se ha metido ese crío? Tú tienes que saberlo.

—¡Guau! —intervino Tim inmediatamente. Rooky indicó a Julián que se acercase a la entrada. Cuando salió, cerró la puerta de la cocina y le gritó de nuevo.

—Bueno, ya has oído lo que pregunté. ¿Dónde está el niño?

—¿Es que no está fuera? —respondió Julián con aire imperturbable—. ¡Dios mío! ¿Qué ha podido ocurrirle? Le juro que durante todo el día no se ha separado de nosotros. Aggie puede confirmárselo y el jorobado también.

—Ya me lo han dicho —dijo Rooky—. Pero no está en el exterior. Hemos mirado por todas partes. ¿Adónde se ha ido?

—Bueno, puede que se haya escondido en algún sitio dentro de la casa —sugirió Julián con aire inocente.

—Imposible —aseguró Rooky, rabioso—. La puerta principal ha permanecido cerrada todo el día, excepto cuando salió Perton. Y el jorobado y Aggie aseguran que no entró en la cocina.

—Un verdadero misterio, ¿verdad? —comentó Julián—. ¿Me permite buscarlo por la casa? Los demás podrían ayudarme. Tim olfatearía en seguida su pista.

—Ese perro no se moverá de la cocina —aseguró Rooky—. Tampoco ninguno de vosotros. Me imagino que ese endiablado chiquillo se habrá ocultado en alguna parte y estará riéndose de todos nosotros. Y también supongo que tú conoces ese lugar.

—No lo sé —dijo Julián—. Le digo la verdad.

—Como lo encuentre, le… le… —Rooky se calló, incapaz de

pensar en algo lo bastante malo para el pobre Ricardo.

Fue a reunirse con los demás, murmurando amenazas entre dientes. Julián, aliviado, regresó a la cocina, muy contento de que Ricardo se hallase fuera del alcance de aquellos bandidos. Cierto que se había librado por casualidad, pero qué bendita casualidad… ¿Dónde estaría? ¿Qué haría en aquellos momentos? ¿Seguiría todavía en el portaequipajes del coche? ¡Cómo deseaba saberlo!

Capítulo 19

Ricardo vive su propia aventura

Ricardo se hallaba en aquel momento muy nervioso y excitado. Había partido con el coche, acurrucado en el portaequipajes, clavándosele en el cuerpo una caja de herramientas y revolviéndole el estómago el olor de una lata de gasolina.

El coche atravesó las puertas y emprendió la bajada de la colina. Avanzaba a gran velocidad en dirección desconocida. Una vez se paró de repente. Al girar en una curva estuvo a punto de chocar con un camión, por lo que el señor Perton tuvo que frenar en seco. El pobre Ricardo se llevó un susto terrible. Se golpeó la cabeza contra la tapa y gimió.

Se mantenía encogido en su estrecho escondite, sintiéndose enfermo y asustado. Empezó a lamentar el haber pretendido convertirse en un héroe. Deseaba chillar pidiendo auxilio. Cualquiera que fuera el tipo de heroicidad elegido resultaba difícil, pero aquello era algo espantoso. El coche continuó durante algunos kilómetros. Ricardo no tenía idea de adonde se dirigía. Al principio no oyó ninguna señal de tráfico, luego percibió el ruido de ruedas sobre la carretera y comprendió que se acercaba a una ciudad. En algún momento debieron pasar cerca de una estación de ferrocarril, porque Ricardo distinguió con claridad el resoplido de un tren y luego un fuerte silbido.

Por fin el coche se detuvo. Ricardo escuchó con tensa atención. ¿Se habría parado tan sólo a causa de las luces de algún semáforo o bien era que el señor Perton abandonaba el coche? En este caso ésta suponía su mejor oportunidad para escapar.

Oyó cómo se cerraba la portezuela. ¡Ah!, entonces el señor Perton estaba ya fuera del coche. Ricardo, después de esperar un poco, empujó con fuerza la tapa del portaequipajes. Julián la había apretado con exceso, mas al fin cedió y se abrió, cayendo hacia atrás con un ruido estrepitoso.

Ricardo miró a su alrededor con cautela. Se encontraba en una calle oscura. Algunas personas caminaban por la acera de enfrente. Un poco más lejos se veía un farol. Aquél era el momento oportuno para salir. ¿O andaría el señor Perton cerca?

Estiró una pierna para deslizarse fuera y saltar al suelo, pero había permanecido en aquella incómoda posición durante tanto tiempo que se le habían dormido las piernas y no podía moverse. Le asaltó un súbito calambre y se sintió dolorido y sumamente desdichado. Intentó estirarse.

¡Pobre Ricardo! Tenía la libertad ante sí y se veía forzado a moverse con desesperante lentitud. Sus piernas y brazos no le respondían. Se quedó sentado por unos segundos, pugnando por obligarse a sí mismo a salir de su prisión.

¡De pronto se dejó oír muy cerca la voz del señor Perton! Bajaba en aquel momento las escaleras de la casa delante de la cual había aparcado el coche. Ricardo se horrorizó al verlo. No se le había ocurrido que pudiera volver tan pronto.

Probó de nuevo a saltar fuera del portaequipajes y se cayó al suelo. El señor Perton sintió el ruido que produjo al caer y, pensando que alguien pretendía robar algo de la parte de atrás del coche, corrió hacia él.

Ricardo se puso en pie justo a tiempo para escabullirse de la mano que el señor Perton había alargado ya en su dirección. Se lanzó a toda la velocidad que le permitían sus entumecidas piernas hacia la acera de enfrente de la calle, con la esperanza de que sus rígidos miembros no le fallaran. El señor Perton se apresuró tras él.

—¡Eh, tú, párate! ¿Qué hacías dentro de mi coche? —gritó el señor Perton. Ricardo esquivó a un transeúnte y prosiguió su alocada carrera, asustadísimo. No debía dejarse coger.

El señor Perton le alcanzó al llegar al farol. Lo asió por el cuello y lo hizo girar bruscamente.

—¡Suélteme! —chilló Ricardo. La emprendió a patadas contra

los tobillos del hombre, con tanta fuerza que casi lo tiró por el suelo.

El señor Perton lo reconoció.

—¡Dios mío! ¿Eres tú? —gritó—. El niño de Rooky. ¿Qué haces aquí? ¿Cómo pudiste…?

Con un último y desesperado esfuerzo, Ricardo se escapó abandonando su chaqueta en manos del señor Perton. Sus piernas iban recobrando su elasticidad y podía ya correr más de prisa.

Dio la vuelta a la esquina, tropezando con un niño. Estaba lejos antes de que el asombrado chiquillo alcanzara a emitir un solo grito. El señor Perton giró a su vez en la esquina y fue a tropezar contra el mismo obstáculo. Esta vez el niño, con más agilidad que la primera vez, agarró al señor Perton por el abrigo, fuera de sí por haber sido golpeado dos veces seguidas.

Cuando el señor Perton consiguió deshacerse del furioso niño, Ricardo había desaparecido de su vista. El hombre corrió hacia la esquina y miró la escasamente alumbrada calle.

—¡Lo he perdido! ¡Pequeña peste! —exclamó con rabia—. ¿Cómo llegó hasta aquí? Por allí arriba veo un chico que parece ser él.

En efecto, lo era. Ricardo se había escondido en un jardín, pero el furioso ladrido de un perro le obligó a abandonar su refugio. Desesperado, abrió la verja y empezó a correr otra vez. El señor Perton lo siguió.

Se hallaba sin aliento. Dio vuelta a otra esquina con la esperanza de que a ningún transeúnte se le antojase detenerlo. El pobre Ricardo ya no se sentía nada heroico ni disfrutaba con esta aventura.

Se tambaleó en la esquina siguiente y llegó a la calle principal de la ciudad. Allí enfrente había un farol iluminando una palabra que lo hizo suspirar de alivio.

Agradecido, Ricardo subió los escalones y empujó la puerta del puesto de policía con tanta ansiedad que casi se cayó dentro. Se encontró en una especie de sala de espera con un agente sentado ante una mesa. Miró sorprendido a Ricardo al verle entrar con aquella premura.

—Bueno, ¿qué significa esto? —preguntó.

Ricardo se volvió asustado hacia la puerta, suponiendo que el señor Perton le seguiría de cerca. No lo hizo. La puerta siguió cerrada. El señor Perton se libraría muy bien de presentarse en un puesto de policía por poco que pudiese evitarlo, sobre todo pensando en que Ricardo pudiese haber empezado con su historia.

Ricardo jadeaba hasta tal punto que, al principio, no logró pronunciar una sola palabra. Luego le salió todo a la vez. El agente le escuchaba atónito. Cuando terminó su relato, llamó a un hombre grande y fuerte, que resultó ser un inspector muy importante.

Pidió a Ricardo que se lo repitiese todo despacio y tan claro como le fuera posible. El niño se sentía mucho mejor y orgulloso de sí mismo. ¡Pensar que lo había conseguido, que se había escapado del coche, huyendo del señor Perton, y que había llegado sano y salvo al puesto de policía! ¡Maravilloso!

—¿Dónde está situado Owl's Dene? —preguntó el inspector. Él agente se encargó de informarle.

—Tiene que ser aquel viejo caserón que se alza sobre Owl's Hill, señor. Recordará usted que una vez fuimos allí en busca de un fugitivo, pero todo parecía estar en regla. Lo cuida un jorobado y su hermana, y pertenece a una persona que sale con frecuencia de viaje. Se llama Perton.

—¡Justo! —gritó Ricardo—. Precisamente he llegado aquí en el coche del señor Perton, un «Bentley» negro.

—¿Conoces el número de su matrícula? —preguntó el inspector.

—KMF ciento dos —contestó Ricardo sin vacilar.

—¡Buen chico! —celebró el inspector.

Cogió el teléfono y dio instrucciones precisas a un coche de policía para que iniciase la búsqueda del «Bentley».

—¿De manera que tú eres Ricardo Thurlow Kent? —dijo luego —. Tu madre está muy preocupada por ti. Me encargaré de que la avisen en seguida. Sera mejor que te lleven a casa en un coche.

—Pero… Señor, ¿no podría ir a Owl's Dene con usted? —protestó Ricardo, desalentado—. Ustedes irán allí en busca de Ana, Dick, Jorge y Julián, ¿no es eso?

—Claro que iremos —respondió el inspector—. Pero tú no nos acompañarás. Ya has tenido bastantes aventuras. Lo mejor es que te vayas a tu casa y te metas en la cama. Necesitas descansar. Ya has

hecho suficiente escapándote y llegando hasta aquí. Te has portado como un verdadero héroe.

Ricardo no pudo impedir el sentirse satisfecho ante sus palabras. Sin embargo, ¡cuánto le hubiese gustado ir a Owl’s Dene con la policía! ¡Qué maravillosa escena cuando entrase en ella demostrando así a Julián lo bien que había solucionado su parte del asunto! Quizás entonces Julián se decidiese a cambiar su opinión sobre él.

Pero el inspector no estaba de acuerdo en llevarse a ningún niño en los coches que irían hacia Owl’s Dene. Confió a Ricardo a la custodia del joven agente y le ordenó que esperase hasta que llegase un coche para llevarlo a su casa. Después llamó por teléfono.

—¿No hay rastro del «Bentley»? Bien. Gracias. —Se dirigió al joven policía—. Nunca pensé que lo encontrasen. Probablemente se habrá apresurado a regresar hacia Owl’s Dene para poner a los demás al corriente de la escapatoria de Ricardo.

—Llegaremos allí pronto —dijo el policía sonriendo—. Nuestro «Wolseley» es tan rápido como un «Bentley».

El inspector se hallaba en lo cierto. Cuando el señor Perton vio a Ricardo tambaleándose sobre los escalones del puesto de policía, no se detuvo a meditar sobre lo que sería conveniente hacer. Corrió hacia el coche a toda velocidad, cerró la portezuela y salió disparado, seguro de que la policía no tardaría en iniciar la captura del coche matrícula KMF 102.

Cogiendo las curvas como un loco, tocaba la bocina sin cesar, haciendo que todo el mundo se apartase a toda prisa de la carretera. Pronto se encontró en el campo. Siguió corriendo a gran velocidad, gracias a sus potentes faros que iluminaban el camino hasta larga distancia.

Tan pronto como llegó a la colina donde se encontraba Owl’s Dene comenzó a apretar la bocina insistentemente. Nada más llegar a las puertas, éstas se abrieron. Alguien había oído su señal. ¡Estupendo! Recorrió el camino y frenó en seco delante de la puerta principal, que se abrió cuando saltó fuera del coche. Rooky estaba allí, con dos hombres más, todos con aire preocupado.

—¿Qué pasa, Perton? ¿Por qué has vuelto tan pronto? —gritó Rooky—. ¿Ha ocurrido algo malo?

El señor Perton se dirigió hacia ellos. Cerró la puerta y se enfrentó con los hombres en la entrada.

—¿Sabes lo que ha pasado? El niñito ese, Ricardo Kent, salió conmigo en el coche cuando me marché. ¿Te das cuenta? Escondido en el portaequipajes o algún otro sitio. ¿No lo habéis echado de menos?

—Sí —respondió Rooky—. Claro que lo hemos echado de menos. ¿Lo has dejado escapar, Perton?

—Bueno… —titubeó—, el hecho de que yo ignoraba su presencia en el coche y de que tuve que ir a hablar con Ted, le facilitó la escapada. Corrió como una liebre. Me faltó muy poco para cogerle una vez, pero se me escabulló dejando su chaqueta en mis manos. Y como se metió en un puesto de policía decidí que sería mejor dejarle y volver aquí para avisaros.

—Entonces la policía se presentará aquí antes de que puedas pronunciar «amén» —gritó Rooky—. Eres un loco, Perton. Tenías que haber atrapado al niño fuese como fuese. Hemos perdido nuestro rescate. ¡Y yo que me sentía tan contento de entendérmelas con ese pequeño bruto!

—Es inútil llorar sobre la leche derramada —adujo Perton—. ¿Qué hay de Weston? Suponte que la policía le encuentre. Lo están buscando. Los periódicos no hablan en estos días más que de la desaparición de Ricardo Kent y de Salomón Weston y su huida de la cárcel. Y estamos metidos hasta las orejas en los dos asuntos. ¿Es que deseas volver a la cárcel, Rooky? Acabas de salir de ella… ¿Qué haremos ahora?

—Debemos pensarlo —respondió Rooky con voz atemorizada—. Entremos en esta habitación.

Capítulo 20

El cuarto secreto

Los cuatro niños habían oído la apresurada llegada del coche por el camino. Julián se acercó a la puerta de la cocina, ansioso de enterarse de lo que había ocurrido. Si el señor Perton estaba de regreso, eso podía significar dos cosas: o que Ricardo había alcanzado éxito en su empeño y se había escapado, o bien que había sido descubierto y devuelto el redil.

Escuchó toda la conversación desarrollada en la entrada. ¡Bueno! ¡Magnífico! Ricardo se había escapado y en este momento estaría contando toda la historia a la policía. Dentro de poco, los representantes del orden aparecerían en Owl's Dene y… ¡con cuántas cosas sorprendentes se encontrarían en la casa!

Cuando los hombres se retiraron a la habitación, salió de la cocina y se aproximó de puntillas a la puerta. ¿En qué consistirían sus planes? Esperaba que no la emprendiesen con él o los demás. Claro que contaban con Tim, pero, en caso de emergencia, Rooky no dudaría en disparar sobre el perro.

A Julián no le gustaron en absoluto los proyectos que los bandidos trazaban dentro de la habitación.

—Lo primero que haré es golpear las cabezas de esos críos una con contra otra, tan fuerte como pueda —gruñó Rooky—. El niño mayor… ¿cómo se llama?… Julián o algo por el estilo, ha debido ser quien planeó la huida de Ricardo Kent. Zurraré de lo lindo a ese metomentodo.

—¿Y qué hay de los diamantes? —preguntó otra voz—. Tendremos que esconderlos en sitio seguro antes de que llegue la

policía. Hemos de darnos prisa.

—Bueno… Pasará algún tiempo antes de que adviertan que no pueden abrir el portillo, y algún tiempo más antes de que puedan escalar el muro. Disponemos de tiempo de sobra para dejar los diamantes en el cuarto de Weston. Si él está a salvo allí, también lo estarán los diamantes.

«¡Diamantes! —pensó Julián, excitado—. Así que tienen una partida de diamantes escondidos en la casa. ¿Qué más habrá?»

—Cógelos, Rooky —urgió el señor Perton—. Llévalos al cuarto secreto en seguida. Y date prisa. La policía puede presentarse de un momento a otro.

—Les contaremos un cuento sobre el niño Ricardo y sus amigos —dijo la voz del cuarto hombre—. Diremos que los cogimos a todos ellos invadiendo nuestro terreno y los hemos retenido para castigarlos. Si nos diese tiempo, lo mejor sería dejarlos a todos en libertad. Al fin y al cabo, no saben una palabra de nada. No pueden descubrir ningún secreto.

Rooky no se sentía dispuesto a permitirlo. Tenía planes espantosos con respecto a ellos. Sin embargo, sus compinches acabaron por convencerlo.

—Muy bien —dijo con enfado—. Que se vayan si todavía hay tiempo. Perton, tú llévalos hacia las puertas y échalos fuera antes de la llegada de la policía. Estarán agradecidos de marcharse y se perderán en la oscuridad. ¡Mejor para ellos!

—De acuerdo. Mientras, tú coge los diamantes y ocúpate de ellos —asintió el señor Perton. Julián percibió el ruido de su silla al levantarse. Se apresuró a regresar hacia la cocina.

Parecía que no les quedaba otro remedio que dejarse conducir fuera de la casa. Julián pensó que, si eso ocurría, esperarían cerca de allí la llegada de la policía. No se perderían en la oscuridad como deseaba Rooky.

El señor Perton entró en la cocina. Su mirada se posó sobre los niños. Tim gruñó.

—Así que llevasteis a cabo vuestro plan y escondisteis a Ricardo en el coche, ¿eh? —dijo—. Bien, os daremos vuestro merecido dejándoos fuera en la oscuridad. Lo más probable es que os perdáis y vaguéis durante días por el campo desierto que nos rodea. ¡Así lo

espero!

Nadie respondió. El señor Perton intentó darle un bofetón a Julián, que se agachó a tiempo. Tim saltó sobre el hombre y Jorge se apresuró a sujetarlo por el collar. Pese a ello, el perro por poco parte en dos el brazo del señor Perton.

—Si este maldito perro tuviese que quedarse aquí un día más, no dudaría en pegarle un tiro —exclamó el señor Perton fuera de sí—. Venid todos. ¡Vamos!

—Adiós, Aggie —se despidió Ana.

Aggie y el jorobado les vieron salir de la cocina e internarse en el oscuro jardín. Aggie aparentaba sentirse muy asustada. El jorobado escupió detrás de ellos y soltó una palabrota.

Se encontraban a mitad de camino cuando llegó hasta ellos un rugido de motores acercándose a las puertas de Owl's Dene a toda prisa. Dos vehículos potentes y rápidos, con intensos faros. ¡Coches de la policía sin duda alguna! El señor Perton se detuvo en seco y luego empujó a los niños de nuevo hacia la casa. Ya era tarde para dejarlos en el exterior de la finca con la esperanza de que se perdiesen.

—Id a buscar a Rooky —les ordenó—. Se vuelve loco cuando tiene miedo. Y os aseguro que ahora se asustará de verdad, con la policía llamando a la puerta.

Julián y los demás entraron en la cocina con cautela. Harían todo lo posible para no comparecer ante Rooky. No había nadie en la estancia, ni siquiera el jorobado o Aggie.

El señor Perton se dirigió hacia la entrada.

—¿Habéis escondido ya los diamantes? —gritó.

—Sí —contestó una voz—. Los tiene Weston. Está todo en regla. ¿Has tenido tiempo de echar a los niños?

—No. Y la policía ha llegado ya al portillo —gruñó el señor Perton.

Se oyó un chillido de alguien, probablemente Rooky.

—¡La policía! ¿Ya? Si tuviese a Ricardo aquí le arrancaría la piel. Espera a que acabe de quemar unas cuantas cartas que no quiero que caigan en sus manos. Entonces cogeré a los otros niños. Alguien tiene que pagármelas y no me importa quién sea.

—No seas loco, Rooky —protestó el señor Perton—. ¿Quieres

meterte en un lío otra vez por culpa de tu mal genio? Deja en paz a los niños.

Julián escuchó todo aquello y se sintió muy molesto. Tendría que esconder a sus compañeros. Ni siquiera Tim conseguiría protegerlos en caso de que Rooky tuviese una pistola. Pero… ¿dónde podía ocultarlos?

«Si Rooky se enfada más, es capaz de rebuscar por toda la casa de arriba abajo hasta localizarnos y vengarse de nosotros —pensó Julián—. ¡Qué lástima que no haya otro cuarto secreto para meternos nosotros también en él! Así estaríamos a salvo».

Mas, aun en el caso de que existiese, ellos ignoraban su situación. Oyó cómo Rooky subía al primer piso con los demás. Ahora tenían una oportunidad. Sí, pero ¿dónde esconderse?

De pronto se le ocurrió una idea. De momento no pudo decidir si era buena o mala. Luego pensó que, en un caso u otro, tenían que intentarlo.

—Tenemos que ocultarnos —dijo a sus hermanos y a su prima —. Rooky no resulta de fiar cuando se enfada.

—¿Y dónde nos esconderemos? —preguntó Ana, asustada.

—En el cuarto secreto —respondió Julián. Todos se quedaron mirándole estupefactos.

—Pero… pero hay alguien escondido en él. Nos has dicho que lo viste la noche pasada —exclamó Jorge por fin.

—Ya lo sé. Y no podemos remediarlo. Pero si hay algo cierto es que ese hombre será la última persona en el mundo que desee delatarnos si nos encondemos con él. No tiene ningún interés en ser encontrado —dijo Julián—. Estaremos muy apretujados, porque el cuarto secreto es muy pequeño. Sin embargo, es el sitio más seguro que se me ocurre.

—Tim tendrá que venir también —intervino Jorge con firmeza.

Julián asintió.

—Claro que sí. Podemos necesitarle para que nos proteja del hombre que lo ocupa —dijo—. Se pondrá furioso y debemos evitar que llame a Rooky. Una vez que nos hayamos metido en el cuarto, todo irá bien, porque entonces Tim se cuidará de que no se mueva. Además, no se atreverá a gritar porque le diremos en seguida que la policía ha venido.

—¡Estupendo! —dijo Dick—. Vámonos. ¿No hay moros en la costa?

—No, todos se han ido arriba —contestó Julián—. Probablemente están quemando los documentos que no les interesa que sean encontrados. ¡Venid!

El jorobado y Aggie seguían sin dar señales de vida.

Seguramente al oír lo que pasaba habían resuelto esconderse ellos también. Julián guió a sus compañeros hacia el pequeño despacho.

Se aproximaron a la grande y sólida biblioteca que llegaba hasta el techo. Julián se dirigió rápidamente a una estantería y sacó todos los libros. Buscó la manecilla.

¡Allí estaba! La atrajo hacia él y el entrepaño trasero se deslizó en silencio hacia abajo, dejando una abertura, semejante a una ventana, sobre el cuarto secreto.

Los niños se quedaron asombrados. ¡Qué raro! ¡Qué extraordinario! Miraron a través de la abertura y vieron el pequeño cuarto iluminado por la luz de una vela. También descubrieron al hombre escondido y él los vio a ellos. Los contempló asombrado.

—¿Quiénes sois vosotros? —preguntó con voz amenazadora—. ¿Quién os ha mandado abrir el entrepaño? ¿Dónde están Rooky y Perton?

—Venimos a reunimos con usted —repuso Julián con la mayor tranquilidad—. No haga ruido.

Primero hizo entrar a Jorge. Ésta se dejó resbalar a través de la abertura y cayó al suelo sobre sus pies. Tim la siguió de inmediato, empujado por Julián.

El hombre se había puesto en pie, enfadado y sorprendido. Era un hombre grande y fuerte, con unos ojos muy pequeños y semicerrados y una boca que expresaba una gran crueldad.

—¡Escuchad! —dijo con voz fuerte—. No estoy conforme con esto. ¿Dónde está Perton? ¡Eh! Per… —intentó gritar.

—Si dice una sola palabra más, mi perro saltará sobre usted —interrumpió Jorge en respuesta a una señal de Julián. Tim ladró con tanta ferocidad que el hombre se encogió.

—Yo… Yo… —empezó a decir. Tim ladró otra vez, enseñando todos sus magníficos dientes. El hombre saltó sobre la pequeña

cama y allí se quedó, sumiso, extrañado y furioso. Dick fue el siguiente en deslizarse por el agujero y, luego, Ana. La pequeña habitación se hallaba repleta.

—¡Un momento! —exclamó Julián recordando algo de repente—. Yo tendré que quedarme fuera, porque hay que poner los libros en su sitio. Si no, Rooky notará que el estante está vacío y comprenderá que nos hemos metido en el cuarto secreto. Entonces caeríamos en sus manos.

—¡Oh! Julián, tienes que venir con nosotros —protestó Ana, asustada.

—No puedo, Ana. He de volver a cerrar el panel y colocar los libros —dijo Julián—. No podemos correr el riesgo de que nos encuentre antes de que la policía haya cogido al loco de Rooky. No me pasará nada, no te preocupes.

—¿La policía? —murmuró el hombre del cuarto secreto, y los ojos casi se le salieron de las órbitas—. ¿Está la policía aquí?

—En las puertas —contestó Julián—. Así que a callar, si no quiere usted que lo localicen en seguida.

Empujó la manecilla. El entrepaño volvió a su lugar sin el menor ruido. Julián puso los libros en su sitio sobre el estante tan de prisa como le fue posible. Luego salió del despacho, a fin de que los hombres no imaginaran siquiera que había puesto los pies en él. Se sentía satisfecho porque Rooky le había dejado el tiempo necesario para poner su plan en ejecución.

¿Dónde se escondería él? ¿Cuánto tiempo tardaría la policía en escalar el muro o en forzar las puertas? Con toda probabilidad no se demorarían demasiado.

Se oyeron pisadas sobre las escaleras. Era Rooky. En el acto descubrió a Julián.

—¡Ah! ¿Conque estás aquí? ¿Dónde se han metido los demás? Ya te ensebaré yo a estropear mis planes. Ya te enseñaré a…

Rooky tenía un látigo en la mano y parecía loco de verdad. Julián se asustó. Regresó corriendo al despacho y cerró la puerta a sus espaldas. Rooky empezó a golpearla. De pronto, resonó un ruido tan fuerte que Julián comprendió que había cogido una de las sillas de la entrada y golpeaba con ella. La puerta no resistiría mucho más y caría al suelo.

Capítulo 21

Un final muy emocionante

Julián era un muchacho muy valiente. No obstante, en aquel momento se sintió invadido por el pánico. ¿Qué estarían pensando los niños escondidos en la habitación secreta? ¡Pobre Ana! Debía estar aterrorizada por los gritos y los golpes de Rooky sobre la puerta.

De súbito, una idea maravillosa surgió en su mente. ¿Cómo no se le habría ocurrido antes? Podría abrir el portillo él mismo para permitir el paso a la policía. Sabía cómo hacerlo y tenía la rueda del mecanismo al alcance de su mano. Una vez abiertas las puertas, la policía no tardaría más que unos minutos en alcanzar la casa.

Julián corrió hacia la rueda. Le dio la vuelta con fuerza. Un chirriante sonido comenzó a oírse tan pronto como el mecanismo se puso en marcha.

Rooky todavía golpeaba con la silla. Parte de ella había saltado ya. Sin embargo, cuando oyó que el mecanismo funcionaba cesó en su tarea presa de espanto. ¿El portillo se estaba abriendo? Pronto la policía haría su aparición y le cogerían.

Se olvidó de los bonitos cuentos que se había propuesto contarles, se olvidó de los planes que él y los otros habían trazado, se olvidó de todo, salvo de que debía esconderse. Tiró la silla al suelo y escapó corriendo como un gamo.

Julián se sentó en la silla más cercana. Su corazón latía con tanta fuerza como si acabara de hacer una carrera. Las puertas estaban abiertas. Rooky se había marchado y pronto la policía llegaría para rescatarlos. Y mientras pensaba eso, oyó el ruido de

potentes coches corriendo sobre el camino. Luego los motores se pararon y las portezuelas de los coches se abrieron.

Alguien empezó a golpear la puerta principal.

—¡Abrid en nombre de la ley! —gritó una voz fuerte. Luego siguió otro martillazo.

Nadie contestó. Julián abrió la medio rota puerta del despacho donde se encontraba y ojeó con cautela el pasillo. No había nadie a la vista.

Corrió hacia la puerta principal, descorrió el cerrojo y retiró la pesada cadena de seguridad, temblando por si alguien viniese e interrumpirle. Pero nadie lo hizo.

La puerta fue empujada por la policía, que penetró en el interior precipitadamente. Eran unos ocho y se sorprendieron al ver a un niño allí.

—¿Quién eres tú? —preguntó el inspector.

—Soy Julián, señor. Me alegro de que hayan venido, porque las cosas se estaban poniendo muy feas.

—¿Dónde estás esos bandidos?

—No lo sé —respondió Julián.

—Búsquenles —ordenó el inspector, adelantándose. Sus hombres se dividieron en dos grupos. No obstante, antes de que pudieran entrar en cualquier habitación, una voz fría les habló desde la entrada del pasillo.

—¿Puedo preguntar qué significa todo esto?

Era el señor Perton, muy tranquilo en apariencia y fumando un cigarrillo. Se mantuvo en la puerta de su sala de estar, imperturbable.

—¿Desde cuándo se entra de esta forma en una casa sin razón que la justifique?

—¿Dónde están sus compinches? —le interrogó el inspector.

—Aquí dentro —dijo el señor Perton—. Teníamos una pequeña conferencia y oímos los martillazos sobre la puerta. Aparentemente, ustedes consiguieron entrar de una manera u otra. Recibirán un disgusto por su intrusión.

El inspector se adelantó hacia la estancia donde estaba el señor Perton. Miró dentro.

—¡Hombre! ¡Pero si es nuestro amigo Rooky! —exclamó—. No

llevas más que unos días fuera de la cárcel y ya estás mezclado en otro lío. ¿Dónde está Weston?

—No sé lo que quiere decir —dijo Rooky—. ¿Cómo puedo saber yo dónde está? La última vez que le vi fue en la cárcel.

—Sí, pero se escapó —contestó el inspector—. Alguien tuvo que ayudarle, Rooky, alguien planeó su huida y alguien sabe dónde están los diamantes que robó y escondió. Y ese alguien es amigo tuyo, Rooky. Supongo que los habrá repartido contigo y con tus amigos por haberle prestado vuestra ayuda. ¿Dónde está Weston, Rooky?

—Le repito que no lo sé —volvió a decir Rooky tercamente—. Aquí no, desde luego, si eso es lo que usted quiere decir. Si le apetece, puede registrar toda la casa de arriba abajo. A Perton no le importará, ¿verdad que no, Perton? Y, de paso, busque también los diamantes si quiere. Yo no sé una palabra sobre ellos.

—Perton, sospechamos de usted desde hace mucho tiempo —dijo el inspector mirando al señor Perton, que continuaba fumando su cigarrillo con toda calma—. Suponemos que está complicado en todas estas fugas de la cárcel. Por eso compró esta vieja casa tan aislada, ¿verdad? De este modo puede trabajar sin que le molesten. Usted arregla las huidas, el cambio de ropa y un buen escondite hasta que el hombre pueda salir del país.

—¡Tonterías! —respondió el señor Perton con tono desdeñoso.

—Y sólo ayuda a los criminales que cometieron robos importantes y se ocuparon de guardar el botín antes de ser atrapados —prosiguió el inspector con voz amenazadora—. Así se asegura un gran beneficio en su tarea. Perton, sabemos que Weston está aquí y también los diamantes. ¡Entréguenoslos!

—No están aquí —aseguró Perton—. Búsquelos. No conseguirá nada de mí, inspector. Soy inocente.

Julián escuchaba todo aquello con asombro. Habían caído en un nido de ladrones y bandidos. Bueno, él sabía muy bien dónde se hallaban Weston y los diamantes. Dio un paso hacia delante.

—Ya me contarás tu historia más tarde, hijo —rechazó el inspector—. Ahora tenemos trabajo.

—Bueno, señor, yo les puedo ahorrar mucho tiempo —dijo Julián—. Sé dónde está escondido el prisionero, y los diamantes

también.

Rooky saltó sobre sus pies, dando un bufido de rabia. El señor Perton contempló a Julián con dureza. Los demás se miraron entre sí, molestos.

—Tú no puedes saber nada —gritó Rooky—. Estás mintiendo. Llegaste sólo ayer.

El inspector observó gravemente a Julián. Le gustaba este niño, con sus corteses modales y sus ojos de honrada expresión.

—¿Es verdad lo que dices? —preguntó.

—Sí —repuso Julián—. Venga conmigo, señor.

Dio la vuelta y salió de la habitación. Todos le siguieron, lo mismo la policía que Rooky y sus compinches. Sin embargo, tres agentes se colocaron tras ellos para cortarles la retirada.

Julián les guió hacia el despacho. La cara de Rooky tomó un color amoratado, pero Perton lo empujó ligeramente y consiguió contenerse. Julián fue hacia la biblioteca y sacó de una vez todos los libros de la estantería.

Rooky chilló de una manera espantosa y saltó sobre Julián.

—Pero, ¿qué es lo que haces?

Dos policías lo sujetaron con fuerza y lo arrastraron hacia atrás. Julián tiró de la manecilla y el entrepaño se deslizó hacia abajo sin el menor ruido, como siempre, dejando un espacio vacío detrás de la pared.

Desde el escondite, cuatro rostros se enfrentaron con los visitantes, las caras de tres niños y de un hombre. Tim también se encontraba allí, si bien en el suelo. Por unos instantes, nadie dijo una palabra. Los del cuarto secreto se mostraban asombrados de ver tal cantidad de policías y los del despacho se sentían estupefactos de hallar tantos críos en una habitación tan pequeña.

—¡Bueno! —exclamó el inspector—. ¡Bueno, bendito sea Dios! ¡Así que aquí tenemos a Weston en persona, tan real como la luz que nos alumbra!

Rooky intentó luchar con la policía. Estaba enfurecido con Julián.

—Ese niño —murmuró—. Dejadme que lo coja. ¡Ese maldito niño!

—¿Tiene usted los diamantes ahí dentro, Weston? —preguntó el

inspector alegremente—. Démelos.

Weston aparecía muy pálido. No se movió. Dick alargó la mano por debajo de la cama y sacó la bolsa.

—Esto parece algo bueno. Por lo menos pesa bastante. ¿Podemos salir ya, Julián?

Los policías les ayudaron a pasar por el entrepaño. A Weston le colocaron las esposas antes de permitirle salir. De repente, Rooky se encontró con que él también llevaba esposas. Y, a pesar de su enfado, el señor Perton tuvo que resignarse ante el ruido que hacían las suyas cuando se cerraron sobre sus muñecas.

—Un botín espléndido —exclamó el inspector con entusiasmo al mirar dentro de la bolsa.

—¿Qué has hecho con el uniforme de la prisión, Weston? Has conseguido un buen traje, pero no es el que llevabas cuando saliste de la cárcel.

—Yo puedo decírselo —intervino Julián.

Todos le miraron sorprendidos, salvo Jorge y Ana, que conocían también el lugar.

—Está metido en un pozo, que se encuentra en el patio de una casa en ruinas sobre el camino de Middlecombe Woods —explicó Julián—. Puedo enseñárselo cuando quieran.

El señor Perton miró a Julián como si no pudiese creer lo que oía.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó con brusquedad—. No puedes saberlo.

—Pues lo sé —replicó Julián—. Y le diré más, usted le trajo un paquete de ropa y llegó al patio en su «Bentley» negro KMF ciento dos. ¿No es verdad? Yo lo vi.

—Eso le deja a usted bastante comprometido —dijo el inspector con una sonrisa de satisfacción—. Le pone en un verdadero aprieto, ¿no le parece? He aquí un buen chico, que descubre una gran cantidad de cosas interesantes. No me extrañaría que algún día se enrolara en la policía. Necesitamos gente como él.

Perton escupió su cigarrillo y lo pisó como si desease hacer lo mismo con Julián. ¡Aquellos niños! Si el idiota de Rooky no hubiese visto a Ricardo Kent por el camino y no lo hubiese perseguido, nada de aquello hubiese sucedido. Weston seguiría escondido, en

seguridad. Una vez vendidos los diamantes, Weston se hubiese marchado fuera del país y él, Perton, sería dueño de una fortuna. Ahora, una pandilla de chiquillos lo había estropeado todo.

—¿Hay alguien más en la casa? —preguntó el inspector a Julián—. Parece ser que tú sabes más que nadie, hijo mío, así que quizá puedas contestar a esto también.

—Sí, Aggie y el jorobado —replicó Julián en seguida—. Pero no se muestre severo con Aggie. Se portó muy bien con nosotros y el jorobado la tiene aterrorizada.

—Tendremos en cuenta lo que dices —prometió el inspector—. ¡Muchachos!, buscad por toda la casa. Traed a Aggie y también al jorobado. De todos modos los necesitaremos como testigos. Dejad dos hombres de guardia aquí. Los demás nos iremos.

Fueron necesarios el «Bentley» negro y los dos coches de la policía para que cupieran todos. Pronto partieron hacia la próxima ciudad. Tuvieron que dejar las bicicletas, porque no había lugar para ellas en ninguno de los vehículos. Se apretujaron como pudieron.

—¿Os vais a casa esta noche? —preguntó el inspector a Julián—. Os acompañaremos. ¿Qué hay de vuestra familia? ¿No se habrán preocupado por vuestra aventura?

—No. No están en casa —explicó Julián—. Íbamos de excursión con nuestras bicicletas, así que no se han enterado. La verdad es que no tenemos adonde ir esta noche.

Pero sí que tenían. Un mensaje esperaba al inspector. Decía que la señora Thurlow Kent se sentiría encantada en caso de que Julián y los demás aceptaran el pasar la noche en su casa con Ricardo. Deseaba enterarse de todas sus extraordinarias aventuras.

—¡Estupendo! —exclamó Julián—. Esto soluciona la cuestión. Iremos allí. De todos modos quiero darle una palmada en la espalda a Ricardo. Al fin y al cabo, demostró ser todo un héroe.

—Tendréis que permanecer por aquí unos días —dijo el inspector—. Os necesitaremos para que actuéis de testigos. Tenéis una historia magnífica que relatar al juez y nos habéis ayudado mucho.

—De acuerdo. Nos quedaremos por aquí —asintió Julián—. Le agradecería mucho el que usted se ocupara de recoger nuestras

bicis.

Ricardo los esperaba en la puerta principal, a pesar de que ya era muy tarde. Llevaba ropa limpia y se le veía muy pulido, comparado al sucio y desarreglado grupo de niños a cuyo encuentro corrió.

—¡Cuánto he deseado seguir con vosotros hasta el final! —gritó —. Me mandaron a casa, aunque estaba furioso. ¡Mamá, papá! Éstos son los niños con quien me marché.

El señor Thurlow Kent acababa de llegar de América. Les estrechó la mano a todos.

—Entrad —les invitó—. Os hemos preparado algo bueno. Debéis de sentiros hambrientos.

—Contádmelo todo en seguida —les urgió Ricardo.

—Necesitamos un buen baño primero —denegó Julián—. Estamos asquerosos.

—Bueno, puedes contármelo al mismo tiempo que te bañas. Estoy impaciente por saberlo.

Era estupendo el poder darse un baño caliente y ponerse ropa limpia.

A Jorge le entregaron unos pantalones cortos, igual que a sus primos, y los demás se rieron al ver que el señor y la señora Kent la tomaban por un chico. Jorge también se rió, pero no dijo una palabra de protesta.

—Me enfadé mucho con Ricardo cuando supe lo que había hecho —dijo el señor Kent cuando todos se hallaron sentados alrededor de la mesa comiendo con gran apetito—. Me avergüenzo de él.

Ricardo bajó la cabeza. Miró a Julián con ojos suplicantes.

—Sí, Ricardo se portó como un loco —asintió Julián—, y nos metió a todos en un buen lío. Habrá que darle un buen escarmiento, señor.

Ricardo pareció todavía más abatido. Se puso muy encarnado y miró hacia el mantel.

—Sin embargo —continuó Julián—, ha pagado ya por su tontería. Se ofreció para acurrucarse dentro del portaequipajes del coche, escaparse y de ese modo avisar a la policía. Eso requería valor, créame. Ahora aprecio mucho a Ricardo.

Se inclinó hacia el niño y le golpeó la espalda. Dick y los otros le imitaron con una palmada y Tim emitió su más profundo ladrido de aprobación.

Ricardo se había puesto ahora rojo de alegría.

—Gracias —expresó con torpeza—. Siempre me acordaré de esto.

—Intenta hacerlo, hijo mío —confirmó su padre—. El caso podía haber terminado de una forma muy distinta.

—Pero no —replicó Ana, contenta—. Acabó así. Podemos volver a respirar con tranquilidad.

—Hasta la próxima vez —dijo Dick con una sonrisa—. ¿Tú qué crees, Tim, viejo amigo?

—¡Guau! —respondió Tim aporreando el suelo con el rabo—. ¡Guau!